LAIRD KOENIG

La chica que vive al final del camino

Traducción de Jon Bilbao

Rynn acaba de cumplir trece años y lo celebra sola en su casa. Nadie sabe mucho de ella. Solo que se hace la interesante, no habla con nadie, cobra los cheques de viaje de su padre y da esquinazo a las visitas inoportunas. En su casa hace lo que quiere: fuma cigarrillos, se entrega a la poesía de Emily Dickinson y establece una amistad peculiar con un muchacho cojo que dice ser mago. Hace tiempo que su padre no se deja ver por el pueblo, y los vecinos empiezan a hacer preguntas: ¿dónde está su padre? ¿Qué se oculta en esa casa que se alza al final del camino?

Laird Koenig

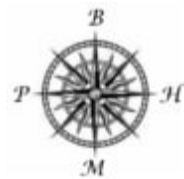
La chica que vive al final del camino

INSURGENTES

Título original: *The Little Girl Who Lives Down the Lane*
Laird Koenig, 1973
Traducción: Jon Bilbao, 2023

-

Revisión: 1.0



04/05/2023

1

Era una noche de las que le gustaban a la niña.

Estaba frente a la ventana aquel último día de octubre, y observaba el mundo estremecerse al filo del invierno. El viento frío sacudía los tallos de las flores muertas del jardín y arrancaba las últimas hojas de los arces, arrojándolas a la oscuridad como jirones de papel negro. De un tirón, la niña corrió las cortinas y ocultó la noche.

Corrió descalza a la chimenea de piedra y, con un atizador de hierro, empujó los leños hasta que las ascuas crepitaron y volvieron a desprender llamas. Extendió las manos ante la lumbre y sintió su luz y su calor extenderse hacia el salón y la cocina de lo que, hasta hacía cien años, había sido una granja. El propietario había instalado una estufa de gas contra la pared, pero a la niña le encantaban la calidez del fuego y el olor acre que desprendían los leños de arce.

Con un par de pasos más, rodeó una mesita de café y una mecedora, y se acercó a los relucientes diales metálicos de un equipo de música. Subió el volumen y el sonido manó de los altavoces y se elevó hacia los huecos en sombra entre las vigas. El Concierto para piano n.º 1 de Liszt, interpretado por una de las mejores orquestas sinfónicas del mundo, se fue hinchando y alcanzó con sus latidos todos los rincones, hasta que pareció que la pequeña casa fuera la propia orquesta. El glorioso sonido envolvió a la niña e hizo que su corazón y la música palpitaran al unísono. Subió el volumen y la música cobró mayor presencia aún.

Nadie iba a llamar por teléfono ni aporrear la puerta para quejarse del ruido. El vecino más cercano vivía a un cuarto de milla, en el mismo camino cubierto de hojas muertas.

La niña se quedó inmóvil en el centro de la habitación. Esperó en la oscuridad casi total mientras la luz tenue y temblorosa del fuego empujaba las sombras hacia los rincones.

Esperó. Pronto llegaría el momento que durante tantos días había aguardado.

Desde primera hora de la mañana, con la salvedad de su paseo hasta el pueblo bajo la lluvia otoñal, había pasado el día limpiando la casa. De rodillas, había encerado el suelo de roble. Había quitado el polvo y sacado brillo a los sencillos muebles de madera sin pintar que, en septiembre, habían atraído en dos ocasiones a la casa a un anticuario con ropa ceñida de cuero negro y que olía a clavo, con ofertas crecientes para comprarlos todos. Cuando su padre le explicó que la mayor parte de las piezas no le pertenecían y que, por lo tanto, no las podía vender, el anticuario había negado con la cabeza, entristecido. Se trataba, les dijo mientras hacía el amor con la mirada a la mesa, las sillas, los candelabros, el sofá y la alfombra trenzada, de algunos de los mejores ejemplos del estilo colonial americano que había visto en su vida. El suelo y los muebles, pulidos por los años, brillaban a la luz de las llamas. Hasta la alfombra trenzada que había bajo la mesa de alas abatibles, y que supuestamente tenía siglo y medio de antigüedad, casi había recuperado su colorido original después de que la niña la sacara afuera y le quitara todo el polvo a golpes. En la cocina, separada del salón por una encimera de madera, el metal de unos modernos fogones y de la nevera reflejaba el brillo del fuego.

En la encimera de la cocina la niña abrió una caja de cartón y, con mucho cuidado, usando ambas manos, extrajo una pequeña tarta recubierta de glaseado amarillo pálido y la colocó en una fuente. Aunque se manchó las manos con el polvo de azúcar, no se chupó los dedos. Se limpió con papel de cocina.

Fue colocando trece velitas amarillas en la superficie reluciente y satinada de la tarta, bien erguidas y en círculo. El resto de las velas lo devolvió al cajón. Encendió una cerilla, la primera de las tres que iba a necesitar, y la fue desplazando todo lo rápido que pudo para dotar de vida a las velas; trece velas con llamas danzarinas. Cuando sacudió la cerilla para apagarla, la silueta de su mano resplandecía escarlata a la luz de las velas. Se quedó un buen rato observándola, del mismo modo que lo había mirado todo con

especial atención por ser un día especial. Lentamente, volvió la mano. Los dedos, de un rojo sanguíneo en el contorno, eran casi transparentes salvo por la hilera de uñas, pequeñas y perfectamente cortadas.

Levantó la tarta deslumbrante, pero en vez de llevarla de inmediato al salón, fue al rincón en sombras junto a la puerta principal donde, bajo un perchero, brillaba un gran espejo. Antes incluso de llegar, el resplandor de las velas alumbró el rincón sombrío.

Se quedó muy quieta ante el doble círculo de llamitas. A la vacilante luz de las velas, sus manos y su cara parecían pálidas, blancas como la cera. El largo cabello, habitualmente del color de las hojas secas de roble, presentaba ahora un toque cobrizo. Se miró fijamente. Concluyó que era cierto: su cara tenía, tal como su padre había escrito en un poema, forma de corazón. Sin duda, la frente era amplia; la barbilla, afilada. Pálida y con forma de corazón y salpicada de pecas que parecían más oscuras a la luz del fuego, puntos dibujados a lápiz sobre un papel blanco. Le brillaban los ojos con una luz indómita. Ojos pequeños, pensó. Verdes pero pequeños. Una vez se había quejado a su padre de que otras niñas de su edad tenían los ojos enormes. Su padre, que estaba traduciendo un poema del ruso, había hecho un alto e insistido en que sus ojos no tenían nada de pequeños. Le explicó con un detenimiento quizá excesivo, ahora que lo pensaba, que tenía unos huesos preciosos y un rostro que había crecido hasta donde debía. Sus ojos tenían el tamaño adecuado para las dimensiones de su cara.

En aquel momento la niña ya era consciente de que a su padre lo cegaba el amor hacia ella; no la había convencido. Ni siquiera entonces. Tenía los ojos pequeños. En lugar de ojos pequeños y verdes, aunque ahora destellaran indómitos y estuvieran henchidos de luz, habría preferido unos ojos grandes, enormes, gigantescos.

—Feliz cumpleaños —le dijo a la niña del espejo. Tuvo cuidado de no sonreír, ya que una sonrisa habría dejado ver su paleta rota, y eso no podía soportarlo—. Me deseo feliz cumpleaños —dijo, y todas sus preocupaciones por sus ojos (que, cierto, eran verdes, y eso le encantaba) palidecieron frente a la amargura que le producía el diente roto. Se dijo, resuelta, que no debía pensar en el diente, no debía permitir que le estropeara su día especial.

Lentamente, como quien participa en una ceremonia, apartó el brillo de las velas del espejo. La música latía a su alrededor, y el viento nocturno que arremetía contra la casa pronto la llenó de un júbilo tan grande que cerró los ojos en un intento por atrapar esa felicidad, por impedir que el momento pasara.

Cuando se arrodilló junto a la mesita de café para dejar la tarta frente al fuego, casi se vio a sí misma como si estuviera interpretando un ritual, algo sacado de una obra de teatro o de una de aquellas viejas películas bíblicas que había visto en la BBC. Vio —casi como si hubiera abandonado su cuerpo— a una niñita delgada vestida con un largo caftán de lino blanco que su padre le había comprado en Marruecos. La prenda, su posesión más valiosa, tenía bordados azules en el cuello y las mangas, un color que la mantendría a salvo, según les había asegurado el vendedor al padre y a su hija, del mal de ojo. Estaba descalza sobre el suave suelo de roble. Sí, estaba satisfecha. Tenía un aspecto muy similar al de aquellas vírgenes tan solemnes de la mitología, una sacerdotisa depositando una ofrenda en un altar.

Plegó las piernas bajo el cuerpo y miró fijamente las llamas de las velas. Alargó un brazo hacia su espalda e hizo balancearse la mecedora. Volvió a cerrar los ojos, sintiéndose parte del calor de la chimenea, de las llamas de las velas, de la música, del viento nocturno.

De repente, un ruido le hizo contener el aliento. Se levantó de un salto y bajó el volumen de la música.

Golpes en la puerta.

Corrió hasta la ventana delantera, apartó un poco la cortina y se asomó. En la ventosa noche, un hombre alto con gabardina esperaba ante la puerta. Alumbrado por una extraña luz naranja, parecía brillar y oscilar, como las velas de su tarta.

Supo que se avecinaban más golpes, llamadas que la aterrorizaban, y de pronto lo único que quería era abrir la puerta a tiempo de impedirlas. Se produjeron antes de que pudiera llegar al recibidor: tres porrazos, más fuertes incluso de lo que esperaba.

—¿Si? —preguntó desde detrás de la puerta.

—¿Señor Jacobs? —La voz al otro lado, allá en la noche, le era desconocida.

—¿Quién es? —La niña tenía acento inglés.

—Frank Hallet.

«Hallet»: el nombre no le decía nada. ¿Hallet? Se acordó entonces de la agente inmobiliaria que le había alquilado la casa a su padre. Hallet. Debía de ser su hijo. ¿Qué querría? La niña no se movió. Sabía que el hombre no se iría hasta que ella abriera la puerta.

—Un momento —pidió.

Fue corriendo a la mesita de café y abrió la pitillera. De un paquete de Gauloises, sacó un cigarrillo y, echándose hacia atrás el largo pelo, se inclinó hacia las llamas de su tarta de cumpleaños. Dio una calada, y la punta del cigarrillo brilló. Se irguió, se volvió y expulsó el humo tras de sí. Repitió varias veces la operación, lanzando humo hacia las cuatro esquinas de la estancia, antes de tirar el cigarrillo a la chimenea y volver corriendo al recibidor.

Giró la llave y abrió la puerta a la noche y al viento, que llenó de hojas el suelo de roble.

La razón por la que el hombre brillaba en la oscuridad era que llevaba en la mano una de aquellas calabazas doradas y naranjas que ella había visto en los campos y apiladas en tenderetes en los cruces de carretera. Aquel gran globo naranja estaba vaciado y la vela que ardía en su interior relucía a través de los ojos, la nariz y la enorme boca sonriente que alguien había tallado en la gruesa piel de la calabaza.

—Truco o trato. —La voz del hombre retumbó, casi un grito, para hacerse oír por encima del viento.

—¿Qué? —preguntó la niña. Pero no porque no lo hubiera oído.

Miró fijamente al hombre. Entró aire frío en la casa.

¿Qué era lo que quería?

—Truco o trato. —El hombre le acercó la sonriente calabaza como si los ojos ardientes y la fiera sonrisa pudieran responder la pregunta.

—Lo siento —dijo la niña.

Buscó sin éxito alguna forma de hacerle saber que no entendía por qué estaba allí ni qué quería. No se esforzó en ocultar que estaba temblando de frío. El preciado momento para el que llevaba todo el día trabajando se estaba desvaneciendo en el aire helado, al igual que el calor de la casa. Lo que quería más que cualquier otra cosa en aquel momento, lo que deseaba, lo que anhelaba

desesperadamente, era encontrar la forma de que aquel hombre se largara de su puerta.

—Halloween —gritó el hombre, como si tratara de comunicarse con un extranjero que no hablara su idioma.

—¿Sí? —dijo la niña, preguntándose si se atrevería a apoyar la mano en la jamba, un movimiento que impediría al hombre dar el paso que lo llevaría del porche al interior de la casa.

El hombre fue más rápido. Un paso nada más, pero ya estaba en el recibidor, escudriñando el salón con la mirada.

—¿De quién es el cumpleaños? —Se quedó mirando las velas que brillaban sobre la tarta.

Bajo las largas mangas del caftán, las manitas de la niña se cerraron en sendos puños.

—¿Tuyo? —preguntó el hombre.

La niña asintió despacio. Bajo las mangas, abrió los puños nada más que para frotarse los brazos helados.

—Felicidades.

—Gracias —dijo ella con voz plana, esforzándose por vaciar las dos sílabas de todo sentimiento, pues le parecía que su única arma contra el hombre era no darle absolutamente ningún ánimo más allá de la cortesía más descarnada. Pensó en las ancianas londinenses que frecuentaban establecimientos como Harrods y salones de té como Richoux, capaces de dejar helados a dependientes y camareras con una displicencia maravillosamente estudiada. Si ella consiguiera crear esa clase de frialdad, el hombre se vería obligado a irse—. ¿Quiere que le diga a mi padre qué desea usted?

—Además de tu cumpleaños, resulta que hoy es Halloween —dijo él, gritando casi.

¿Es que pensaba que no lo podía oír? Una vez más, la niña se acordó de Londres y de un amigo de su padre, un viejo poeta de pelo mugriento que, pese a vivir en una habitación minúscula —apenas lo bastante grande para acoger el cúmulo de tazas de té a medio beber donde flotaban colillas, ya no digamos los libros amarillentos, los manuscritos desgarrados y el hedor de sus gatos—, siempre bramaba con una voz tan fuerte y ronca como la de aquel hombre. Al cabo de su primera visita, su padre le había explicado que su viejo amigo era sordo.

—Halloween. Truco o trato. —El hombre repitió las palabras con cuidado, para que no se las llevara viento.

Pese a que la niña le ofrecía una cara tan inexpresiva y renuente como su voz, él pareció sentir la necesidad de explicarse.

—Me llamo Hallet. Frank Hallet. Tu padre me conoce. —El hombre miró hacia atrás, donde el viento esparcía hojas en la oscuridad—. Mis dos chicos llegarán en cualquier momento. Andan por ahí de truco o trato. Ahora mismo están calle arriba en la casa de tus vecinos, esperando que se endurezcan las manzanas recubiertas de caramelo. Yo vengo como de avanzadilla. Para asegurarme de que en las casas a las que llamen no haya demonios de verdad. —Soltó una risita.

La niña estaba segura de que jamás había oído a un adulto emitir un sonido tan estúpido. Los ojos del hombre, cuya cara reflejaba la luz naranja de la vela, buscaron los suyos. Era una broma. Se podía interpretar de dos maneras. ¿Entendía ella lo que quería decir?

—Los viejos asquerosos que ofrecen caramelos a las niñas guapas, ¿no es eso?

Él volvió a soltar su risita.

La niña empezaba a pensar que su decisión de permanecer inexpresiva era un error. El hombre parecía sentirse en la obligación de hacerse entender.

—Te sorprendería —dijo él—. Hay gente muy rara. Aquí mismo, en el pueblo.

El viento le revolvió los largos mechones de cabello castaño, dejando a la vista una calva que brillaba como los muebles encerados del salón. Ajeno a la impavidez de la niña, Hallet arrancó a explicarle la relevancia cultural de aquella fría y ventosa noche.

—En Halloween hacemos truco o trato. ¿Sigues sin entenderlo? Tú eres inglesa, ¿no?

—Sí.

—¿No tenéis Halloween en Inglaterra?

—No.

—Oye —dijo él—, estamos dejando escapar todo el calor. —Se lanzó al interior, dando un segundo paso que obligó a la niña a retroceder—. Avisa a tu padre de que tienes visita.

2

«Avisa a tu padre», había dicho el hombre, colándose con su brillante calabaza en la casa. «Avisa a tu padre», había dicho, como si no necesitara pedirle permiso a ella para entrar, como si no fuera la casa de la niña, solo la de su padre.

Se quedó quieta junto a la puerta y, sintiendo un odio mucho mayor del que la mayoría de hombres y mujeres recuerdan que los niños pueden sentir, apretó los dientes cuando los zapatos mojados del hombre dejaron huellas embarradas en el brillante suelo de roble que ella había encerado. Él llegó a la ventana, apartó la cortina y colocó las manos a modo de pantalla para escrutar a través del cristal.

—Tus vecinos están demasiado lejos como para que los niños me oigan si los llamo —dijo, mientras su aliento empañaba el cristal que ella había limpiado esa tarde—. Pero los veo desde aquí. Uno va disfrazado de monstruo de Frankenstein. El otro, de esqueleto verde. —Simuló un escalofrío de miedo, soltó su risita.

La niña odiaba esa risita, y odiaba el olor a colonia, dulzón y pesado, que él dejaba tras de sí. Muda de rabia, lo único que se le ocurrió hacer fue cerrar la puerta de golpe.

Se quedó en el recibidor, mirándolo fijamente.

Era más alto que su padre. El aire frío le había encendido la cara, hinchada y roja. Se podía achacar al desagradable viento lo lloroso de sus ojos azules, pero ella había visto una mirada así en un amigo de su padre, otro poeta que según su padre bebía demasiado. Al ver que la niña lo estaba observando, el hombre dejó la calabaza en la mesa de alas abatibles y, con la mano izquierda, donde centelleaba una alianza de boda más voluminosa de lo común, se alisó el pelo mientras con la otra sacaba una barra de protector

labial del bolsillo de la gabardina y se la aplicaba sobre los labios gruesos y rojos. Como el rastro de babas de un caracol, pensó la niña.

Devolvió el protector labial al bolsillo, cuyo borde estaba mugriento de grasa. Una suciedad similar formaba cercos en las mangas y el bajo de la gabardina. Los pantalones grises de franela sin planchar formaban bolsas sobre los zapatos de ante marrón mojados con los que había manchado el suelo. La mano rosácea seguía alisando hebras de cabello castaño de un lado a otro del cráneo, que relucí abajo la escasa capa de pelo. Todo en aquel hombre parecía sucio, brillante o encarnado.

—Si vas a vivir en Estados Unidos —dijo en una voz que seguía siendo demasiado alta— tienes que saber qué es Halloween. Porque es la noche en que todos los niños se disfrazan y llaman a tu puerta con máscaras y calabazas.

La niña, que no se había movido del recibidor, aferró la manilla.

—Cuando llaman a tu puerta —dijo el hombre—, gritan: «¡Truco o trato!», y tú tienes que hacer como si te asustaras. Si no les das algo, si no haces un trato con ellos, lo pagas con algún truco horrible. —La señaló con un dedo encarnado y soltó una risita—. Espeluznante.

El hombre volvió a pegar la cara sonrosada a la ventana para escrutar la oscuridad. Su aliento formó otra pequeña mancha de vaho en el cristal negro.

—Pero por lo de terrible y espeluznante —dijo— yo no me preocuparía mucho. Los míos solo tienen cuatro y seis años; no pueden hacer gran cosa.

La niña no podía imaginarse a aquel hombre alto y rosáceo, con un grueso anillo de boda, como padre de dos hijos. Comparado con su padre, parecía más un niño que un padre. Un niño que olía a colonia.

—¿Lo entiendes ahora? ¿Lo del truco o trato?

—¿Qué hay que dar para hacer un buen trato?

—Palomitas de maíz. Caramelos. Cualquier cosa.

—¿Les gustaría un trozo de tarta?

Tanto el hombre como la niña miraron la tarta iluminada por velas ante la chimenea. Unas pocas velas se habían consumido. Las demás flaqueaban.

—Pero es tu tarta de cumpleaños —dijo el hombre.

La niña se apartó de la puerta principal y fue a la cocina. Se abrió un cajón, la puerta de un armario se cerró de golpe. Con un cuchillo y un rollo de papel encerado, se arrodilló ante la tarta.

—No es necesario —dijo Hallet.

—¿El qué? —preguntó la niña, que ya había trazado una cuidadosa línea con el filo en el brillante glaseado.

—Cortarla. Solo por ellos, quiero decir.

—¿No les va a gustar?

—Claro que sí, pero… —Alzó una mano encarnada en un inicio de protesta, pero la dejó caer—. Qué bonita tarta.

La niña hundió el cuchillo en el nevado campo amarillo pálido.

Él se volvió para echar un vistazo por la ventana.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó de pronto.

La niña fruncía el ceño, concentrada en cortar la tarta. El hombre esperó. ¿Es que no pensaba responder la pregunta? La niña estaba levantando la primera porción cuando habló por fin.

—Mi madre murió.

—Pero tu padre anda por aquí. —El hombre olfateó el aire, exagerando el gesto—. Fuma cigarrillos franceses, ¿verdad?

La niña arrancó un amplio trozo de papel encerado, lo extendió y, con cuidado, envolvió el primer trozo de tarta.

—¿He acertado? Con lo de los cigarrillos franceses.

—Sí.

Meneó el índice de la encarnada mano.

—Y buen diablo está hecho…

La niña, cortando la segunda porción, no levantó la vista.

—Cigarrillos franceses. Vaya, vaya. —La risita retorcida del hombre hacía a la niña partícipe de su mitología personal: la creencia de que cualquier cosa, hasta los cigarrillos, si provenía de Francia, era pecaminosa. Se rio de nuevo—. Cigarrillos franceses. ¿Aquí en la isla? ¿Fuera de temporada? Un diablo, sí señor. —Su insinuación habría quedado incompleta sin otra risita de conspiración.

La niña envolvió el segundo trozo de pastel. Con el cuchillo, rascó los restos de glaseado que se le habían pegado a los dedos, pero no se los comió.

—Mi padre no tiene nada de diablo. Es poeta.

Estaba mirando las llamas de las velas que aún ardían.

—¿Está arriba? —preguntó el hombre.

Ella miró por encima de las llamitas al hombre junto a la ventana.

—¿Quién?

—Tu padre.

—No —dijo ella—. En su estudio. Trabajando.

—Es poeta.

—Sí.

—Mi madre dice que ella también es poeta, y cuando mi madre dice algo, a ese algo no le queda más remedio que ser verdad. Cualquiera le chista a mi madre. Es la agente inmobiliaria que le alquiló la casa a tu padre.

La niña se levantó del suelo de roble y acercó los dos trozos de tarta a la ventana donde estaba el hombre.

El fuerte olor que desprendía le provocó una oleada de náuseas.

—A los niños les va a encantar —dijo él, y fue a tomar el regalo. Sus manos encarnadas tocaron los pálidos y finos dedos de la niña. Ella se apartó; a punto estuvo de dejar caer los trozos de tarta.

El hombre advirtió que la niña se había quedado mirándole las manos durante un momento demasiado largo. Manos. Según su padre, las manos decían más de una persona que su cara, y aquellas manos eran pequeñas y suaves como las de una mujer y, aunque estaban enrojecidas por el frío, tenían el dorso punteado por anchos poros, como los de una billetera de piel de cerdo que una vez le habían regalado a su padre, y de la que se había deshecho porque el cuero nunca terminó de perder su desagradable olor. La niña estaba segura de que, si aquel hombre volvía a tocarla, la carne se le desprendería de los huesos.

—Está despejando —dijo el hombre—. Ya no va a llover más esta noche. Pero quedarán charcos de barro para que los niños chapoteen.

La niña regresó a la mesa de café, recogió el cuchillo y el papel encerado y los llevó a la cocina.

—Qué silencio —dijo él, y por primera vez bajó la voz—. Escucha. A veces, desde esta casa se oye el mar. Esta noche solo se oye el viento.

En la cocina, la niña miró al hombre, que seguía al lado de la

ventana.

—La mayoría de la gente piensa que este sitio es solitario en invierno —dijo él, frotando la mancha de vaho con la manga de la gabardina—. En realidad, tú y tu padre tenéis suerte de estar aquí en esta época del año. En cuanto llega el otoño todos los veraneantes hacen las maletas, cierran los postigos y se largan corriendo de vuelta a Nueva York, a encender la calefacción. Llega el invierno y por fin los judíos nos devuelven el pueblo a los de aquí. A los blancos anglosajones protestantes de toda la vida. Y a los espaguetis.

El hombre estaba mirando las velitas de la tarta de cumpleaños, que iban apagándose una a una.

—¿Tienes trece años?

—No.

—¿Entonces por qué hay trece velas?

—No tenía más.

—¿Catorce años?

—Mi padre publicó su primer poema con solo once.

—En Inglaterra, ¿verdad?

—Sí.

—Es más fácil ser poeta en Inglaterra. —Se pasó una mano enrojecida por el pelo, volviendo a estirarlo sobre la brillante calva —. Aquí, en Estados Unidos, con once años juegas en la liga infantil.

¿Es que no se daba cuenta de que a ella no le apetecía hablar?

—Yo escribía poesía —dijo él—. En el colegio. Para el periódico escolar. ¿Tú escribes poesía?

—Sí.

—¿Sobre qué?

Ella se encogió de hombros. Era la menor respuesta posible. ¿Por qué seguía él hablando? No había manera de desalentarlo.

—¿La has publicado? —No parecía en absoluto desanimado por el silencio de la niña—. ¿Tu poesía?

Ella asintió.

—¿En el periódico del colegio?

La niña cerró un cajón de la cocina, pero no respondió.

—¿En periódicos? ¿Revistas?

En la chimenea, un leño se consumió y cayó, desparramando ascuas por el suelo. La niña corrió a por el atizador.

—Me gustaría leer tus poemas un día de estos.

La niña devolvió las ascuas a la chimenea.

—Tu padre se llama Leslie Jacobs, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y tú?

—Rynn.

—¿R-Y-N-N? Es muy poco habitual.

La niña empujó un ascua hacia el fuego.

—Debes de ser muy lista. —Él miró a su alrededor—. ¿Tu padre y tú vivís solos aquí?

Ella no respondió, sino que levantó la tapa de la leñera y dejó caer dentro el atizador.

—¿Vosotros dos solos? —volvió a preguntar el hombre.

—Sí.

Hallet se acercó a la mecedora y con una mano encarnada la puso en movimiento.

—¿Es de él?

—Sí.

—Y a que a ti no te gusta que nadie más se siente en ella.

La niña se encogió de hombros a modo de respuesta. El hombre se estaba aplastando mechones castaños al cráneo con ambas manos.

—*Vibras* —dijo él—. Vibraciones. Las pillo. Percibo cosas. ¿A que sí? —Con el dorso de una de sus manos cerdunas detuvo el movimiento de la mecedora—. Hay gente que cree que mover una mecedora vacía trae mala suerte.

La niña no apartó la mirada del fuego.

—¿En Inglaterra también? Ahora no me vengas con que no sois supersticiosos.

Silencio.

—Tendrías que ser supersticiosa —dijo él—. Al fin y al cabo, es Halloween. También deberías tener un gato negro. Los gatos negros son casi obligatorios esta noche. —Miró a su alrededor como si esperara encontrarse con uno, pese a lo que dijera ella—. ¿No hay gato?

—No hay gato.

—A las niñitas les encantan los gatos.

La niña fue a un rincón junto a la leñera y se arrodilló para abrir

una pequeña jaula de alambre.

—¿Qué tienes ahí? —La criatura que la niña sostenía entre las manos le sirvió de excusa al hombre para acercarse más—. ¿Una rata blanca?

Cuando Hallet se aproximó para mirar de cerca la rata, la niña hurtó la cara por el olor.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a la rata.

La niña besó la nariz rosa del roedor.

—Tiene que tener nombre. Vamos, Rynn. Dímelo.

—Gordon —pero la niña se dirigía a la pequeña criatura de temblorosos bigotes, no al hombre.

—¿Es inglés?

Rynn asintió. Ni siquiera le había contado a su padre cómo había metido a Gordon de contrabando en Estados Unidos, escondido en su trenca de Marks and Spencer. Después de dar otro beso a Gordon, llevó la rata a la mesa y la posó delante de la tarta. La rata levantó la cabeza y sus ojillos rosas inspeccionaron la montaña de glaseado amarillo pálido, las velas que aún ardían. Rynn cogió una migaja y se la ofreció a la rata, que la mordisqueó. Los ojos de la niña brillaron a la luz de las velas. Gordon se irguió, las patas delanteras se hundieron en el glaseado.

—¿No tendrías que avisar a tu padre antes de que todas las velas se apaguen?

—No si está trabajando.

El hombre observó a la niña y a Gordon durante un rato largo y silencioso.

—¿Te han dicho alguna vez que eres una niña muy guapa? Tienes un pelo precioso. Sobre todo a la luz de las velas. —Estiró una mano, pero se detuvo antes de tocarle el pelo—. Una niña tan guapa, y además el día de su cumpleaños, ¿cómo no tienes novio?

La niña y su mascota se hallaban en su propio mundo, vetado al hombre. Ella se inclinó sobre la mesa para acercar la cara a la de Gordon.

Hallet estudió el pelo reluciente, el caftán que, al agacharse, se le ciñó a la espalda y las caderas.

—Venga. Seguro que sí tienes novio. Tendrás novios a montones. Una niña tan guapa.

De repente el hombre le dio un cachete en las nalgas. Rynn se

giró para encararlo, la mirada brillante de odio.

Hallet soltó una risita nerviosa.

—No pasa nada. Hoy se puede. El día de tu cumpleaños tienen que darte unos cachetes. Uno por cada año. Y otro más para que sigas creciendo.

Los verdes ojos de Rynn se fijaron en los del hombre hasta que este apartó la mirada.

—Es un juego —protestó—. ¡Un juego de cumpleaños! —Su voz sonaba alta y chillona. Reculando hacia la mesa de alas abatibles, a punto estuvo de tropezar—. Piensas que… ¡Pero bueno! Mira, tengo dos hijos. Están ahí fuera. —Retrocedió hasta la ventana y echó un vistazo fuera—. ¡Eh, ahí llega el esqueleto verde! ¡Y el monstruo de Frankenstein!

Su exclamación fue casi jubilosa mientras rodeaba la mesa y recogía la calabaza iluminada. Se embutió los trozos de tarta en el bolsillo de la gabardina, arruinándolos.

—Gracias por el trato. Te garantizo el mejor comportamiento por parte de mis monstruos. No habrá truco que valga. —Retrocedió a zancadas hacia la puerta—. Dile a tu padre que siento no haberlo visto.

Abrió la puerta de par en par. Fuera, dos niños disfrazados esperaban entre las hojas que se arremolinaban por el viento.

—Casi se me olvida. ¡Feliz cumpleaños!

Pero Rynn no le dio las gracias. Con ojos cargados de un odio sorprendente, lo encaró.

Hallet soltó una risita y se escabulló afuera.

—¡Feliz cumpleaños! —gritó, pero el viento arrastró su voz hacia la noche.

La niña cerró la puerta y echó la llave.

3

El viernes podría haber sido un día de primavera; el aire tenía esa suavidad, bajo un cielo azul sin nubes. Por la tarde, sin embargo, el otoño volvió a hacerse notar. En el aire flotaba el olor acre a humo de leña; la granja de madera de chilla oculta tras las ramas de los árboles se hallaba embebida en una luz más ambarina que dorada, y las sombras se estiraban sobre las hojas muertas como solo lo hacen cuando el año toca a su fin.

Un Bentley de morro bajo, de 1966, inmenso y reluciente y de un rojo oscuro tan intenso que los vecinos decían que era de «color hígado», se acercó por el camino entre volutas de humo y se detuvo ante la casa.

En un silencio roto tan solo por los graznidos de los cuervos, se abrió una de las puertas del coche y una mujer de más edad de la que aparentaba a simple vista se apeó, cargada con una cesta. Su cabello, iluminado por el sol, tenía un brillo dorado, pero un dorado duro, antinatural. Cerró de golpe la pesada puerta del vehículo, le echó la llave y se ciñó un abrigo de *tweed* marrón. Sus manos, incluso a plena luz del día, eran tan lisas y sonrosadas como las del hombre que había visitado la casa en Halloween. Tal gordura rosácea, idéntica a la de Frank Hallet, mantenía terso su rostro salvo por dos profundas arrugas convergentes en el puente de la nariz, como las marcas que se pintan los hindúes. Unos ojos de un duro tono de azul brillaban como guijarros pulidos en su rostro suave y sonrosado.

Se acomodó la cesta en el brazo y se dirigió a buen paso a la casa; los zapatos de ante marrón aplastaban bellotas y esparcían hojas secas.

Entre las ramas de un árbol desnudo, el atisbo de un arrendajo

azul. En un campo lejano mugían las vacas. Más lejos aún, las olas del océano rompían en la orilla.

A mitad del camino la mujer aminoró el paso para escuchar, pues tanto las ventanas como las puertas de la casa se hallaban abiertas como si respirasen el aire otoñal. Unos sonidos extraños la hicieron detenerse.

Oyó voces que entonaban palabras y frases, pero, aunque aguzó el oído, no alcanzó a entenderlas, ni siquiera a identificar el idioma.

En lugar de dirigirse a la puerta principal, se abrió paso entre las hojas caídas hasta la parte de atrás de la casa, donde había un pequeño jardín desatendido. La hierba allí estaba crecida. Los crisantemos, amarillos y naranjas, habían sobrevivido, pero las zinnias y las dalias, putrefactas, pendían de tallos quebradizos.

En una parra la mujer encontró racimos marchitos, cubiertos de moho. De un manzano sujeto a una espaldera, crucificado contra la fachada de la casa, colgaban unas pocas manzanas amarillas, pero las que no se habían comido los gusanos estaban empezando a pudrirse.

—Podrían haber fumigado —dijo para sí misma.

Tan solo los frutos de un membrillero alicaído se conservaban lozanos, verdes y dorados. Escogió los mejores. No tardó nada en llenar la cesta.

Atravesó la hierba seca para examinar la fachada lateral, revestida de madera de chilla. Parte de la madera, de un gris plateado a causa de los años, se encontraba astillada y se estaba desmoronado. Uno de los postigos de una ventana colgaba torcido de un gozne oxidado. La mujer tomó nota mental de llamar al manitas del pueblo, pero un segundo después la casera que había en ella decidió que la pequeña casa podía esperar hasta la primavera.

Frente a la ventana abierta las voces se oían más altas y nítidas, y todavía más inescrutables.

—¿Ha-u-JAL-le-tal-PEN-mi-PO?

Otra voz, mucho más suave, repitió:

—¿Ha-u-JAL-le-tal-PEN-mi-PO?

La mujer se asomó a la ventana. Para su asombro, nunca había visto el pequeño salón y la cocina tan limpios. Los muebles estaban encerados y el suelo de roble brillaba; los candelabros de peltre sobre la mesa de alas abatibles resplandecían al sol.

—¿Ha-tu-JAL le tal-PEN a-vu-RI?

Se percató de que una de las voces sonaba tan fuerte que solo podía provenir de un amplificador. ¿Pero y la otra?

—¿Ha-tu-JAL le tal-PEN a-vu-RI?

La respuesta llegaba desde el rincón en penumbra junto a la chimenea. Como lo que había allí quedaba fuera de su ángulo de visión, la mujer se dirigió a las ventanas de la parte delantera, desde donde vio a la niña, que había estado sentada acariciando su rata blanca mientras entonaba las palabras, levantarse a toda prisa, devolver al animal a la jaula de alambre y apresurarse hacia el tocadiscos.

—E-va-KESH si JAH mi-ko-MIT, mis-PAR…

Cuando el sonido se detuvo, se hizo tal silencio que la mujer oyó cuervos graznar bajo la luz otoñal.

Rynn corrió descalza a la puerta principal, pero la mujer con la cesta se le adelantó; el áspero abrigo de *tweed* rozó a la niña al entrar en la casa. Sostuvo la cesta en alto.

—Membrillos. Siempre he pensado que parecen manzanas deformes.

Miró alrededor en busca de un sitio donde dejarlos, y escogió la mesa de alas abatibles del salón.

—¿Qué tal lo lleváis por aquí? —preguntó alisándose el pelo dorado, que no necesitaba alisarse, que crujía por la laca—. ¿Va todo bien?

—Muy bien —dijo Rynn, preguntándose de qué le sonaba aquel pelo tan poco natural.

—¿Estáis calentitos con la estufa de gas nueva?

—De maravilla.

—Bien.

Los penetrantes ojos de la mujer fueron de un punto a otro del salón hasta caer sobre Rynn, a la que le parecieron de un azul más frío que los de Frank Hallet. Evaluaron a la niña de la cabeza a los pies. Si a la mujer le desagradó el jersey negro de cuello cisne de la joven, o los Levi's, o los pies descalzos, no dijo nada. Al parecer, vio la necesidad de presentarse.

—Soy Cora Hallet. Tu padre me alquiló la casa.

—Nos conocimos en su oficina.

—Cierto —dijo la mujer, escrutando de nuevo la habitación. La

casera inspeccionaba sus dominios. Se detuvo junto a la mecedora y pasó una mano interrogativa por el respaldo.

—¿De dónde ha salido esto?

—Es de mi padre.

La señora Hallet contempló la mecedora, luego la mesa de café.

—Discúlpame —dijo arrastrando la mecedora a un rincón y poniendo en su lugar la mesa que estaba delante de la chimenea—, pero la mesa va aquí.

La mujer miró de nuevo alrededor, como si estuviera segura de que iba a encontrar más cambios que corregir.

—No soporto las cosas que no están en su sitio. —Sonrió en un esfuerzo por suavizar la autoridad de sus palabras. Pero un segundo después estaba muyendo los cojines aplastados y colocándolos en una fila rigurosa.

Arrugó el ceño. Una jarra de peltre que había en la repisa de la chimenea parecía requerir inspección. La cogió y le dio la vuelta para estudiar la marca de fábrica. Sacó del abrigo de *tweed* unas relucientes gafas colgadas de una cadenita de oro, se las puso y dijo:

—¿Inglesa?

—Sí.

—¿Suya?

—De mi padre.

—No es mala pieza, pero no pega en esta habitación.

La niña se preguntó si la mujer era capaz de ver la rabia que empezaba a hervir en su interior. Pensó que debía de haberse puesto colorada.

—Esa mesa y la alfombra trenzada van contra la pared. —La mujer se volvió y sonrió de nuevo—. Ya lo sé —dijo, sin mudar la sonrisa—, vas a decirme que los poetas no viven como el resto de la gente. ¿A que sí?

Los verdes ojos de Rynn no se despegaban de la mujer, que, en lugar de esperar una respuesta, cogió un libro de la repisa de la chimenea, un volumen delgado, encuadernado en gris.

—¿Es de los suyos?

—Sí —dijo la niña.

Examinó la cubierta con aparente desinterés.

—Siempre se me olvida pedirle que me lo dedique. —Hojeó el libro. Se detuvo—. Este ya está dedicado. —Se ajustó las gafas—.

«Te quiero», firmado «Padre». Qué bonito.

La señora Hallet cerró el libro de golpe y lo devolvió a la repisa.

—Está bien tener a un poeta famoso en el pueblo, aunque nadie se lo ha cruzado ni una sola vez todavía.

Cogió un ramito de flores de papel.

—¿Inglesas?

La niña asintió. No sabía si la rabia le permitiría pronunciar palabra.

Al contacto de la mujer, unos pétalos cayeron sobre la repisa.

—Ni siquiera os vemos en el mercado. —Alzó las cejas: un comentario silencioso, su juicio del comportamiento del padre inglés y de la hija.

—Se puede pedir la compra a domicilio —dijo Rynn con toda la calma posible.

Las cejas de la señora Hallet se mantuvieron arqueadas. Habló muy despacio, como una profesora exponiendo un hecho que ella había decidido que era nuevo para la niña, nuevo y difícil de comprender.

—El que se lo pueda permitir.

Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo, encendió uno, se volvió hacia la ventana abierta y frunció el ceño al ver la parra.

Rynn ya sabía a qué le recordaba el pelo de la mujer. La niña se preguntó por qué, puesta a teñírselo, la mujer escogía un color que no existía en la naturaleza, sino solo en la melena de esas ridículas criaturas de las jugueterías llamadas muñecas Barbie.

«Es exactamente ese color», se dijo. «Una vieja con pelo de Barbie».

—¿Quiere que le dé algún recado a mi padre?

La mujer seguía mirando por la ventana.

—Es una lástima que haya tan pocas uvas este año. Solo hay que fumigar un poco…

Se desabotonó el abrigo marrón de *tweed*, se estaba poniendo cómoda, pensaba quedarse más tiempo. A Rynn, que no tenía intención de preguntarle si le apetecía una taza de té, no le habría sorprendido que la mujer se la pidiera.

Pelo de Barbie. Pintalabios demasiado rojo, un tajo rojo sangre, caladas del cigarrillo.

—No es que a mí me vuelva loca la mermelada de membrillo,

pero no soporto que nada se eche a perder. Cosas del puritanismo.

Rynn esperó a que la mujer soltara el humo, pero este parecía haberse instalado dentro de la cara rosácea.

—Está muy de moda últimamente hablar del desperdicio. La ecología y la contaminación son lo único que importa. Te habrás fijado, sin embargo, en que nadie hace nada al respecto.

La ceniza se había acumulado en la punta del cigarrillo y Rynn le acercó un cenicero, en el que la señora Hallet aplastó la colilla.

—Puedo darle un recado a mi padre.

—He venido —dijo la señora Hallet— a por los frascos para la mermelada. Edith Wilson y yo venimos haciendo mermelada con esas uvas desde que tengo memoria. El año pasado guardamos los frascos en el sótano.

Dio la espalda a la ventana y se encontró con la mirada fija de la niña.

—¿Tu padre no está en casa?

—No.

—No me digas que ha ido al pueblo. ¿En serio?

—Nueva York.

—Desde fuera, me ha parecido oír voces.

La señora Hallet levantó la cubierta de plástico del tocadiscos. Sus rollizos dedos cogieron el disco.

Rynn cerró los ojos para contener la rabia. Combatió un impulso casi incontrolable de decirle a la mujer que apartara sus dedos gordos y grasientos del disco.

Con un tintineo de la cadenita dorada, la señora Hallet se colocó las gafas sobre la arruga que le coronaba la nariz y se acercó el disco a la cara para leer.

—¿Hebreo?

Incapaz de hablar, la niña asintió.

La señora Hallet dejó el disco de golpe en el tocadiscos.

—Yo diría que el francés es más útil. O el italiano. Bien sabe Dios que últimamente hay tantos por aquí que tendrías con quien hablarlo.

La niña se sorprendió diciendo:

—¿Quiere dejarle un recado por escrito a mi padre?

Los dedos sonrosados se pasearon por la fila de discos apoyados contra la pared.

—Hay mucha gente de fuera en el pueblo últimamente. —Soltó un profundo suspiro y recuperó la sonrisa—. Discúlpame, pero tienes que comprender que la familia Hallet lleva más de trescientos años en la isla. —La mujer se apartó del equipo de música y acarició la brillante tapicería de cretona del sofá—. Este sofá va allí. —Un dedo gordezuelo señaló hacia la ventana. La señora Hallet cogió un periódico que había en la mesa de alas plegables—. ¿Inglés?

—Sí.

Volvió a ponerse las gafas para examinar el periódico doblado.

—Adoro los crucigramas.

—Lléveselo si quiere.

Quitándose las gafas, la mujer se volvió hacia la niña.

—Pero tu padre lo está haciendo.

—Lo estoy haciendo yo.

La mujer arqueó una ceja en gesto de asombro burlón.

—Además del hebreo. Eres brillante. —Pasó unas páginas del periódico y lo soltó sobre la mesa.

La niña volvió a doblarlo, con el crucigrama hacia arriba.

—Los niños de mi hijo me dijeron que en Halloween les diste tarta de cumpleaños.

—Sí.

—Muy generoso por tu parte.

—Su hijo dijo que se llamaba «truco o trato».

La mujer desplazó uno de los candelabros de peltre de la mesa unas pulgadas para que quedara alienado con su pareja.

—¿Entró en la casa?

—¿Quién? —preguntó Rynn, aunque sabía a quién se refería.

La señora Hallet volvió a ponerse las gafas para examinar de cerca el candelabro, como si esperara encontrar ralladuras.

—Mi hijo.

—Sí —dijo la niña—. Entró.

—Tu padre. —La mujer se estaba esforzando por simular que sentía más interés por el candelabro que por las respuestas de la niña—. ¿Estaba aquí tu padre aquella noche?

—Mi padre estaba en su estudio.

—¿Trabajando?

—Traduciendo. Cuando está traduciendo no se le puede

molestar.

—Por supuesto. —La señora Hallet se apartó de la mesa, tocó la mecedora, la puso en movimiento—. Desde aquella noche, ¿ha vuelto mi hijo por aquí?

Mantuvo la pretensión de que no le interesaba la respuesta, de que solo estaba charlando como una vecina que pasa de visita.

—No —dijo la niña, con la mirada fija en la mujer.

—¿Seguro que no ha vuelto?

—No.

La señora Hallet acarició la madera pulida de la mecedora.

—Si mi hijo volviera y tu padre no estuviera por aquí… —Examinaba el fino grano de la madera intentando que sus palabras siguieran sonando despreocupadas—. Si volviera, a lo mejor, en tal caso, sería mejor que no lo dejaras entrar.

—La otra vez no pidió permiso.

—Espero —dijo la señora Hallet con notable frialdad— que no haya sido tu intención sonarían grosera.

Rynn sabía que la mujer esperaba una negación de cualquier asomo de grosería. Al igual que la taza de té, no iba a recibirla.

—Le diré a mi padre que ha dicho usted que no deje entrar a su hijo.

—No hace falta. —Los ojos de la mujer brillaban de rabia.

—A lo mejor es que no entiendo lo que usted quiere.

—Una cosa que seguro que no quiero es continuar insistiendo en algo que no tiene la menor importancia. He venido a por los frascos de mermelada.

El silencio de la niña pareció una acusación.

—Vamos a por ellos —dijo la mujer.

—¿No quiere que le diga a mi padre nada sobre su hijo?

—He dicho que ya basta. Es algo que no espero que entiendas.

—Dice su hijo que tengo el pelo bonito. ¿Se lo ha comentado?

Los nudillos de la mujer se pusieron blancos al aferrar el respaldo de la mecedora.

En ese instante Rynn se atrevió a levantar la vista y a mirar a la mujer a los ojos. Supo que la mujer se estaba preguntando exactamente cuánto entendía ella.

La señora Hallet se aclaró la garganta y cuadró los hombros.

—Me gustaría llevarme ya los frascos de mermelada.

—No los he visto.

—Ya te lo he dicho, están abajo, en el sótano.

La mirada de Rynn vaciló.

—Movemos la mesa para que yo aparte la alfombra y levante la trampilla. ¿Me has entendido? —Su tono se fue endureciendo—. *¡Los frascos están en el sótano!* Rynn enterró los puños bajo la cintura del jersey negro.

—Coge ese lado de la mesa.

—¡A mi padre y a mí nos gusta la mesa donde está!

—¡Esta mesa va contra la pared!

Medió un silencio de diez segundos.

—Tendrás que perdonarme —dijo la señora Hallet, cargando de acidez cada palabra—, pero cuando yo tenía tu edad, ¡me enseñaron a obedecer a los mayores! Rynn cerró los ojos para no dejar que estallara su ira.

—Lo siento, señora Hallet.

—He venido a por los frascos.

—Yo se los llevo luego.

Pero la mujer no quería oír nada más.

—*¡Muéve! ¡a mesa!*

—¡Esta es *mi* casa!

—¡Tienes unos modales lamentables y vas a hacer ahora mismo lo que yo diga!

Rynn se quedó quieta. ¿La agarraría la mujer por los hombros y la lanzaría contra la mesa? La cara rosa se volvió granate de enojo. Las venas le asomaban del cuello como cuerdas púrpuras. Rynn se percató de que la señora Hallet era incapaz de hablar. Se sorprendió gritándole.

—¡La semana pasada se llevó usted las únicas uvas buenas que teníamos! ¡Y ahora los membrillos! No nos pidió permiso. ¡Y esta vez tampoco!

La señora Hallet abrió la roja boca de par en par y la cerró con un chasquido. Entonces contraatacó.

—¡Las uvas de los Wilson! ¡Los membrillos de los Wilson!

—Hoy no ha preguntado si podía usted… ¡Ha entrado por las buenas en mi casa!

—¡La casa de los Wilson!

—¡Mi casa!

—*¡Alquilada!* —Escupió la mujer de cabello dorado. Se tomó un momento para respirar hondo y, temblando todavía de enojo, se las apañó para hablar sin la crudeza propia de la histeria—. ¿Trece años tienes?

La niña sabía que debía mirar fijamente a la mujer, a los ojos.

—¿Por qué no estás en clase?

Por un segundo, la mirada de la niña flaqueó.

De pronto, la señora Hallet supo que había encontrado el arma con que atacarla. Su silencio, sus ojos exigían una respuesta. Cuando Rynn habló, su voz fue apenas un suspiro.

—¿Con trece años no se tienen derechos?

—Con trece años se va al colegio.

La niña, desconcertada, intentó darle la espalda.

—¡Mírame cuando te hablo!

—Estudio en casa.

—Eso lo decidirá el consejo escolar. Y ahora, levanta ese lado de la mesa.

Rynn respondió a la orden de la señora Hallet hundiendo las manos en los bolsillos de los Levi's.

—Resulta que soy la presidenta del consejo escolar.

—¿Y todos los niños tienen que hacer lo que usted dice?

—Todos los niños tienen que ir al colegio.

Los muebles tenían que ir en su sitio; los niños tenían que ir al colegio. En el mundo bien ordenado de la señora Hallet, cada objeto y cada persona tenía su lugar.

—El colegio interfiere con mi educación.

—¿Eso te lo ha dicho tu padre? —Al no ofrecer Rynn respuesta alguna, la señora Hallet supo que había acertado—. Muy inteligente, sin duda. Estoy segura de que entre tú y tu padre tenéis un montón de cosas inteligentes y agudas que decir. Me imagino muy bien la vida despreocupada y sin ataduras que llevabais en Londres. Claro que sí. Pero *si queréis* vivir aquí… —Al hacer hincapié en «si queréis», la señora Hallet consiguió poner todo el futuro de Rynn en entredicho—. *Aquí* os vendrá bien recordar que algunos de los que llevamos viviendo en el pueblo mucho más tiempo que vosotros nos enorgullecemos de cumplir con nuestras responsabilidades, de saber ser buenos vecinos. Y si no nos queda más remedio, también sabemos, te lo garantizo, hacer que los recién

llegados no se sientan bienvenidos.

Sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo, vio que estaba vacío, lo arrugó y lo tiró a la chimenea.

—Ya basta de tonterías. ¿Dónde está tu padre?

—Ya se lo he dicho. En Nueva York.

—¿Dónde exactamente en Nueva York? —El tono de la señora Hallet tenía la vena mordaz del abogado que se ensaña con un testigo al que está interrogando.

—Está comiendo con su editor.

—Quiero el número de teléfono del editor.

—No lo tengo.

—Muy bien, pues el nombre del editor.

La señora Hallet cogió el libro de la repisa de la chimenea y buscó el nombre del editor. En el libro, una edición inglesa, solo aparecía una dirección de Londres, así que lo cerró de golpe y lo devolvió a su sitio, molesta, temiéndose haber quemado casi toda la munición que tenía contra la niña.

—Que me llame tu padre en cuanto vuelva a casa. ¿Queda claro?

¿Era un efecto de la luz? ¿Eran lágrimas lo que brillaba en los ojos de la niña?

—¡Responde —graznó la mujer— para que sepa que me has entendido!

Rynn estaba pálida, pero habló con voz firme.

—Esta es mi casa.

La señora Hallet cogió su cesta de mimbre de la mesa y se dirigió a paso ligero a la puerta.

Rynn fue al rincón donde Gordon temblaba entre las sombras. Sacó al pequeño animal de su jaula y se sentó a murmurarle.

4

Rynn tenía planeado ir al pueblo esa semana, pero la amenaza de la señora Hallet de denunciar su no asistencia a clase ante el consejo escolar era una preocupación que, por la noche, había ido creciendo hasta desvelarla y hacerla temblar de terror. Decidió que sería más seguro hacer los recados cuando hubiera otros niños y niñas en la calle. El sábado, nadie se preguntaría por qué una niña de trece años no estaba en el colegio.

Los sábados y los domingos era libre de ir y venir a su antojo.

Esperó sola en la parada de autobús, frente a una casa con un ciervo de hierro en el césped; una lluvia persistente tamborileaba en el amplio paraguas negro que su padre se había traído de Londres. Bajo ese cobijo, bien abrigada con su trenca verde musgo y sus botas altas de goma, estaba a salvo del frío y de la lluvia.

Un autobús amarillo salpicó agua al detenerse con un chirrido, abrió de golpe las puertas y se tragó a la niña; las ventanillas estaban empañadas por el calor que emanaban los pasajeros.

El autobús no estaba lleno, pero se sintió incómoda, agobiada en medio del gentío, y fue a sentarse sola en el asiento corrido de la parte trasera.

Los faros de los coches brillaban en la tarde lluviosa y los carteles de neón multicolor destellaban fugazmente al otro lado de las ventanillas cubiertas de vaho.

Sintió que se ahogaba: en el autobús, como en la mayoría de los lugares públicos en Estados Unidos, hacía un calor que le resultaba insoportable, así que se desabotonó la trenca. Sacó del bolsillo una edición en rústica de un libro de poesía de Emily Dickinson. Miró con atención el dibujo de la cubierta, la joven con el sobrio vestido negro, el cabello oscuro peinado con la raya al centro, el rostro

serio, de inteligencia infinita y ojos enormes. Salvo por los ojos, Rynn sentía que ella y Emily Dickinson guardaban un gran parecido en muchos aspectos; Rynn y aquella mujer que para entonces llevaba muerta noventa años y que, en palabras de otro poeta, «escuchaba a escondidas el mundo».

Inclinó el libro para mirar la cara desde otro ángulo.

Sí, tenía razón, se parecían.

Su padre se lo había dicho.

Leyó.

Que el amor es todo lo que hay
Es todo lo que sabemos del amor.

Frente a ella, en unos asientos de cara al pasillo, dos chicas aullaban de risa. Llevaban unos llamativos banderines de fieltro adornados con una cara de gato enseñando los dientes en los que se leía WILDCATS. Las dos hablaban en voz muy alta, de modo que la niña, que estaba fingiendo leer, podía oírlas. Toda su conversación giraba en torno a chicos y «el partido», y Rynn interpretó que hablaban de fútbol americano. Inclinadas para proteger sus secretos, soltaban risitas, susurraban y, cada pocos segundos, estallaban en carcajadas.

En una ocasión, la mirada de Rynn se cruzó con la de la chica de gafas.

Rynn deseó que sus ojos fueran tan grandes como los de ella, aunque se dijo que, sin duda, las gafas hacían que parecieran mayores. Cuando la chica se rio y, por un instante, dejó ver la ortodoncia, la envidia de Rynn se desvaneció. La otra chica era de cutis vulgar y no tenía nada que envidiar, salvo un abrigo de lana de un color que le recordó a Rynn al de la guardia montada de la Reina.

Las dos lanzaban miraditas a la niña, que iba sola, y la de las gafas y la ortodoncia, sin molestarse en disimular sus susurros, se volvió hacia su amiga, que se disponía a hacer un globo de chicle. La del chicle escuchó y a punto estuvo de atragantarse mientras asentía y ahogaba las risitas contra la bufanda blanca de lana de su amiga.

Rynn se dijo que, si tener una amiga era así, menuda pérdida de tiempo. Qué bobada.

La boca con ortodoncia volvió a susurrar algo a su amiga, y ambas chicas brincaron de risa.

Rynn sabía que estaban hablando de ella, y notó que se le enrojecían las mejillas y la frente.

Despacio, pasó una página, simulando estar muy concentrada en el libro, pero al cabo de un rato de fingir que leía, dio con un poema tan hermoso que cerró los ojos para pensar en el sereno pueblo de Nueva Inglaterra donde Emily Dickinson vivió y murió. Aquel pueblo, pensó Rynn, seguramente no sería muy distinto a este donde ella vivía: olmos gigantes, calles tranquilas, casitas de madera, un antiguo cementerio. Nieve en invierno, jardines con amplias sombras en verano.

Emily Dickinson, esto quedaba fuera de toda duda, no tuvo amigas tontas. No las necesitaba.

Un globo de chicle de fresa creció hasta reventar, y la chica volvió a meterse los restos en la boca con la lengua, sin inmutarse. Tenían los ojos llorosos de la risa; se enjugaban las lágrimas con un pañuelo de papel compartido. De pronto, soltaron un chillido y tiraron con fuerza del cordel para solicitar que el autobús se detuviera.

Salieron a la carrera por la puerta trasera con un último estallido de risas y gritando:

—¡Vamos, Wildcats!

Se habían dejado en el asiento una revista, y Rynn la recogió. En la cubierta, una foto de un chico en colores vivos le sonreía. Su rostro era como el de alguna hermosísima dama inglesa, como las que se veían en las tiendas pijas de Knightsbridge o hundidas hasta las rodillas en un campo de brezo para un anuncio de perfume. Miró atentamente al chico. Tenía los ojos enormes (deseó que los suyos fueran así de grandes), la tez inmaculada, y el pelo tan largo y suave como para despertar la envidia de cualquier chica. Bajo la foto, un titular en mayúsculas anunciaba que el último disco del chico con cara de damisela había roto todos los récords de ventas. Pasó las páginas y encontró fotos de la estrella musical rodeada de multitudes de niñas de la misma edad que ella, todas boquiabiertas, que lanzaban miradas de deseo a aquel chico delgado que siempre

sonreía y que sostenía una guitarra, ¿por que nos dicen que somos demasiado jóvenes para amar?, rezaba el titular del artículo.

—Buena pregunta —dijo Rynn soltando un bostezo exagerado.

Dejó la revista en el asiento del pasillo e hizo el resto del trayecto en compañía de Emily Dickinson.

El primer recado de su lista era ir al banco.

Su padre había elegido un banco que abría los sábados por la mañana, y Rynn comprobó con sorpresa que, por culpa de la persistente lluvia, estaba lleno de gente: familias enteras con abrigos de colores vistosos, bufandas y botas embarradas; hasta perros, incluido un dálmata que expresó su felicidad a ladridos y le propinó alegres coletazos.

Ella era la única en el mostrador de las cajas de seguridad, y bastó un toque en el timbre para que apareciera una empleada, una chica alta con maquillaje recargado, casi rosa pastel, que aun así no disimulaba las marcas de acné. La niña ya había firmado y escrito el número de la caja en un impreso que la empleada utilizó para localizar su ficha.

—¿Jacobs, Leslie A.? —preguntó la chica con voz neutra. Miró a la niña.

—Y Rynn. R-Y-N-N. Ahí está mi firma. Es lo que en Estados Unidos llaman ustedes una cuenta conjunta.

La empleada comparó las firmas.

—¿Tienes tu llave?

La niña le enseñó la llave plateada que llevaba colgada de una cadenita alrededor del cuello. La empleada apretó un botón y el cierre de la puerta junto al mostrador zumbó como un abejorro que Rynn había atrapado una vez en un tarro de cristal.

En una habitación que resplandecía a la luz de las lámparas fluorescentes, la empleada abrió una puerta de metal brillante y retrocedió para dejar que Rynn extrajera una caja negra de la pared.

—Ahora la llevas a uno de esos cuartos —dijo la empleada, señalando una hilera de cabinas.

—Sí, ya lo sé.

Al cabo de unos minutos, después de que Rynn volviera a colocar la caja negra en la pared de la cámara y la empleada cerrara la puerta y le devolviera la llave, un empleado joven, con dientes amarillos y patillas, se sumó a la empleada para ver cómo la niña

dejaba el departamento de cajas de seguridad y cruzaba el brillante suelo de mármol de la sala para hacer cola ante otra ventanilla.

—¿No es demasiado pequeña? —dijeron los dientes amarillos.

—Parece que sabe lo que hace —dijo la empleada del maquillaje rosa.

Rynn escribió su nombre en dos cheques de viaje de veinte dólares. Un cajero joven que se estaba dejando bigote sin mucho éxito frunció el ceño al estudiar las firmas. Miró a la niña, luego miró los cheques.

Rynn sentía los latidos de su corazón. ¿Por qué hacía eso el cajero? Eran sus cheques. Tenía todo el derecho a cobrar sus propios cheques.

—¿Son tuyos? —El fino bigote del cajero apenas se movía cuando hablaba.

—¿Por qué no llama usted a un superior? —dijo ella con cierta aspereza.

El hombre miró a su alrededor, pero si buscaba a alguien que autorizara la transacción no halló a nadie. Le pasó a la niña un papel en blanco.

—Vuelve a firmar. Aquí.

¿Es que nadie pedía nada por favor?

Sin decir palabra, la niña escribió su nombre con la misma caligrafía pulcra que figuraba en el cheque.

El cajero llamó por señas a una mujer rolliza de cuyo cuello pendían varios aros de cuentas de cristal. Las cuentas tintinearon contra el mostrador cuando se sumó al cajero para inspeccionar la firma. La mujer lanzó a la niña una mirada dubitativa.

—¿Llevas alguna identificación?

Del bolsillo de la trenca donde guardaba su cartera, Rynn extrajo un pasaporte británico.

El cajero abrió el documento y lo sostuvo ante la mujer rolliza.

—Solo tiene trece años.

La rolliza desenganchó unas gafas de entre los aros de cuentas y se las puso para escrutar a la niña de solo trece años.

—¿Estás de viaje con tu madre y tu padre?

—Mi padre tiene una cuenta aquí.

El dálmata pasó dando brincos junto a Rynn, la sacudió otra vez con la cola.

—Jacobs, Leslie A. —dijo la niña.

La rolliza volvió a mirarla largamente.

—Está bien —dijo.

Por lo visto, no opinaba igual el cajero, que se mostró aún más molesto cuando Rynn le pidió su dinero en billetes de un dólar. Finalizada la transacción, le hizo un gesto a la niña para que se fuera a otra parte a contar el dinero. Había personas, dijo, esperando en la cola.

Pero ella no se movió.

—¿Puedo quedarme el papel con mi firma, por favor?

El bigote ralo se contrajo de irritación cuando el joven le pasó el papel sobre el mostrador. Mientras se alejaba, Rynn lo rompió en trozos que dejó caer en una papelera.

Cuánta gente en la calle. Cuántas prisas, cuántos paquetes.

Para su segundo recado, tenía que ir a una tienda de repuestos de fontanería a varias calles de allí, en una zona más tranquila del pueblo; cuando llegó era la única cliente. Deambuló mirando las muestras de calentadores, los planos de sistemas de calefacción central y los esquemas de ventilación gracias a los cuales los estadounidenses conservaban el calor con tal éxito. Un gran anuncio decía que el invierno era la época adecuada para instalar aire acondicionado en casa y así poder disfrutar de un verano refrigerado. Al cabo de unos minutos se preguntó si habría alguien en el almacén detrás del mostrador.

—¿Hola?

Silencio. Volvió a llamar.

Un viejecillo más risueño de lo normal se apresuró hacia el mostrador mientras masticaba un sándwich de mortadela y se subía el volumen del audífono.

—Buenas —dijo, y se embuchó un gran bocado de sándwich—. ¿Qué necesitas?

—Me llamo Jacobs. Mi padre y yo hemos alquilado la casa de los Wilson…, la del camino.

—¿Aquí en el pueblo?

—En las afueras.

El hombre asintió y asestó otro mordisco en forma de media luna al sándwich.

—Nuestra estufa tiene una etiqueta que dice que la compraron

aquí.

El hombre asintió. Conocía a los Wilson.

—¿Algún problema? —Dejó con cuidado lo que quedaba del sándwich sobre una hoja de papel con el membrete de la tienda.

Rynn dijo que no sabía si había algún problema o no, pero que mientras limpiaba la casa el otro día había leído en otra etiqueta de la estufa que por las noches había que girar el dial hasta una posición señalada como «noche».

—Eso es. —El hombre sonrió—. ¿Pero por qué no dejas que tu madre y tu padre se ocupen de eso?

—¿Por qué no puedo yo?

El hombre sonrió de nuevo y se encogió de hombros.

—Lo dicho, ¿qué necesitas?

—Cuando se gira el mando hasta el final, hay una llama que sigue ardiendo. Bastante fuerte, de hecho.

—El piloto.

—¿Eso es seguro? Al fin y al cabo, es una estufa de gas y el gas puede ser peligroso. —Como si acabara de emitir una acusación que ahora tuviera que demostrar, sintió la necesidad de añadir—: En Londres, uno de nuestros vecinos murió por un problema con el gas.

—No hay nada de qué preocuparse. —Las palabras llegaron apagadas por el bocado de sándwich que estaba masticando. Salió de detrás del mostrador y guio a la niña hasta una estufa de muestra, igual a la que Rynn tenía en casa—. Te lo enseño para que lo veas.

Retiró la tapa de la estufa y le explicó cómo el piloto, la Mamita azul, prendía el quemador. Más importante aún: le enseñó cómo el gas entraba en la estufa a través de un pequeño conducto de cobre. Un tubo de ventilación iba desde el quemador hasta el exterior, atravesando la pared de la casa.

—¿Lo has entendido? —preguntó el hombre con una sonrisa que dejó ver una considerable porción de sándwich a medio masticar.

—Sí —dijo la niña con su característica concisión—. Y la verdad es que me quedo más tranquila. —Se encaminó a la puerta—. Muchísimas gracias.

El hombre seguía sonriendo y masticando cuando Rynn salió a la calle, y ella pensó que era muy probable que le pareciera extraño que una niña de trece años fuera a su tienda a preguntar por una de

sus estufas. ¿Por qué? ¿Acaso a las niñas no les tendrían que interesar este tipo de cosas?

Había reservado el siguiente recado para el final, pues era lo que más le apetecía. Incluso ahora, en la calle, delante de la librería, contemplando las brillantes cubiertas de los montones de libros con la avidez de un pilluelo hambriento ante el escaparate de una pastelería, seguía posponiendo la felicidad definitiva, el momento de poner por fin el pie en la tienda. Entonces se hallaría en un mundo que para ella resultaba mucho más maravilloso que aquel que Alicia había encontrado al fondo de la madriguera o el que los astronautas descubrieron en la negra vastedad del espacio.

Una vez dentro, rodeada de mesas de libros, de estanterías de libros, de libros apilados, volvió a posponer lo que más deseaba: el momento mágico de plantarse frente a las estanterías atestadas de finos volúmenes de poesía.

Dos horas después seguía sentada en el suelo devorando página tras página de libros cuyas encuadernaciones crujían de nuevas cada vez que sus cuidadosas manos pasaban una hoja. Ni siquiera era consciente de los libreros que pasaban por el pasillo.

Nadie la molestó. Ningún dependiente se ofreció a ayudarla ni le sugirió que siguiera avanzando. Pero llegó un momento en que se atragantó por la emoción y sintió que le ardían las mejillas de tal forma que tuvo que salir corriendo a la fría calle.

Pasó otra hora en una tienda de discos, rodeada de sonidos y fantaseando con llevarse brazadas de álbumes a casa. Cuando iba hacia la puerta, dejando atrás los expositores de música clásica, vio al chico que aparecía en la portada de la revista. Desde un póster, sus enormes ojos la miraban fijamente, y su deslumbrante sonrisa la hizo detenerse un largo momento.

Sentada en un taburete en la barra de Woolworth's, Rynn renunció a acabarse una hamburguesa grasienta. Tragó con desgana un refresco de naranja, sin burbujas ni sabor, que una chica negra, al cabo de muchas dudas y desconcierto, le había llevado cuando Rynn le pidió un zumo. La chica negra miraba a la niña inglesa y la niña inglesa bebía.

En la calle, esperando el autobús, trató de no pensar en lo que tenía que hacer a continuación, pues le causaba pavor.

Fue en autobús hasta la plaza del pueblo, con su cañón de la

Guerra de Independencia y su pirámide de proyectiles. Tras apearse, se obligó a caminar a buen paso bajo las ramas desnudas de los olmos, rumbo a un edificio de ladrillo rojo con columnas blancas: el ayuntamiento.

La puerta principal estaba abierta, pero en los pasillos y las oficinas reinaba el silencio que Rynn había esperado a esa hora de la tarde del sábado. El silencio era tan absoluto que se preguntó si daría con alguien que la ayudara, con alguien que pudiera responder su pregunta.

Mientras recorría un pasillo oyó el tecleo de una máquina de escribir. Había alguien.

El sonido de unos pasos le hizo volverse. Una mujer alta con una gabardina y el pelo cubierto por un pañuelo caminaba a paso ligero en su dirección. La mujer se detuvo. Tenía una cara muy inglesa. El cabello que asomaba por debajo del pañuelo era gris. Rynn estaba convencida de que era inglesa, pero cuando la mujer habló, resultó ser incuestionablemente estadounidense.

—¿Qué haces aquí?

Rynn se dijo que la mujer no tenía derecho a reprenderla de ese modo. Y aun así se lanzó a la búsqueda desesperada de una explicación.

Antes de que pudiera hablar, la mujer preguntó:

—¿Por qué no estás en el partido?

Sí, ¿por qué? Rynn sabía que debía responder, y pese a que ahora se percataba de que en la cara sonriente de la mujer no había más que amabilidad, y sin duda su pregunta, una vez comprendida, no se trataba de una impertinencia sino de una simple muestra de cortesía, no le quedaba más remedio que contestar.

—¿Trabaja usted aquí? —preguntó.

—No exactamente —dijo la mujer sonriendo—. Intento ayudar en algunos comités.

—Estoy haciendo un trabajo sobre el sistema de gobierno —dijo Rynn—. Necesitaría saber cuándo se reúne el consejo escolar.

—¿Te ayudaría asistir a una de las reuniones? —preguntó la mujer.

—En realidad, solo necesito saber cuándo se reúne.

—Dos veces al mes, el segundo y el último jueves. A las once. Se han reunido esta semana. La siguiente reunión no será hasta dentro

de dos… —Se detuvo—. No, entonces será Acción de Gracias, así que la reunión se cancela. —La mujer se quedó pensando—. Puedo conseguirte la ordenanza municipal. ¿Te ayudaría?

Entró en una oficina y regresó con un folleto.

—Es bastante completo, pero si necesitas algo más…

—Es perfecto —dijo Rynn—. Muchas gracias.

—No tendrías que estar trabajando a estas horas. Tendrías que estar en el partido. Los Wildcats necesitan todo el apoyo posible.

La niña asintió.

—¿Para qué clase estás haciendo el trabajo?

De repente los ojos verdes de Rynn se iluminaron.

—Disculpe —dijo con un anhelo que rara vez mostraba ante otras personas—, ¿de verdad cree usted que podría ir al partido?

La mujer consultó su reloj.

—Si te das prisa, llegarás al descanso.

Rynn dio media vuelta y se alejó por el pasillo. Sin dejar de sonreír, la mujer se encaminó hacia el sonido de la máquina de escribir.

Rynn hizo todo el camino de regreso a casa corriendo bajo la lluvia.

«¡El consejo escolar no se reúne hasta dentro de dos semanas! ¡Y además esa reunión se va a cancelar!». Se rio y su aliento formó nubes de vaho. «Señora Hallet, ¡es usted una mentirosa!». Se rio con ganas. «¡Una mentirosa es lo que usted es, señora Hallet! ¡Mentirosa! ¡Mentirosa!».

Entró como una tromba en la pequeña casa y corrió a por el listín de teléfonos, donde buscó un número. Mientras lo marcaba, miró la caja de cartón llena de frascos de mermelada vacíos que aguardaba en la mesa de alas abatibles.

Esperando respuesta, escuchó el tamborileo de la lluvia en el tejado.

—¿Señor Hallet? Soy Rynn Jacobs. Bien, sí. ¿Está su madre? Entiendo. Quería unos frascos de mermelada que ayer no pude darle. ¿Puede decirle que ya los tengo listos y que puede pasar a por ellos cuando quiera? Sí, aquí estaré…

La voz de la niña se tornó gélida de repente.

—No. Será mejor que venga su madre. Verá usted, señor Hallet, creo que mi padre tiene algo que quiere comentar con ella. Gracias,

señor Hallet.

5

Unos vigorosos golpes en la puerta lanzaron a Rynn al recibidor. Con la emoción de haber descubierto la mentira de la señora Hallet, abrió la puerta de par en par, pero se encontró no frente a la mujer sino ante un visitante inesperado. Ahogó una exclamación, pues el hombre que esperaba bajo la lluvia era inmenso, un gigante que se cernía sobre la puerta de una casita de muñecas. Se presentó: agente de policía Ron Miglioriti.

La niña dijo que ella se llamaba Rynn Jacobs y, dicho esto, guardó silencio.

No le daban miedo los policías. En Inglaterra, de aquellos jóvenes no había recibido más que cortesía, todos sin excepción eran amables y siempre estaban dispuestos a ayudar. Nunca los había visto embarcados en otra tarea que no fuera pasear, sin prisa alguna, por las aceras, como si la única emergencia que pudieran tener que afrontar fuera la de ayudar a alguna anciana a dar con una calle o con una parada de autobús. En Estados Unidos, Rynn no había conocido a ningún policía, pero no tenía motivos para pensar que fueran distintos. Este seguía plantado ante ella, con el impermeable brillante chorreando agua. Una funda absurda, como el plástico que ella usaba para tapar las sobras de comida antes de guardarlas en la nevera, cubría su gorra del policía. Tenía unas patillas negroazuladas y unas pestañas densas y oscuras que casi le tapaban los ojos negros y brillantes. Su nariz tenía un aspecto extraño, como si se la hubiera roto, pero todos y cada uno de sus dientes eran perfectos y lucía una sonrisa radiante, tan cargada de luz matutina como para iluminar el recibidor incluso en aquel día gris. Mientras lo miraba en el porche bañado por la lluvia, después de que él le preguntara si podía ver a su padre, Rynn supo que no

tenía más opción que invitarlo a pasar.

Agradeció que, antes de entrar, se sacudiera la lluvia de la gorra. Una vez dentro, el agente intentó no mojar el suelo recién encerado.

Para su propia sorpresa, Rynn le ofreció una taza de té.

En la cocina se recordó que, aunque él pareciera agradable, su sonrisa nada tenía que ver con el motivo que lo había llevado allí.

¿Qué quería?

Se le ocurrió algo terrible. ¿Y si lo había enviado la señora Hallet? Pero Rynn sabía que el consejo escolar no se había reunido. Esa no era la razón. ¿Estaba allí para recoger los frascos de mermelada? Decidió que, fuera cual fuera el motivo, lo mejor sería relajarse, y fue el nombre del agente lo que se lo permitió. En un primer instante le había parecido complicado, pero ahora le veía posibilidades poéticas. Para cuando sirvió el té, Rynn ya lo estaba pronunciando con un bonito y terso acento italiano.

—Miglioriti.

El agente sonrió, su respuesta habitual, al parecer, para todo. Pero sus gruesas cejas se juntaron por encima de la taza. Le estaba resultando difícil, si no imposible, agarrar el asa con su pulgar e índice gigantescos. La taza se tambaleó.

Rynn le miró la mano. Grande, cuadrada y fuerte. Imaginó cómo otros sábados, no haría muchos años, aquella misma mano habría agarrado un balón de fútbol. El fútbol podría explicar la nariz rota.

Todavía con el ceño fruncido, Miglioriti hizo equilibrios con la taza y se las apañó para tomar un sorbo de té.

—¿Su familia vive desde hace mucho tiempo en el pueblo? —preguntó Rynn, como si se hallara en una distinguida reunión social.

Una sonrisa se abrió lentamente en la cara de Miglioriti.

—Me parece a mí que has hablado con la señora Hallet.

La señora Hallet. ¿Lo había enviado ella?

El agente Miglioriti consiguió tomar otro sorbo antes de seguir hablando.

—No le digas que he dicho nada, pero en opinión de la señora Hallet, si no hueles a aceite de ballena del primer barco que arribó en este puerto, eres un inmigrante.

—Supongo que nosotros somos los más recientes —se apresuró a señalar Rynn—, mi padre y yo.

—Por lo menos, la señora Hallet os deja vivir en el pueblo. No se lo permite a todo el mundo. No si puede evitarlo. —Miglioriti intentó tomar un tercer sorbo, pero derramó té en el plato—. Debéis de haberle parecido dignos de aprobación si os ha alquilado esta casa.

Rynn tomaba su té con una precisión que esperaba que al policía le pareciera muy británica.

—Creo —dijo ella— que nos dejó porque mi padre es poeta. Ese es uno de sus libros. Ahí, el de la repisa de la chimenea.

Miglioriti se alegró de posar la inestable taza de té. Buscó un pañuelo en el impermeable mojado y se secó con cuidado las manazas antes de tomar el fino libro.

—¿Lo escribió él? —preguntó con apreciable asombro.

Rynn lo observó por encima de la taza de té. Era como un enorme oso negro examinando una flor. Pasaba lentamente las páginas, era evidente que estaba impresionado.

—Lo siento, mi padre está traduciendo. Cuando está en su estudio traduciendo con la puerta cerrada, tengo órdenes estrictas de no molestarlo, pase lo que pase.

Las manos del gigante pasaban las páginas una a una.

—¿Le gustaría que le dedicase un ejemplar?

El rostro del agente se ensanchó con otra de sus radiantes sonrisas.

—Claro, si tiene alguno de sobra.

A ella le gustaba todo lo que tenía que ver con aquel hombre, incluso la absurda funda impermeable de su gorra. Le encantaba el respeto con que sostenía el libro: estaba claro que era consciente de su valor.

—Es el primer autor que conozco.

Rynn sorbió el té.

—Le alegrará saber que hemos estado hablando. Mi padre dice que siempre es bueno conocer a la Policía Local.

—Sé que esto tiene que ser poesía de la buena, pero ¿no te reirás si te digo una cosa?

—No me reiré.

—Pues la verdad es que me cuesta creerme que a la gente le guste la poesía. No digo la que se ve en las tarjetas de cumpleaños sino, ya sabes, la poesía seria. Esa que ni siquiera rima.

Rynn se olvidó del diente roto y sonrió ante aquel maravilloso momento en que dos personas casi desconocidas descubrían compartir algo que iba más allá de una mera opinión, en que alcanzaban el punto de una intuición compartida. Al recordar el diente se tapó la boca.

—No me río de usted —dijo ella—. Yo antes le preguntaba lo mismo a él. A la mayoría de la gente le gusta que la poesía rime.

—En ese caso, supongo que soy como la mayoría.

—No. Usted es sincero. Mi padre dice que la mayoría de las personas que dicen que les gusta la poesía solo fingen que les gusta.

—Supongo que a ti te gusta.

—Me encanta muchísimo. —El largo cabello se le arremolinó cuando negó con la cabeza para corregirse—. Eso es una redundancia. Decir que me encanta ya basta. Añadir «muchísimo» lo rebaja. Me encantan las palabras. La mayoría de la gente no tiene mucho cuidado con ellas.

—Tendrías que oír a los testigos. Hasta con la declaración más simple puedes estar segura de que se van a acabar haciendo un lío.

Si la señora Hallet había enviado al agente ¿a qué esperaba para decirle lo que quería?

—Debe de ser bueno… tu padre.

—T. S. Eliot decía que sí. Mi padre conoció a Sylvia Plath cuando estaba casada con Ted Hughes. De todos los poetas ingleses vivos, Hughes es mi favorito. A él le gusta también Emily Dickinson. Ella es la que más me gusta de todos.

Rynn cerró los ojos con fuerza.

Comenzó a hablar. Su voz no se parecía en nada a la de los profesores a los que Miglioriti había oído recitar poesía en el colegio; la de la niña era natural, nítida, sin un ápice de afectación. No trataba de forzar su interpretación de las palabras; dejaba que dijeran lo que tenían que decir:

Hay un cierto sesgo de la luz
Las tardes de invierno,
Que pesa como música
De catedral.

Causa heridas celestes

No hallamos cicatriz,
Sino un cambio Interior
De los significados.

Nadie puede enseñarlo, nadie,
Es el sello de la desesperación,
Una aflicción imperial
Llegada del aire.

Cuando nos alcanza, el paisaje escucha,
Las sombras… contienen el aliento.
Cuando parte, es como la lejanía
En la mirada de la muerte.

El leño de arce se consumió en la chimenea y cayó, levantando una nubecilla de chispas. Rynn abrió la tapa de la leñera, cogió el atizador y enterró los restos del leño bajo un montón de ascuas.

—¿A usted también le gusta?

—«Las sombras contienen el aliento», pues claro que me gusta.

Ella sonrió sin abrir la boca.

Miglioriti devolvió el libro a la repisa de la chimenea.

—Suena especialmente bien como tú lo dices.

—Me encanta cómo suena. Igual que me encanta «Miglioriti».

El joven se ruborizó. Qué raro. Su padre siempre decía que era imposible avergonzar a un italiano.

—Como digo, nunca había conocido a un poeta.

—La señora Hallet tampoco. Creo que le resulta emocionante.

—¿Lleváis aquí desde septiembre?

—Desde que vimos el jardín rebosante de zinnias. Rojas y doradas y púrpuras y blancas y naranjas… Lo primero que vimos fueron las zinnias. Luego oí el océano. Y los árboles. ¿Sabe usted que hablan?

—Ya es más de lo que hace más de uno por aquí.

Rynn sonrió para dejar claro que había pillado el chiste.

La sonrisa del agente era amplia.

—Entonces, supongo que te gusta este sitio, ¿no?

—Me encanta.

—¿Y el colegio?

Rynn tragó saliva, conteniendo el pánico que empezaba a crecer en ella. Se encogió de hombros.

—Está bien.

—No es fácil cuando eres nuevo. La gente de por aquí puede parecer un poco fría al principio.

—No pasa nada…

—Cuando ya llevas aquí un tiempo —el hombre sonreía, dando a entender que bromeaba— se vuelven más fríos todavía.

Rynn se olvidó del diente y se rio. Cuando vio que el hombretón la estaba observando, cerró rápidamente la boca.

—Es usted gracioso. Para ser policía.

Él preguntó si era «gracioso» por raro o por divertido. Ella dijo que era el policía más divertido que conocía.

—La mayoría de los policías de por aquí tampoco beben té. ¿Te has fijado? —Él estaba mirando a su alrededor—. Aquí antes vivían los Wilson.

—¿Y va a decirme que la casa está embrujada?

—Imposible. Era la gente más feliz del mundo.

—Hasta que… —La niña alzó el índice en gesto de advertencia y adoptó el tono lúgubre apropiado para contar una historia de fantasmas—. Hasta que todos hallaron la muerte, una muerte grotesca, misteriosa y extraordinariamente atroz.

—No. Lo que pasó en realidad es que heredaron un par de millones de dólares y ahora viven en la Riviera francesa.

—¡Bien! ¡Ya sabía yo que esta casa traía buena suerte! —dijo mirando al hombre del impermeable brillante, en pie ante la chimenea—. Me gusta que sea usted nuestro agente de policía.

—Gracias. —La sonrisa de Miglioriti era casi infantil—. Eso suena mucho mejor que «cerdo polizonte». Hoy en día los niños no respetan la ley. ¿A ellos les gustaría que los llamaran cerdos?

A Rynn le habría encantado pedirle que se quitase aquella absurda funda para la gorra, y también el impermeable. Pero ahora que él había terminado el té, no se atrevía animarlo a quedarse más tiempo. Se recordó que era mejor que aquel hombre no le gustase demasiado. Su presencia allí planteaba una pregunta que aún aguardaba respuesta.

Miglioriti cogió la taza y el plato.

—Con todo, el pueblo es un buen sitio para vivir. Tú no dejes que la señora Hallet te fastidie. Lo intentará. Como he dicho, se cree que manda aquí.

—¿Y no?

—Para algunas cosas, no lo suficiente.

—¿A qué se refiere?

Con una audacia que a ella misma le sorprendió, Rynn miró fijamente al agente de policía, una mirada que exigía una respuesta.

—Ya es suficiente. —El agente había hablado demasiado, no quería seguir por ese camino.

—¿Se refiere a su hijo?

—¿Ya os habéis conocido?

Rynn bajó la voz; ya no miraba al agente.

—Dice que soy una niña muy guapa.

—Lo eres. —El hombre escogía sus palabras con cuidado—. Pero sonaría mejor si te lo dijera alguien de tu edad.

—¿Es un pervertido?

Miglioriti miró a su alrededor en busca de un sitio donde dejar la taza y el plato.

—¿Dónde lo pongo?

Rynn tomó las delicadas piezas de porcelana de su enorme mano.

—Tiene dos niños —dijo ella.

—Ya —dijo el agente, muy poco convencido.

Ella recordó lo raro que le había parecido, en aquella misma habitación, que aquel hombre de manos y cara sonrosadas fuera padre. Una vez más, le sorprendió su audacia.

—¿Son suyos?

Durante un momento pensó que Miglioriti no iba a responder. Cuando lo hizo, fue como si estuviera hablando con un adulto, alguien de quien esperaba que comprendiera todas las implicaciones de lo que estaba diciendo.

—Son de su mujer. De otro matrimonio.

—En otras palabras —la niña se atrevió a mirar al agente—, ¿el señor Hallet es de esa clase hombres que ofrecen caramelos a las niñas?

Miglioriti se quitó la gorra y se pasó los dedos grandes y romos por la oscura masa de cabello rizado. Prefirió no contestar. Negó

con la cabeza simulando incomprensión.

—¿De dónde dices que eres?

—Londres.

—Supongo que los niños crecen rápido en las grandes ciudades.

Ella se terminó el té y dejó la taza, junto con la del agente, en la encimera de la cocina.

—Mi padre y yo hemos vivido en muchos sitios. Hemos conocido toda clase de gente. —Llevó la tetera al fregadero. Miró por la ventana de la cocina el jardín trasero, tomado por una maleza exuberante y flores muertas—. ¿Por qué el señor Hallet no recibe tratamiento?

—¿Qué tipo de tratamiento se te ocurre?

Advirtió que el agente estaba dejando que fuera ella la que hablara.

—Pues está el psicoanálisis.

Le tocaba a Miglioriti hablar y le costaría no decir más de lo que pretendía, pues seguían compartiendo esa intimidad poco habitual de las intuiciones mutuas.

—Hay dos sitios adonde no van los que llevan trescientos años en la isla. No van al psicoanalista y no van a la cárcel.

Rynn estaba enjuagando las tazas.

—Tiene usted mi solemne promesa de que no aceptaré caramelos de desconocidos. —Cerró el grifo, se secó las manos y regresó junto al agente—. Me alegro de que haya venido.

—Pero no te he dicho por qué he venido.

Rynn confió en que no se hubiera notado el escalofrío que sintió de pronto. Tuvo que esforzarse por mantenerle la mirada.

Esperó a que él hablara.

—¿Te gusta el pavo?

—¿Tengo que decir que sí?

—No te gusta.

—La verdad es que no. No mucho. —A renglón seguido, le pareció que tenía que dar a aquel hombre tan amable un motivo—. Las aves son reptiles. Lo fueron hace mucho. Biológicamente. ¿Lo sabía usted?

—Me temo que no. —Se puso la gorra, cubierta por aquella especie de gorro de ducha—. ¿Entonces no quieres boletos para la rifa?

—¿Quiere decir que si mi padre y yo compramos boletos podemos ganar un pavo?

—Lo más probable es que no os toque. —Parecía que se tomaba la rifa muy en serio—. Un pavo para Acción de Gracias. Once kilos como mínimo. Claro, que eso es un montón de pavo para el que no le guste el pavo. —Ya iba de camino a la puerta. Sonrió—. ¿A tu padre le gusta el pavo?

—Menos todavía que a mí. Déjenos dos boletos.

—¡Vaya! —dijo el joven oficial, quitándose la gorra y pasándose los dedos por el brillante pelo negro—. La verdad es que odio hacer esto, ¿sabes? Preferiría estar en el partido. Estas cosas siempre me hacen sentir como si estuviera chantajeando a la gente.

—Para nada —dijo Rynn con el más mundano de los tonos—. Es por una causa justa. Le sorprenderían las cosas por las que la reina de Inglaterra tiene que vender boletos.

Miglioriti miró a la niña. Ella lo miró a su vez, y por un segundo su sonrisa fue tan amplia como para dejar ver el diente roto.

—¿Cuánto es?

—¿Por dos boletos? Dos dólares.

—Un segundo.

Rynn hizo una seña al agente para que no se marchara y subió a la carrera las escaleras que llevaban a la planta de arriba, escaleras que se encontraban sobre la puerta cerrada del estudio.

Miglioriti, al verse a solas, se acercó rápidamente a la puerta del estudio y llamó con suavidad. No hubo respuesta. Intentó girar el pomo, pero la puerta estaba cerrada. La voz de la niña llegó desde lo alto de las escaleras.

—Uno. Y dos dólares.

Bajó las escaleras de dos en dos alisando los billetes, y Miglioriti se sacó el talonario de boletos del bolsillo y arrancó dos.

—¿Así que si mi padre y yo tenemos *muy* mala suerte —dijo Rynn con una sonrisa— ganaremos un pavo de once kilos?

Los dos se rieron.

Miglioriti sonrió de oreja a oreja.

—¿Cómo es que los niños ingleses son siempre tan educados? Ellos nunca nos llaman «cerdos», eso seguro. —Rynn dobló los boletos de la rifa. El agente seguía sonriendo—. Ojalá hubiera más gente como tú por aquí. Desde luego, mi trabajo sería mucho más

fácil. —Volvió a guardar el talonario en la chaqueta—. Bueno, me temo que tengo que irme a seguir colocando boletos. Gracias por el té. Y por el apoyo.

La niña y el policía intercambiaron sonrisas.

—Dale también las gracias a tu padre.

—Lo haré. —Lo acompañó a la puerta—. ¿Volveremos a verle?

—No podréis evitarlo. En invierno este sitio se vuelve muy pequeño. —Abrió la puerta—. Sigue lloviendo.

—Como en casa.

Miglioriti se quitó la gorra y se aseguró de que la funda de plástico estuviera bien puesta. Volvió a colocarse la gorra sobre el cabello negro y se puso en marcha.

Desde debajo de los árboles goteantes, el agente llamó a la niña.

—Gracias de nuevo, señorita Jacobs. Espero que no ganéis el pavo.

Mientras veía alejarse al joven moreno, a Rynn la invadió una repentina sensación de pérdida. Siguió contemplando la tarde neblinosa hasta después de que el coche patrulla hubiera desaparecido del camino.

Durante largo rato respiró el aire frío y cargado de olor a hojas mojadas, y recordó días similares en el Hyde Park de Londres, cuando los árboles desnudos parecían dibujos en blanco y negro en el cuaderno de un niño.

Otro vehículo apareció en el camino, un coche rojo oscuro que se detuvo ante la casa. Una puerta restalló al cerrarse y la mujer con el abrigo de *tweed* se acercó a paso ligero bajo un llamativo paraguas a rayas blancas y rojas.

Rynn esperó hasta que la mujer del abrigo áspero casi hubo alcanzado la puerta.

—Hola, señora Hallet.

La mujer bajó el paraguas. Sus duros ojos azules se achicaron entre pliegues de piel al ver a la niña en el umbral. Habló con voz gélida.

—¿Puedo pasar?

—Está invitada.

6

Rynn aferró con furia la manilla de la puerta mientras los zapatos mojados de la señora Hallet iban dejando huellas embarradas en el suelo de roble encerado. Al cruzar la habitación a zancadas y ubicarse frente al fuego, la señora Hallet estaba dejando clara su postura: todos los derechos que la niña había reclamado en la anterior visita quedaban anulados.

La mujer golpeó la punta del paraguas contra las losas de piedra ante la chimenea para sacudir el agua. Abrió de golpe el paraguas y volvió a cerrarlo, salpicando más gotas.

«Nunca abras un paraguas dentro de casa». La niña recordó las palabras de una vecina londinense, una anciana sin dientes que vivía exclusivamente de leche condensada, y que, en un día lluvioso como aquel, le había gritado esa advertencia. De entre las clases de mala suerte que uno puede invocar, abrir un paraguas dentro de casa te trae la peor de todas, eso le había advertido la mujer. Rynn se acordaba, pero se enorgullecía de no ser supersticiosa. La señora Hallet, se vio forzada a reconocer, no parecía ser el tipo de mujer a la que la mala suerte se atreviera a acercarse.

Dejó la puerta principal abierta para dar a entender a la mujer frente a la chimenea que no esperaba que se quedara en la casa más que lo que tardara en recoger sus frascos de mermelada. Pasó al salón, corrió las cortinas de un tirón y encendió una lámpara. Preparar la habitación para la caída de la noche había sido un impulso, algo instintivo. La mujer no pasó por alto el cambio. La niña había hecho que la casa pareciera más pequeña, más acogedora, más que nunca su propio hogar.

La lluvia aporreaba el tejado y chapoteaba en el porche.

Rynn supo que la señora Hallet estaba esperando a contar con

toda su atención antes de empezar a hablar. Supo también que aquella mujer, cuya silueta se recortaba contra el resplandor del fuego, sopesaba con sumo cuidado lo que iba a decir. Aun así, la pillaron por sorpresa sus palabras, secas como el chasquido de la rama de un árbol muerto al romperse.

—Esta mañana he hablado de ti en el consejo escolar.

Bastaba eso para empezar. Le dejaba claro a Rynn que, incluso si aquella fuera su casa, ella no era más que una niña.

Rynn se había prometido no desafiarla, pero, colérica ante semejante invasión, tuvo que esforzarse para no gritarle a aquella cara sonrosada que sabía que era mentira, una mentira estúpida que cualquiera —cualquier niño medio inteligente— podía desmontar con solo informarse de cuándo se reunía el consejo escolar.

No dijo nada.

Con cuánta frecuencia la llenaban de estupor las mentiras de los adultos. Mentiras tontas, fáciles de desarmar. ¿No recordaban lo difícil que es engañar a un niño? ¿Es que habían olvidado que, cuando se trata de mentir, los niños se las saben todas?

El silencio pareció interminable, pero no habían transcurrido más que unos segundos. La mujer no pudo resistirse a lanzar un vistazo a la niña con sus fríos ojos azules para determinar el impacto del primer ataque.

—Han mostrado mucho interés, debo decir, al saber de tu caso.

«Es usted una mentirosa, señora Hallet. ¡Una mentirosa!», chilló Rynn para sus adentros. En lugar de eso dijo:

—Estaba a punto de poner agua a hervir. ¿Le apetece una taza de té? —Hizo lo posible por que su voz sonara amable y carente de desafío.

Pero la señora Hallet no tenía intención de dejar que Rynn neutralizara su ataque con buenos modales.

—Muchísimo interés, ya lo creo.

Cuánto tuvo que contenerse Rynn para no gritarle: «¡Mentirosa!». Cuánto deseaba gritar a aquella cara gorda y rosácea que ella sabía que el consejo escolar se había reunido el pasado jueves, que sabía que no volvería a reunirse hasta dentro de un mes. Ansiaba decirle a aquella vieja mentirosa que, cuando ella tuviera que hacer frente a la realidad y no a aquellas amenazas vacías, era lo bastante lista, lo bastante brillante y lo bastante valiente como

para que se le ocurriera alguna manera de no tener que ir al colegio. Se libraría de todos ellos. Nunca se plegaría a su juego.

—¿No quieres saber qué han dicho?

—De té puedo ofrecerle Earl Grey o Darjeeling.

La mujer cerró de golpe el paraguas, lanzando una mirada feroz a aquella niña que, sin achantarse, la miraba a los ojos con una expresión que no era dulce ni inocente, ni tampoco abiertamente desafiante. Ante la impasividad de Rynn, la mirada de la mujer flaqueó, y bastó ese instante fugaz, antes de que recuperara el aplomo, para poner su incertidumbre de manifiesto. ¿Sabía la niña que estaba mintiendo? Había sido una necedad mentir sobre la reunión del consejo, algo que la niña podría comprobar fácilmente. Qué tontería. No era más que una niña. No obstante, la mujer reculó y volvió a echar mano de la más poderosa de sus armas: la autoridad incuestionable que le otorgaba su edad.

—Vengo casi dispuesta a olvidar lo sucedido ayer. Sin embargo, debo decir, no me parece que hoy tu tono sea mejor.

—Entonces, me corresponde disculparme. —Rynn se dio cuenta de que en Londres nunca había hablado de una manera tan inglesa —. Si la he ofendido de algún modo, señora Hallet, lo lamento.

Pero, claro está, sabía muy bien que no era una disculpa lo que quería la mujer. Al igual que sabía que no estaba allí por los frascos de mermelada.

La señora Hallet plegó la tela roja y blanca sobre el mango del paraguas.

—Lo que me sorprende, sobre todo, es que la mayoría de los niños y las niñas ingleses son muy educados. —Aquella altanería requería la más fría de sus miradas, una mirada capaz de convertir en piedra a cualquier niña o, como mínimo, de reducirla a las lágrimas.

No halló cambio alguno en la expresión de la niña.

—Pero claro, tú no eres inglesa *de verdad*, ¿cierto?

—¿Qué ha decidido sobre el té?

—¿No tienes un vaso de ese vino espeso y dulce que usáis en vuestras ceremonias religiosas?

El rostro de Rynn, iluminado por el fuego de la chimenea, se mantuvo imperturbable como una máscara.

La señora Hallet, la primera en romper el intercambio de

miradas, recurrió al paraguas como excusa para disimular su derrota y fue al recibidor a dejar sus llamativas rayas en un colgador de madera.

—¿O es que no tienes edad de beber vino? —dijo, preparándose para proceder con el interrogatorio. Cerró la puerta dando un portazo y volvió al salón, rozando a la niña al pasar y embarrando más aún el suelo—. Le dijiste a mi hijo que tenías catorce años. A mí me dijiste trece. ¿En qué quedamos?

—Trece.

—Y eres brillante. Como muchos de vosotros.

—Señora Hallet, ¿tendría a bien aceptar mis disculpas por lo sucedido ayer?

La mujer aguardó hasta haber recuperado su puesto de autoridad frente a la chimenea antes de hablar.

—¿Has aprendido a decirlo así con algún disco? —Extendió las manos hacia el fuego y pareció valorar la disculpa—. Me temo que no es tan fácil. Cuanto más pienso en lo que pasó aquí ayer, más convencida estoy de que tu padre y tú os sentiréis mucho más en casa en algún sitio donde podáis, digámoslo así, hablar el idioma que veo que preferís.

La mujer avivó el fuego con el atizador de la leñera. Su cabello metálico destellaba a la luz, como si estuviera en llamas.

—Por teléfono, le insististe a mi hijo en que tu padre quería hablar conmigo. Aquí me tiene. Sin duda, yo también deseo hablar con él. ¿Está en casa?

—Sí.

—Llámalo.

—Me temo que ahora mismo está traduciendo. Nadie lo puede molestar. Ni siquiera el agente Miglioriti.

—El agente Miglioriti trabaja para personas como yo —dijo la señora Hallet, dejando incuestionablemente claro que la niña no debía confundir el poder y la ley con un afable joven al que ella podía contratar y despedir a su antojo—. Ya va siendo hora de afrontar que, simple y llanamente, todos cometimos un error con esta casa.

El fuego ardía con fuerza. La señora Hallet se calentó las manos.

—Por si te preguntas qué estoy haciendo, estoy esperando a que llames a tu padre.

—No me ha respondido usted… a lo del té.

La señora Hallet se tomó un largo rato para examinar la habitación con la mirada, como si las consideraciones de la víspera le permitieran verla de un modo diferente.

—Vosotros dos solos aquí, en esta zona, con tan pocos vecinos. Y con el invierno encima, y lo poco que tenéis en común con nosotros. No. Yo diría que este no es vuestro sitio en absoluto. De verdad que no entiendo cómo pudimos creer que seríais felices aquí.

—A mi padre y a mí nos encanta esta casa…

—Es un sitio muy solitario para una niña que pasa tanto tiempo sola. No. Creo que va a haber un cambio de planes…

—Tenemos un contrato de alquiler de tres años.

La señora Hallet siguió frotándose las manos rosáceas.

—Los contratos se pueden romper. No. Tampoco me sorprendería enterarme de que tu padre ya ha decidido ir a algún otro sitio donde os sintáis más cómodos.

—No se preocupe por nosotros, señora Hallet.

—Ahí está otra vez. Ese tono de burla constante. Y no me lances miradas heridas ni te hagas la incomprendida. Intentas actuar como si no fuera tu intención que tus palabras suenen como las dices. Pero tú y yo sabemos muy bien cuál es tu intención.

—Ahí están los frascos, señora Hallet. En la mesa.

—¿Me estás echando?

Sin saber qué decir, Rynn se limitó a escuchar la respiración acelerada de la mujer.

—¡Llama a tu padre! —exclamó en tono áspero—. ¡Ahora mismo!

—Ya se lo he dicho. No se le puede molestar.

La señora Hallet se había acercado a la puerta del estudio, ante la que se detuvo como a la espera de la orden de la niña.

Cuando esta llegó, Rynn habló con más autoridad que nunca:

—¡No abra esa puerta!

—Tú y yo sabemos perfectamente —dijo la señora Hallet— que él no está ahí.

La voz de Rynn se serenó.

—Abra esa puerta, señora Hallet, y no me quedará más opción que contarle a mi padre lo de su hijo.

—¿Mi hijo?

La señora Hallet soltó el pomo de la puerta; su voz era el gruñido de un animal atrapado.

—Lo de la otra noche. Todavía no se lo he contado a mi padre.

Aunque Rynn no alcanzaba a ver bien a la señora Hallet en la oscuridad del recibidor, sabía que el rostro de la mujer estaría encendido de rabia.

—¿Contarle qué a tu padre?

—Lo que pasó aquí.

Rynn se calló, dejando que el silencio sirviera de acusación contra el hijo de aquella mujer.

—Cómo se comportó. Por lo visto, en el pueblo ya lo saben todo sobre él.

La señora Hallet saltó de entre las sombras.

—¡Miglioriti! ¡Es un mentiroso!

—El agente Miglioriti no, señora Hallet.

En contraste con la histeria desatada y cruda de la mujer, la niña, casi serena, dominaba la situación.

—¿Qué te ha dicho ese espagueti asqueroso?

—Nada, señora Hallet.

—¿Nada? Siempre ha odiado a Frank. ¿Te ha contado que antes de que Frank se casara, él estuvo liado con su mujer? ¿Cómo no va a odiar a mi hijo?

—Él ni siquiera iba a decirme que sus hijos no son suyos en realidad. Tuve que preguntárselo yo.

—¿Qué más dijo? ¡Exijo saber qué más dijo!

—¿También cuando le pregunté por qué su hijo no está en tratamiento, o por qué la policía no hace nada?

Nada que la señora Hallet pudiera haber hecho en ese momento habría sorprendido a Rynn. Pero ahora le tocaba a la lívida mujer tragarse la rabia.

—¿Por qué tendría que hacer algo la policía?

—¿Porque su hijo ofrece caramelos a las niñas…?

Con inmensa saña, la mujer le cruzó la cara de una bofetada. Rynn corrió a la mesa y empujó la caja llena de tintineantes frascos hacia el borde; la cara le ardía.

—Sus frascos, señora Hallet.

—¡Tú vas a largarte de esta casa!

—Mi casa, señora Hallet. —Rynn parpadeó para contener las

lágrimas de cólera.

—Con tu padre… o sin él.

Rynn ahogó un sollozo.

—Tiene usted razón, este camino es solitario. Muchas veces estoy sola. Eso no me preocupa, señora Hallet. Si a usted sí le preocupa, es un problema que haría mejor en hablar con su hijo.

—¡Maldita seas!

La lluvia tamborileaba en el tejado.

La señora Hallet hurgó en la caja de los frascos.

—Faltan las arandelas —dijo—. Sin las arandelas de goma, los frascos no sirven para nada.

Rynn miró dentro de la caja. Buscó a conciencia, revolviendo los frascos. Finalmente, dándose por vencida, cerró la tapa.

La mujer le lanzó una mirada pétrea.

—¡Quiero los frascos ahora mismo! Y las arandelas. Y esta vez no se te ocurra decirme que vuelva más tarde.

—No necesita las arandelas —gritó Rynn—. Ni siquiera quiere los frascos…

La señora Hallet había hecho otros movimientos rápidos y resueltos, pero ninguno había preparado a Rynn para el modo en que la mujer agarró la mesa para arrastrarla y moverla de la alfombra trenzada. Tiró desesperada de su abrigo de *tweed*.

—¡Fuera de mi casa!

Las patas de la mesa chirriaron sobre el suelo de roble.

La señora Hallet apartó de un tirón la alfombra, revelando una trampilla. Corrió el pasador del cerrojo.

La niña, temblando de rabia, se vio incapaz de moverse.

La mujer levantó la trampilla y la dejó caer con todo su peso contra la pared.

La furia de Rynn se transformó en terror. Aturdida, vio cómo la mujer se situaba ante la apertura y atisbaba hacia abajo a la vez que se ceñía el abrigo de *tweed* a la cintura para protegerse del frío.

Rynn rompió la parálisis de miedo y arremetió contra la mujer, pero temblaba con tal violencia que no pudo ir más allá de un amago, así que gritó, un grito cargado de rabia descarnada, un grito espeluznante para alguien tan joven.

—¡Se lo advierto, señora Hallet!

Su aviso había frenado a la mujer ante la puerta del estudio,

pero esta vez la señora Hallet se detuvo lo justo para arrebujarse mejor en el abrigo antes de poner el pie en el primer escalón de piedra.

Rynn temblaba junto a la trampilla, casi en trance, mientras veía el pelo dorado de la mujer y los hombros del abrigo de *tweed* marrón hundirse escalón a escalón. Cuando a la señora Hallet no le quedó más remedio que agachar la cabeza para pasar bajo las tablas de roble del suelo, se puso las gafas para escrutar la oscuridad.

Otro paso. Entonces el sonido de sus pies al arañar el suelo se detuvo en seco.

—Dios mío… —dijo con un susurro.

Entonces gritó.

Como si el grito fuera una señal, Rynn saltó hacia delante y apartó la trampilla de la pared. La dejó caer sobre el hueco de las escaleras, acallando el grito que emanaba de abajo.

Cargó todo su peso sobre las tablas de roble y aferró el pasador.

Oyó golpes secos en la trampilla.

Tirar del pasador oxidado para cerrar la puerta requirió todas las fuerzas de la niña.

Seguían oyéndose golpes allí abajo mientras Rynn se ponía lentamente en pie. Los golpes se sincronizaron con los latidos de su corazón, y, con cada uno, ella se alejaba un paso de la trampilla.

Se oyó un grito apagado, lejano, silenciado casi por completo por las gruesas tablas de roble.

Dos golpes más.

De pronto, mientras continuaba apartándose, se topó con algo a su espalda que le bloqueaba la retirada. Sin atreverse ni siquiera a respirar, estiró la mano hacia atrás y se encontró con la mecedora, balanceándose desbocada atrás y adelante… atrás y adelante.

7

La niña estaba sentada en la mecedora. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. ¿Habían pasado horas desde que corrió a echar la llave a la puerta principal y se aseguró de que las cortinas estuvieran bien cerradas para que nadie pudiera verla desde fuera? ¿O habían sido tan solo unos minutos?

Un leño quemado se desmoronó en la chimenea.

La lluvia aporreaba el tejado.

Ella se mecía, atrás y adelante, atrás y adelante.

El fuego se estaba apagando. La habitación se enfriaba.

Siguió sentada, catatónica, como una pobre desgraciada abandonada en un manicomio, encerrada en sí misma, condenada a mirar eternamente la pintura descascarillada de la pared o un punto indefinido suspendido en el aire. Pero ella no estaba loca, ni tenía la mente en blanco. Nunca había estado más lúcida.

Durante mucho tiempo intentó imaginarse a la señora Hallet bajo las relucientes tablas de roble de la trampilla. Había oído más gritos apagados y muchos golpes. Desde hacía horas, o puede que tan solo minutos, ya no oía nada. Siguió dándole vueltas a la cabeza. La señora Hallet, allá abajo, en ese sótano frío que olía a periódicos viejos humedecidos y poblado de arañas, ¿estaría sentada en los escalones de piedra? Decidió que era más probable que siguiera de pie, de pie y a la espera. Todo el tiempo que hiciera falta.

Eso era también lo que estaba haciendo Rynn en la mecedora. Esperar.

Tenía las manos empapadas de un sudor helado que se enjugó en los Levi's.

Debía conservar la calma. Era capaz. Al fin y al cabo, ¿no decía

todo el mundo que era una niña brillante? Si era cierto, había llegado el momento de demostrarlo, demostrarlo pensando como nunca antes lo había hecho. Tenía que pensar con cuidado y decidir, con más cuidado incluso, qué hacer.

Lo primero en lo que debía pensar: ¿Se atrevería a abrir la trampilla? ¿Se atrevería a dejar salir a la señora Hallet?

Siguió meciéndose sin alterar el ritmo.

Pese a que todo había sucedido en un instante, pese a que se trataba de algo que nunca se habría imaginado capaz de hacer, lo había hecho.

¿Se podía deshacer?

Aunque Rynn se tumbara boca abajo en el suelo y susurrara a través de la trampilla que sabía que había hecho algo terrible, aunque suplicara el perdón de la mujer, aunque le implorara misericordia, ¿qué diría la señora Hallet desde su mazmorra? Sumida como estaba en las tinieblas, no había nada —absolutamente nada— que no se hallara dispuesta a prometer, claro estaba. La señora Hallet juraría que nunca, nunca y bajo ninguna circunstancia, contaría lo que la niña había hecho; eso también estaba claro.

Por supuesto, sería mentira.

La señora Hallet no la perdonaría nunca.

La señora Hallet, la de la gran casa de ladrillo que había en el pueblo, detrás de hileras de árboles perennes y de un enorme jardín; la señora Hallet, la de los amigos poderosos; la señora Hallet, la que contrataba y despedía a hombres como Miglioriti; la señora Hallet se aseguraría, aunque fuera lo último que hiciera en su vida, de que la niña recibiera su castigo. La señora Hallet no pararía hasta que toda la fuerza de la ley cayera sobre la niña por la ofensa terrible, monstruosa e imperdonable que había cometido. Toda la fuerza de la ley y más.

¿Qué significaría eso? ¿La cárcel? Sí, sin duda. En Estados Unidos —igual que en Inglaterra— enviaban a los niños a prisión por cosas mucho menores que empujar a ancianas a sótanos y echar la trampilla tras ellas. La señora Hallet acudiría al juzgado con media docena de abogados y se plantaría ante el mundo entero para contar los terribles sucesos de los que había sido víctima. El tribunal escucharía impactado el relato de tan horrible experiencia. Cuando

llegara el momento de que la niña, acompañada por un abogado de oficio, se pusiera en pie para explicar sus razones, ¿quién la creería? ¿Quién perdonaría a una niña así?

—Mala suerte, señora Hallet. Siendo usted como es, no puedo abrir la trampilla y dejarla salir. No hay otra manera. Tiene que quedarse ahí abajo, señora Hallet.

La niña se mecía atrás y adelante, atrás y adelante.

Y ahora, la siguiente cuestión. ¿Qué le pasaría a la mujer? ¿Cuánto tiempo seguiría con vida?

Sigue pensando.

¿Se moriría de frío? No, pese al mal tiempo que estaba haciendo, el invierno no había alcanzado su punto más severo, y la temperatura en el sótano no sería lo bastante baja. ¿Y de hambre? Por supuesto, con el tiempo. ¿Pero cuánto tardaría? Rynn había oído que había gente que practicaba el ayuno. Sabía de personas que habían vivido días, incluso semanas, sin comida. La mujer moriría de sed antes que de hambre. ¿Y cuánto tardaría? ¿Tres días?

La mecedora se movía. Atrás y adelante.

Sigue pensando.

Tres días. Frena un poco. *Piensa.* Supongamos que la mujer tarda tres días en morir. En tres días, cualquiera podría presentarse en la puerta. Ellos. ¿Ellos? ¿Qué ellos? Daba igual. *Ellos* —alguien— llamarían a la puerta. Gente como Frank Hallet y otros adultos; ellos. *Ellos,* los que nunca se molestaban en pedir a una niña de trece años permiso para entrar en su casa. Y si alguien entraba, la señora Hallet oiría las pisadas y se pondría a aporrear la trampilla. Incluso con la alfombra trenzada en su sitio, incluso con la mesa de alas abatibles sobre la alfombra, cubriendo la trampilla, la mujer se haría oír desde allá abajo.

Tres días.

A la niña se le ocurrió de pronto una solución. Se iría de casa durante tres días. Cerraría la puerta y se iría. ¿Quién iba a entrar? Con las cortinas bien cerradas, ¿quién iba a ver lo que había dentro? ¿A quién podría pedir auxilio la señora Hallet? Por un momento, la idea de huir le prestó calor, la protegió del frío y el miedo abrumadores.

Pero al momento sintió más frío que nunca.

Frank Hallet sabía que su madre había ido allí esa tarde. Lo sabía por la llamada de teléfono de Rynn. Frank Hallet iría a ver qué había sucedido. Otro escalofrío. Él podría entrar en la casa; en la agencia inmobiliaria había una llave.

Se frotó los brazos para combatir el frío.

Sin despegar la vista de la trampilla, se acercó sigilosamente a la chimenea, donde extendió las manos para recibir el calor de las ascuas.

Con el brillo anaranjado reflejado en los ojos, contempló la trampilla.

Tembló. Nunca antes en aquella casa había temblado presa de un frío tan penetrante.

A lo mejor, se le ocurrió, no haría tanto frío si encendiera la estufa.

La estufa.

La estufa era de gas. En Londres, el gas de la estufa había matado a un vecino.

«Pero aquel era un piso pequeño, diminuto», se dijo. «Encontraron una alfombra gruesa que tapaba la rendija bajo la puerta. Aquel sitio era prácticamente hermético…».

Miró las brillantes tablas de roble de la trampilla. El sótano era más pequeño aún que el piso de Londres.

Corrió a la cocina, se agachó ante el armario que había debajo del fregadero y rebuscó entre cajas de detergente, botellas de lejía, frascos de cera aromática para muebles y abrillantadores varios hasta dar con lo que quería: un rollo de manguera de goma.

Como le había visto hacer al hombre de la tienda, retiró la cubierta metálica de la estufa de gas y la dejó caer al suelo con estrépito.

Tal y como el hombre le había dicho, encontró la llama piloto; una llamita silenciosa, estable y azul. Se arrodilló, se inclinó hacia delante y sopló para apagarla, igual que había apagado las velas de la tarta de cumpleaños. La llamita trepidó en la oscuridad y acabó por extinguirse.

No le llevó más que unos segundos desacoplar la conducción del gas del quemador y empalmar ese estrecho conducto a su manguera. El otro extremo lo introdujo por la ranura entre la trampilla del sótano y las tablas del suelo.

¿Sería hermético el sótano?

La trampilla era de roble grueso, sólida y sin grietas. Pero a su alrededor quedaba una ranura. Tendría que cegarla.

Rápidamente rasgó el periódico del crucigrama en largas tiras, las enrolló y, ayudándose de una de las ramitas que usaba para encender la chimenea, las embutió en la ranura entre la trampilla y las tablas, por los cuatro costados.

Acuclillada, examinó el trabajo.

«¿Y si viene alguien y huele el gas?».

Negó con la cabeza mientras se respondía a sí misma.

«Si es hermético, el gas no puede escapar. Se quedará ahí abajo hasta que se disipe, o lo que sea que el gas haga».

Para asegurarse de que el gas no tuviera ninguna posibilidad de salir a la habitación, repasó los cuatro lados de la trampilla apretando mejor los papeles con la ramita.

Hermético.

Entonces, ¿para qué el gas? Si el sótano era hermético, la mujer se asfixiaría.

Examinó de nuevo la trampilla. Tenía la certeza de que estaba sellada, pero no sabía cuánto podía durar el aire que había dentro. ¿Y si en una pared del sótano había alguna grieta, por pequeña que fuese, por la que entrara aire del exterior? Eso no impediría que el gas llenara la estancia, pero sí podía bastar para mantener a la mujer con vida. No podía correr el riesgo.

En la salida de ventilación de la estufa, por la que el hombre le había dicho que pasaba el aire, a través de la pared, hacia el exterior de la casa, comprobó que era imposible que el gas escapara del empalme entre el conducto y la manguera.

Ya solo restaba una cosa por hacer. Se arrodilló ante la estufa y giró el mando, pasando por todos los números, hasta llegar al máximo suministro de gas.

8

Rynn salió, cerró la puerta sin hacer ruido y echó la llave. Se abotonó la gruesa trenca de lana hasta la barbilla y miró el cielo entre las ramas. Aunque el mundo estaba húmedo como una acuarela gris, había dejado de llover.

Hundió las manos en los bolsillos. Con una entrechocó las llaves contra la cartera; con la otra se cercioró de la presencia pequeña y cálida de Gordon.

El frío hizo que le hormigueara la cara y respiró con codicia, como para acaparar todo aquel aire fresco y húmedo cargado de un fuerte olor a tierra y a hojas. Paseó bajo los árboles goteantes, aplastando bellotas con las botas a cada paso. Gotas de lluvia brillaban sobre la pulida superficie de las castañas de indias. Las zinnias muertas le arañaron la trenca.

Se sacó a Gordon del bolsillo para que también él disfrutara del aire fresco. Su naricilla rosa se estremeció.

—Respira hondo —dijo ella—. Te deja como nuevo…

Entonces lo vio. Entre las negras ramas de los árboles, reluciente de humedad en la tarde gris. El Bentley rojo oscuro de la señora Hallet.

Gordon soltó un chillido.

El puño de Rynn apretaba la rata con demasiada fuerza. Después de otro chillido y del arañazo de garras diminutas, lo dejó caer de nuevo en el bolsillo.

Por instinto, como si no mirar el coche bastara para anular su presencia, Rynn se dio media vuelta y se alejó corriendo.

Solo miró atrás una vez. Allí estaba, resplandeciente, en el camino empapado.

Una ardilla hizo temblar las ramas de un olmo.

La brisa levantó unas hojas secas que pasaron flotando junto a ella.

Intentó no pensar en el coche y en cómo deshacerse de él. ¿Tenía que hacerlo hoy? ¿No había hecho ya todo de lo que era capaz por ese día?

Sí, tenía que deshacerse del coche. Inmediatamente. ¿Pero cómo?

A una milla de la casa oyó un claxon y un estallido de música *rock*. El sonido fue en aumento hasta que finalmente un coche apareció en el cruce y ella vio a los pasajeros, jóvenes, de su edad, asomados a las ventanillas y agitando banderines de los Wildcats, chillando de emoción. Habían ganado el partido. Eran escandalosos y felices y jóvenes, y estaban juntos y no tenían nada en absoluto de lo que preocuparse.

Ninguno sabía quién era la niña que estaba en pie, sola, en el camino cubierto de hojas secas, pero le dirigieron gestos de saludo.

Rynn levantó la mano como para devolvérselo, pero se detuvo. Los bocinazos y la música se extinguieron en la tarde húmeda.

Unos minutos después, desde muy arriba, la distante llamada de unos pájaros le hizo alzar la mirada y vio una extensa v de gansos que batían las alas, despacio, muy despacio, rumbo al sur.

Se sintió afligida y horriblemente sola. Los chicos felices del coche, ¿se habían sentido alguna vez solos e indefensos? No había por qué. Tenían familias, tenían amigos. Si alguno se llevaba un susto de muerte, siempre tenía a quién acudir, con quién hablar. Si alguno tuviera que mover un coche podría pedírselo a un hermano o una hermana o llamar por teléfono a un amigo, a uno cualquiera de sus muchos amigos.

Rynn se dijo con dureza que compadecerse de sí misma no iba a resolver nada.

Pero ¿a quién podía llamar?

Solo en una ocasión anterior se había sentido tan completamente sola en el mundo. Sintió el pinchazo cálido de las lágrimas y trató de contenerlas, pero el llanto le empezaba a subir por la garganta. Cegada de pronto por las lágrimas y dominada por convulsos sollozos, dio media vuelta y regresó a paso ligero a la casa.

Al cruzar el patio a zancadas se concedió un único vistazo al coche.

Aún seguía allí, el maldito Bentley de color hígado, impecable, reluciente bajo una película de humedad.

En el salón, la mesa de alas abatibles volvía a estar sobre la alfombra trenzada, la cual cubría de nuevo la trampilla. En la encimera de la cocina, Rynn, sin quitarse la trenca, había encontrado en las páginas amarillas el número de un taller mecánico, lo había marcado y estaba escuchando con creciente exasperación la voz al otro extremo, hasta que la interrumpió, impaciente.

—Se suponía que iba a llevarlo un vecino —explicó—. Mi padre cuenta con que el coche lo esté esperando en la estación. Ya sabe usted lo difícil que es conseguir un taxi cuando más lo necesitas. No, ya se lo he dicho, no hace falta que el conductor sea mecánico. Sirve cualquiera que sepa conducir. Lo antes posible, por favor. Muchas gracias.

Estaba a punto de colgar, pero lo siguiente que dijo el hombre del taller la dejó helada.

—¿Las llaves? —La voz de Rynn no reveló ni un atisbo del pánico que sentía—. En el coche —dijo—. Los estaré esperando.

Colgó y se quedó plantada, paralizada junto a la encimera de la cocina.

Hubo de recurrir a toda su reserva de resolución para cruzar el salón y salir al patio delantero.

El reluciente Bentley estaba cerrado con llave. Las cuatro puertas.

Con paso vacilante, volvió a la casa y cerró la puerta cuidadosamente.

Despacio, dejando ahora sus propias huellas embarradas, atravesó el salón, se aseguró de que las cortinas estuvieran bien cerradas, encendió una lámpara y se quedó mirando la mesa de alas abatibles y la alfombra trenzada, pasando la mano sobre la madera pulida como si nunca antes hubiera visto el mueble. En un arranque, la arrastró por el borde y la apartó de la alfombra, arañando el suelo. De un tirón, retiró la gruesa alfombra de la trampilla. Tiró del pasador del cerrojo.

Durante largo rato la niña permaneció de rodillas sin moverse, luchando, haciendo acopio del valor necesario para levantar la trampilla.

Una vez más, fue un arranque súbito lo que le permitió cambiar el miedo por decisión y abrir de un tirón la trampilla, que cayó contra la pared con un fuerte golpe.

Respiró hondo, contuvo el aliento y se apresuró a bajar los escalones.

Menos de un minuto después, como un buceador a pulmón libre que regresa a la superficie al límite de su resistencia, subió los escalones con las llaves apretadas en el puño. Jadeando, barrió con el pie los papeles que habían sellado las ranuras de la trampilla y los dejó caer al sótano.

Estaba bajando la trampilla cuando oyó que alguien llamaba a la puerta.

Se le detuvo el corazón.

No eran golpes. No eran porrazos. Llamaban suavemente.

A toda prisa, puso el pasador y volvió a tapar la trampilla con la alfombra.

Otra llamada. La niña se tensó.

—¡Un minuto!

Arrastró la mesa para volver a colocarla sobre la alfombra, intentando acallar el rechinar de las patas contra el suelo. Al moverse la mesa, los frascos de mermelada que había en la caja de cartón tintinearon.

Un insistente toc-toc-toc.

—¡Ya voy!

Miró el suelo. ¿Había arañazos en la cera? Se arrodilló y los frotó con el bajo de su trenca. Dio un paso atrás para examinar el conjunto de la habitación.

Todo parecía estar en su sitio.

Atisbo por entre las cortinas. Desde aquel ángulo no alcanzaba a ver a nadie.

Estaba en el recibidor, asiendo ya la manilla de la puerta, cuando vio el llamativo paraguas a rayas rojas y blancas de la señora Hallet colgado del perchero.

Quienquiera que estuviese al otro lado de la puerta volvió a llamar.

Solo después de haber escondido el paraguas detrás del sofá y de haber inspirado hondo, abrió la puerta por fin.

Nada podría haberla preparado para lo que vio. Frente a ella se

encontraba un hombre tocado con un brillante sombrero de copa de seda negra, cubierto por una capa del mismo color y empuñando un bastón.

—Hola —dijo alegremente el personaje de negro.

Rynn no tenía palabras, solo podía mirarlo fijamente. Un bigote falso le colgaba torcido debajo de la nariz; se le estaba despegando. No se trataba de un hombre. Era un niño. ¿De qué edad? ¿Dieciséis? Tenía cara de niño, una cara pequeña y jovial, de ojos muy negros. Se dio un toquecito en el sombrero con el bastón y le recordó a un zorro risueño que había visto en unos dibujos animados.

El niño hizo una floritura con la capa al mismo tiempo que le dedicaba una reverencia, como si estuviera en un escenario: un mago que acaba de realizar un acto milagroso y aguarda su ovación. Alzó la cara lentamente, los negros ojos relucieron, una sonrisa dejó ver una fila de dientes pequeños pero muy blancos. Su sonrisa era, de hecho, demasiado parecida a la del chico de la revista. Demasiado dulce para un niño.

—Soy Mario Podesta.

La niña no respondió.

—Por lo visto, tengo que llevar el coche de tu padre a la estación.

La mano de Rynn seguía en la manilla.

—¿Por qué vas así vestido?

La capa negra hizo un remolino y el bastón volvió a tocar el sombrero de copa.

—Porque —hizo una pausa para echarse la capa sobre el hombro con el gesto orgulloso de un torero— ¡soy un mago!

Rynn miró el bastón.

—Y esa es tu varita mágica.

—Mi bastón —dijo el niño—. Soy cojo.

Rynn no hizo nada por detenerlo cuando él entró cojeando.

—Supongo que debería decir que lo siento —dijo ella.

—¿Por qué? No es culpa tuya.

Se miraron, la niña con la trenca y los Levi's, el niño de negro brillante.

—Llevas el bigote torcido —dijo ella. Pero se apresuró a añadir —: Me gustan la capa y el sombrero.

—¿Sí? —El niño volvió a mostrar su hermosa sonrisa.

No, el pequeño rostro no tenía tanto de zorruno como de élfico. Sin duda, se trataba de alguna criatura de los bosques surgida de la mitología. Un fauno quizá. Tan solo las ojeras impedían que su cara fuera demasiado bella. Eran unas ojeras profundas, dolorosamente grabadas en un rostro por lo demás inmaculado.

El niño dio un golpecito en el suelo con la punta del bastón.

—Sábado por la tarde, todos mis hermanos jugando al fútbol, y yo de camino a dar un espectáculo de magia. En la fiesta de cumpleaños de un niño rico.

—¿En serio? ¿Eres un mago de verdad?

—Valiente cretino estaría hecho si fuera por ahí con estas pintas sin motivo. —Ejecutó otra floritura con la capa—. Claro que sí. Como Houdini. Thurston. Blackstone…

—Demuéstramelo. —Con la emoción, a Rynn se le escapó una sonrisa, y supo que el niño había visto su diente roto. A punto estuvo de taparse la boca cuando añadió—: Haz algo mágico.

—Tengo todo mi equipo en la bicicleta. —Le tendió una mano a la niña.

¿Qué quería?

—Las llaves del coche, por Dios.

Rynn recordó de súbito por qué el tal Mario estaba allí. Le dejó caer las llaves en la mano, diciendo:

—Toma, Mario el Mago.

El niño volvió cojeando a la puerta.

—Voy a dejar el coche en la estación. Pero no con las llaves puestas. Si las dejo, seguro que algún tipo lo birla.

Miró a la niña, cuyos ojos verdes lo observaban con atención. Sus pecas se veían muy oscuras sobre la piel pálida. La niña sacudió la cabeza para echarse el largo pelo sobre los hombros.

—No me has entendido, ¿verdad? —Repitió la palabra «birlar»—. Significa robar.

—¿Cómo recuperará mi padre las llaves?

El niño soltó un suspiro que venía a preguntar cómo podía existir alguien tan estúpido. Sin duda no solo tenía que vérselas con una extranjera, sino que, para colmo, le había tocado una de pocas luces.

—Tú eres tu padre. ¿Vale?

La niña asintió.

—Te bajas del tren. Ves el coche. Pero… te encuentras con que está cerrado. ¿Qué haces entonces? Te preguntas: «Si yo fuera las llaves, ¿dónde estaría?».

—¿En la ventanilla de los billetes?

—¡Abracadabra!

Rynn sonrió, pero se acordó del diente roto y se detuvo.

—Es verdad que eres un mago.

—¡Claro que sí! ¡Puedo hacer desaparecer una gallina!

La capa chasqueó cuando hizo otra floritura con ella.

—Sé de dónde has sacado el nombre.

—¿Sí?

—Mario el Mago.

—¿Sí?

—De un relato —dijo ella— de Thomas Mann.

—Me llamo Mario de verdad.

—Entonces es el doble de mágico. Demuestra que te gusta ese relato tanto como a mí.

—No lo he leído.

Salió a la tarde neblinosa, apartando castañas de indias del camino con el bastón como si de un palo de golf se tratara.

Rynn fue tras él con las manos hundidas en los bolsillos de la trenca, y se quedó plantada sobre las hojas muertas.

—Tengo que irme ya o llegaré tarde —dijo él—. Tendré que meter la bici en el coche para luego poder volver desde la estación.

Ella observó cómo colgaba aquel ridículo bigote. Él iba a decir algo, pero se detuvo y se apretó el bigote para devolverlo a su sitio. Por vez primera, Rynn se fijó en sus manos. Manos pequeñas, finas, no mucho mayores que las de ella. Rynn detestaba que la gente se comiera las uñas, y las del niño estaban en carne viva.

—¿Quieres venir conmigo?

—¿Adónde?

—A la estación.

—Tengo que quedarme aquí.

—Vale. —El niño se encogió de hombros. Dio un golpe con el bastón-palo de golf y decapitó unas zinnias momificadas.

—¿Cuánto me vais a cobrar por llevar el coche?

—Mi padre ha dicho que corre de su cuenta. Cortesía con el cliente.

—Muy amable.

—Qué va. Lo dicho, es una cortesía con el cliente. Se lo cobrará en forma de un carburador nuevo o de cualquier otra cosa. —Alzó la vista hacia las ramas.

Percibiendo que había algo más que él quería decirle, la niña aguardó.

—¿Sabes que tienes un diente roto? —Mario no hizo esfuerzo alguno por suavizar la pregunta con una sonrisa. Lo dijo como si se tratara de un hecho, llanamente, igual que había dicho que él era cojo—. ¿Cómo es que nunca te he visto en el colegio?

—No voy al colegio.

—¿No?

—No.

—¿Nunca?

—Jamás he ido al colegio.

—¿Estás enferma o algo?

—¿Por qué lo dices?

—¿Tienes alguna enfermedad incurable o algo así? Quiero decir que tendrás una excusa.

—¿Para no ir al colegio? —Volvió a apartarse el pelo de la cara —. El colegio embrutece.

—¿Cómo lo sabes si nunca has ido? —Pinchó una hoja seca del suelo con el bastón y la levantó para mirarla de cerca—. Yo creo que lo echaría de menos.

Rynn cogió una hoja ella también y la examinó.

—Lo único que me encantaría es colarme en la clase de Educación Sexual. Debe de ser divertido ver cómo los estadounidenses la echáis a perder.

Soltó una risita teniendo buen cuidado de taparse el diente. De pronto deseó no haber dicho nada sobre los estadounidenses ni soltado ninguna risita, porque Mario se dio media vuelta para marcharse.

A Rynn casi le dio un brinco el corazón cuando volvió a girarse hacia ella.

—¿Sabes qué? Si no eres inglesa de verdad, ya hay que ser cretina para hablar de esa forma.

El niño cojeó sorteando los árboles en dirección al Bentley. Rynn vio cómo examinaba el coche. Él le hizo una seña para que se

acercara.

Algo le impedía a Rynn cruzar por encima de las hojas húmedas hasta el coche.

—¡Ven aquí! —La llamó.

Con los puños apretados en los bolsillos de la trenca, corrió hacia el coche.

Mario tenía el ceño fruncido, el bigote le colgaba más torcido que antes.

—Decías que era el coche de tu padre.

—No, decía que mi padre lo necesita en la estación.

Los negros ojos de Mario la miraban fijamente. Rynn le devolvió la mirada. Él fue el primero en hablar.

—Es de ella.

—¿Qué quieres decir? —Rynn miró las nubecillas que producía su aliento, haciendo como si lo que Mario estaba diciendo no mereciera mayor atención.

—Es de la señora Hallet.

—¿Ah, sí? —dijo. No era la mejor forma de esquivar el comentario, pero le pareció que lo había dicho con una indiferencia bastante convincente.

—Su Bentley. Solo tiene treinta y cuatro mil millas. Lo conozco bien, mi padre se ocupa de él.

—Nos lo ha alquilado.

—Mentira. —El niño no estaba sonriendo. Tenía la tez olivácea propia de los italianos. ¿A qué se debían las ojeras?

La niña apartó la mirada con la excusa de despegar una hoja seca que había caído sobre el coche.

—Mentira —dijo él, repitiendo la acusación.

—No puedes decir «mentira» sin más. Tú no sabes…

—Piensas que me puedes tomar el pelo, ¿verdad? Pues no.

Rynn adoptó un tono muy inglés, distante.

—Si no me crees, entra en casa. Llámala por teléfono. Pregúntaselo a ella. —Añadió un matiz de dureza, como si estuviera acostumbrada a dar órdenes—. ¡Ahora mismo!

Se volvió hacia Mario y se topó con sus ojos negros, que la observaban fijamente.

—No le deja conducirlo ni al bicho raro de su hijo. Ni a mi padre, ni siquiera después de haberle hecho la puesta a punto.

—Bueno, pues a mi padre sí se lo deja —dijo Rynn malhumorada. De pronto, cambió el tono—. Mira —dijo—, de verdad que estás siendo un completo estúpido.

—¿No te duele la garganta de hablar con ese acento? —La niña enrojeció—. Estúpido yo, dice. Pues vaya. Entonces, ¿qué eres tú, pidiéndome que te haga un favor?

La niña sacó la cartera del bolsillo y cogió unos billetes.

—Toma. Cinco dólares.

El niño echó a caminar hacia el árbol contra el que había dejado apoyada la bicicleta.

—Llego tarde a mi espectáculo de magia.

—¡Tu padre te ha dicho que te lleves el coche!

Con las manos en el manillar, Mario alzó despacio la vista.

—¿A ti qué te pasa?

—¡No me pasa nada! —Rynn habría dado cualquier cosa por no sonar tan desesperada.

—¿A qué hora llega el tren de tu padre?

—Ya mismo.

—¿Lo ves? —Los negros ojos del niño seguían fijos en ella—. No llega ningún tren hasta después de las seis.

—Mira. Si te he ofendido con lo del dinero, lo siento. Pero lo del coche es verdad.

—No lo es.

Apartó la bicicleta del árbol. Ajustó la correa que sujetaba a la parrilla trasera una gran bolsa de lona con el rótulo MARIO EL MAGO, en la que llevaba su equipo.

A lo lejos un cuervo se lamentó entre la niebla.

Mario colocó el bastón atravesado en el manillar y montó en la bicicleta.

—Tengo que irme a mi espectáculo.

Rynn puso una bota frente a la rueda delantera para impedirle irse.

—¿Vuelves luego?

Mario la miró a los ojos.

—Por favor.

Ella sabía que el niño estaba esperando que le dijera la verdad.

Estiró la mano para enderezarle el bigote, pero él se apartó.

—Ya me lo pondré bien cuando llegue.

Los ojos de Rynn buscaron los del niño mientras reunía la fuerza necesaria para hablar.

—Necesito tu ayuda.

Mario miró el manillar. En ese momento, pareció un niño pequeño.

—A lo mejor. Quiero decir, después del espectáculo.

—¿Me lo prometes?

La bicicleta rodó sobre las hojas caídas y se alejó por el camino.

9

El fuego crepitaba en la chimenea. La mesa de alas abatibles estaba dispuesta para la cena; servicios para dos personas.

Rynn estaba arrancando hojas de una lechuga y poniéndolas en una ensaladera. Miró por encima de la encimera de la cocina la capa negra de Mario, colgada en el perchero del recibidor. La bicicleta apoyada contra la pared. El niño había llevado el teléfono, provisto de un largo cable, junto a la chimenea, donde se había sentado a hablar con su madre.

—El truco nuevo ha gustado muchísimo. Sigo en el cumpleaños. Me han pedido que me quede a cenar. Nada, hamburguesas y Coca-Cola. Hay gente de mi clase también.

Rynn cortó el tomate en rodajas y las dejó caer en la ensaladera. Miró la silueta del niño, recortada contra el fuego. No le había pedido que mintiera acerca de dónde estaba, pero se alegraba de que lo estuviera haciendo.

—Pues que la lleve Tom a ese horror de película, por una vez. Además, le toca a él. Adiós.

Colgó y devolvió el teléfono a la encimera.

—Algo bueno de las familias numerosas es que siempre hay algún hermano menor al que decirle que lleve a tu horrible hermana a ver una horrible película.

Con una velocidad y una pericia que al niño le parecieron cosa de magia, Rynn cortó un pepino en rodajas.

—¿No tienes hermanos ni hermanas?

—No. —Cogió el aceite y el vinagre.

—Vaya. Ni me imagino lo que debe de ser eso.

—¿Enciendes las velas, por favor?

Al verlo ir hacia la mesa de café, la niña recordó que cojeaba. Él

sacó las cerillas de una cigarrera.

—¿Fumas?

—A veces —dijo ella probando el aliño de la ensalada.

—¿No te preocupa el cáncer?

Ella no respondió.

Mario encendió las velas que había en la mesa, se aseguró de que quedaran bien enderezadas en los candelabros de peltre. Las dos llamitas temblaron, las copas y la cubertería reflejaron su brillo.

La niña, descalza, llevó una bandeja a la mesa. Se había puesto su largo vestido blanco con bordados azules en el cuello y las mangas, y al pasar de la oscuridad de la cocina al resplandor de la chimenea supo que tenía mejor aspecto que nunca. Se sintió especialmente orgullosa cuando pilló a Mario mirándola fijamente.

La llama de la cerilla le quemó el dedo y el niño la sacudió para apagarla.

—Te has puesto muy elegante para cenar —dijo él.

—Me he cambiado los Levi's por esto, nada más.

—Muy bonito el vestido.

Ella se miró la blanca prenda como si nunca se hubiera fijado en que era, como él decía, muy bonita.

—Lo compramos mi padre y yo en Marruecos.

—Allí fuman mucho hachís.

—Allí hacen muchas cosas. —Se las apañó para que sonara a que había visto mundo, le gustaba causarle esa impresión al niño.

—¿Alguna vez has fumado hachís?

Ella dejó la ensaladera en la mesa.

—Cientos de veces.

—¿En serio? —dijo Mario sin disimular su admiración.

Ella percibió algo tan conmovedor, tan inocente, en su asombro que negó con la cabeza.

—En realidad no.

Confiaba en que su sinceridad lo tranquilizara. Lo notaba demasiado educado; cada uno de sus gestos revelaba lo ansioso que estaba por complacerla, lo mucho que se esforzaba por hacer lo correcto en todo momento. Un exceso de buenos modales.

Rynn se preguntó, dado lo forzado de su comportamiento —y que le había pedido permiso a su madre para quedarse en la fiesta de cumpleaños—, si no sería la primera vez que Mario cenaba con

alguien que no formara parte de su numerosa familia italiana.

—Ve sentándote —le dijo, volviendo un momento a la cocina.

Pero Mario se quedó en pie, como ella sabía que haría, hasta que Rynn llegó con las costillas de cordero asadas, el brócoli con mantequilla y las patatas con perejil. Él le retiró la silla, y al cabo de varias maniobras torpes que ambos intentaron aligerar con risas, consiguió dejar a la niña bien sentada a la mesa.

Acomodados frente a frente, se extendieron la servilleta en el regazo, sonriendo cohibidos.

Ella señaló la corbata negra de él.

—Vas muy elegante.

—Pues mira que tú. —Hizo un gesto hacia el vestido largo.

Con las velas ardiendo entre ambos, tuvieron la impresión de estar penetrando en un mundo nuevo y refinado, un mundo de hombres y mujeres que se vestían para cenar a la luz de las velas.

—Habría que poner música —dijo Rynn.

Corrió al estéreo, y cuando el sonido de la guitarra de Julian Bream llenó el salón, Mario dirigió la vista asombrado hacia la fuente del sonido, que llegaba desde arriba. Rynn apagó las luces; la habitación quedó iluminada tan solo por las velas.

—¿Quieres vino?

—¿Tú?

—Yo lo odio.

—Yo también.

Rynn advirtió que Mario estaba esperando a que ella se sentara y empezara a comer, y se dejó caer en la silla antes de que él pudiera ayudarla. Tomó los cubiertos y comenzó a comer para que él pudiera empezar con su brócoli y sus patatas. Eran más fáciles de manejar con el cuchillo y el tenedor que las dos costillas de cordero. Ella era consciente de que él la estaba observando, fascinado por cómo sostenía el cuchillo y el tenedor en lo que, para los estadounidenses, eran las manos equivocadas. Disfrutó demostrándole que los ingleses no tenían la más mínima dificultad a la hora de separar la carne del hueso.

Permanecieron un largo momento sin hablar; un silencio que llenó la música de guitarra. Por fin, Mario consiguió pinchar un bocado de carne.

—Qué bueno —dijo.

—Gracias.

Ella cogió un hueso con las manos y lo royó. Mario volvía a mirarla con atención; luego siguió su ejemplo. Ella supo que él estaba disfrutando de verdad de la comida, ahora que podía dar bocados en condiciones.

—Eres muy buena cocinera.

—¿Por qué te sorprende?

—Quiero decir… para tener trece años.

Rynn dejó caer el hueso en su plato, y él se percató de haber dicho algo que la había enfadado. ¿Pero qué? Ella lo miraba con el ceño fruncido. Él dejó de roer su hueso.

—Eres igual que todos los demás.

Mario tuvo la sensatez de no decir nada.

—¿Qué edad hay que tener para que la gente te trate como una persona? Cocinar no es como un poema que recitas de pequeño para demostrar lo listo que eres, o como un juego de cartas que haces para entretener a los adultos. Por supuesto que sé cocinar.

—Solo quería decir que ni siquiera todos los adultos saben cocinar.

—Cualquiera que sepa leer sabe cocinar.

Rynn cogió su segunda costilla.

¿Había quedado atrás la crisis?

—Mi madre no —dijo Mario—. Ella *compra* salsa italiana para los espaguetis. *Congelada*.

Miró a la niña. ¿Estaba sonriendo?

Estaba deseando que sonriera.

—Tenemos una broma en la familia. —La miró a través de la luz de las velas—. ¿Tú y tu padre tenéis vuestras propias bromas?

—Por supuesto.

—La nuestra es que cuando mamá está en la cocina preparando la cena, siempre decimos que «se está descongelando la cena». Luego siempre añadimos: «Pero mamá no».

Rynn no se rio.

—Por toda la comida congelada que usa.

—Entiendo.

El niño dejó la carne en el plato y se limpió los dedos con la servilleta.

—Se supone que tiene mucha gracia. ¿Los ingleses tenéis alguna

ley que prohíbe reírse?

—Es muy gracioso —dijo ella sin convicción.

Esta vez fue Mario el que dejó caer su servilleta en la mesa.

—Joder.

La guitarra de Julian Bream evocaba una noche de verano en España. Durante un largo momento Rynn permaneció inmóvil y Mario se dedicó a empujar el brócoli con el tenedor. Entonces ella habló, en una voz baja como un susurro.

—¿Mario el Mago?

—¿Sí?

—Gracias. Por lo del coche.

—No hay de qué.

—Pues cómete la costilla.

—Está muy buena.

Pero no comía.

—No te gusta sonreír, ¿verdad? —Evidentemente, consideraba que ahora le tocaba a él ser cruel—. Quiero decir, que entonces se te ve el diente roto.

—Eso es cosa mía.

—¿Crees que me importa? Mi hermano mayor se partió todos los dientes delanteros de arriba jugando al fútbol. Y él sonríe. Sonríe con toda su alma.

—Cómete la costilla.

—Vale.

Mario cogió la carne.

—No estaba del todo segura de que fueras a volver. —Rynn rascó con la uña una gota de cera derretida.

—Tu gran problema —dijo Mario por encima de la costilla de cordero— es que no confías en la gente.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Volver?

—No. Lo otro.

—¿Lo del coche?

—No tenías por qué.

—Desde luego que no.

Mario se reclinó en la silla. Se imaginó a su padre haciendo lo mismo a la hora de la cena, reclamando silencio, preparándose para soltar uno de sus discursos de persona mayor. Su padre contaba con

la ventaja del cigarro.

—Si de verdad quieres saberlo, ha sido sobre todo porque puede que seas muy lista, pero estás tonta. Si lo que querías era librarte del coche para no tenerlo delante de tu casa, ¿por qué meterte en ese lío de llevarlo a la estación? Mira, en la magia el truco reside en hacer algo tan sencillo y obvio que a nadie se le ocurra siquiera.

—¿Qué es tan sencillo y obvio?

—¿Qué puede haber más sencillo que devolverlo a su sitio? Me dijiste que ella había venido desde la oficina.

Rynn sabía que no había pensado mucho esa parte del plan. No, ni siquiera era un plan. Había sido una emergencia, y él la había ayudado. Había hecho lo que ella le había pedido. Había hecho todo lo que había podido. Pese a todo, ella detestaba no haber tenido un plan, no haber estado al mando, no haber conocido cada uno de los pasos que él había dado.

—¿Te ha visto alguien dejarlo en la oficina?

—Por Dios —dijo él abandonando la costilla de cordero—. ¿Crees que quiero que me trinquen por birlar la posesión más preciada de Su Ilustrísima? Si hubiera sido tan tonto como para dejarme coger, ella se habría asegurado de que me mandaran a la cárcel ochocientos veintisiete años. —Dejó el cuchillo y el tenedor sobre el plato con un tintineo—. Joder, si no te fías de mí, ¿por qué no lo has hecho tú misma? —Se cruzó de brazos—. Pero ni siquiera te fías lo suficiente de mí como para decirme por qué lo he hecho.

—Lo has hecho para ayudarme.

—Ya. —El niño se encogió de hombros. De algún modo, la simple verdad ya no parecía explicación suficiente para el enorme riesgo que había corrido. Había asimismo otra verdad de la que no hablaba: que nunca había conocido a una niña que le pidiera que hiciera algo por ella.

—Tendrías que haber echado las llaves al buzón de la oficina.

—No.

Rynn toqueteó la costilla con el tenedor, luego dejó los cubiertos cruzados en el plato.

—Ahí estoy —dijo Mario—, sentado en su Bentley delante de su puta oficina. En la puta oscuridad. Obsesionado con que nadie me vea. Con que no me trinquen. «No te compliques», me digo. Ya, es fácil de decir, y entonces, de pronto, caigo en la cuenta. Vale, puede

que no sepa por qué la señora Hallet no ha traído ella misma su coche de vuelta, pero hay algo que sí sé. La señora Hallet jamás dejaría las llaves en el puto buzón. Para que el bicho raro de su hijo las coja. Ella se quedaría las llaves. Las llaves tendrían que estar donde ella esté.

—Cuando te fuiste, ¿cerraste las puertas del coche?

—Las cuatro. —Sacó las llaves del coche del bolsillo y las hizo tintinear ante la niña—. Tendrían que estar donde ella esté. Como eso no me lo vas a decir, toma las putas llaves.

Se las tiró y cayeron en el plato de la niña.

—Dáselas la próxima vez que la veas.

Rynn recogió las llaves, las hizo tintinear como para asegurarse de que existían y las encerró en su puño. De repente, como si ya no pudiera oír hablar más del coche, empujó la silla hacia atrás y se puso en pie.

—Me apetece un poco de vino.

—Y a mí —dijo Mario cuando ella ya se encaminaba a la cocina.

—¿Tinto o blanco?

—Cualquier cosa menos tintorro italiano.

La puerta de un armario se cerró de golpe. Rynn volvió a la mesa con una botella.

—*Voila!* Haz de padre y ábrela.

—Cuánto lujo. No es de las de tapón de rosca. Tiene corcho y todo.

Ella le tendió el abridor.

Mientras descorchaba la botella, Mario dejó de sonreír. Ahora que tenía una excusa para no mirarla, se disponía otra vez a hacerle la pregunta que ella no quería que hiciera.

—Rynn…

—Hay una regla para el vino. No podemos hablar de nada importante.

Él no iba a dejarse disuadirían fácilmente.

—No me has dicho por qué…

Rynn se apartó de la mesa y dio unos pasos de baile a la vez que se levantaba el pelo sobre la cabeza y lo dejaba caer.

—Cariño mío —su voz fue una parodia aflautada de la de una inglesa de clase alta de la que se había reído cuando la vio en un programa de televisión en Londres—, esta precisa botella es de una

añada extraordinaria, así que ten el mayor, el más exquisito de los cuidados.

—¿Por qué no se llevó ella el coche?

Rynn insistió en seguir adelante con su interpretación.

—Es de mil novecientos… dos —dijo señalando la botella.

—¿Rynn?

De repente, ella se dejó caer el pelo y adoptó un tono cortante.

—Ya te lo he dicho. Lo hiciste porque te lo pedí.

—Sonaba a que era cuestión de vida o muerte. Dijiste que no había tiempo para hablar del tema. ¡Pero ahora sí hay!

—¡No tenías por qué hacerlo! —chilló ella.

—Me la he jugado por ti, joder.

Ella lo miró con frialdad.

—Lo único que has hecho es devolver su coche.

—¿Por qué no se lo ha llevado ella? —Mario nunca había hablado con tanta exigencia—. Mira. Más te vale decirme qué coño está pasando. Porque si yo hubiera dejado ese coche en la estación como tú me dijiste, todos los del pueblo lo habrían reconocido.

—Habrían pensado que se ha ido en tren a Nueva York.

—No habrían pensado eso. Todos saben que la señora H al let odia Nueva York. Demasiados extranjeros. La señora Hallet nunca pondría un pie en Nueva York. —Sorprendió a la niña mirándolo fijamente—. Eso no lo sabías, ¿verdad?

Rynn le arrebató la botella, salpicándose de vino el caftán blanco. Se sirvió una copa y se la bebió de un trago.

—Lo odio —dijo dejando la copa de golpe en la mesa.

—No te fías de nadie, ¿verdad?

—De mi padre.

El niño se encogió de hombros y tomó un sorbo.

—Sí, vale, pues buena suerte.

De un vistazo comprobó que la niña no había captado el sarcasmo. Se había desentendido de la conversación; estaba en otro mundo. Él cogió la botella de vino.

—¿Quieres más?

Ella negó con la cabeza.

—¿No te gusta?

—Raspa.

Desafiante, él siguió bebiendo.

—¿Otra costilla?

Cuando él respondió, prestó atención al efecto que tenían sus palabras.

—Habrá que dejar alguna para tu padre.

—Ya te lo he dicho. No volverá hasta más tarde.

—Aun así, ¿no deberíamos dejarle algo?

—Va a quedarse en Nueva York.

—Eso no me lo habías dicho.

Los ojos de Mario no se despegaban de ella. La niña se levantó y trajo de la cocina una fuente con más carne. Con un tenedor de servir, le dejó caer una costilla en el plato.

—Me alegro de que estés aquí —dijo.

Estaba en pie junto a la silla del niño. Mario no se volvió hacia ella; habló mirando el hueso roído.

—¿Te has quedado sola en casa alguna otra vez?

—Cientos de veces.

—¿Como las que has fumado hachís?

El equipo de música se detuvo con un chasquido. En el rincón, Gordon arañaba con sus pequeñas garras el alambre de la jaula.

—¿No te da miedo?

—¿El qué?

—Estar sola.

—¿Tú nunca has estado solo?

—¿Con once hermanos y hermanas?

Ella se sentó.

—Debes de tener una casa muy grande.

—Lo que tenemos —dijo él— es un montón de habitaciones que antes eran un motel en la parte de atrás del taller mecánico. El único momento en que estamos todos juntos es cuando nos sentamos a la mesa para tomar una de las asquerosas cenas de mi madre. Tendrías que vernos. Vaya cuadro.

—¿Doce críos con mamá y papá hinchándose los carrillos? Lo detestaría.

Él cogió la costilla recién servida y la royó hasta el hueso.

—Es mejor que estar solo.

Rynn se apartó de la silla de Mario y se acercó al fuego.

—Nunca estás menos ocioso que en el ocio absoluto, nunca menos solo que en absoluta soledad.

Más que dirigirse a él parecía estar intentando convencerse a sí misma.

Mario, examinando el hueso, se encogió de hombros para dar a entender que no estaba impresionado.

—Lo dijo Cicerón —le informó ella.

—¿Ah, sí? Bueno, pero yo no he preguntado qué decía Cicerón. He preguntado qué te parece a ti.

—Cicerón y yo opinamos lo mismo.

—Sobre lo de estar solo.

—Eso es.

Mario se giró a medias en la silla. La niña lo estaba mirando.

—No sé yo si eso es normal.

—A lo mejor para ti no.

—¿Y si estás aquí sola y pasa algo?

—¿Cómo qué?

—No sé. Algo. Puede pasar cualquier cosa. Como a esa vieja de Sag Harbor a la que encontraron estrangulada con una media.

Mario miró a la niña para comprobar si estaba sonriendo. Ni rastro de sonrisa en el rostro pálido fijo en las llamas. Mario se acercó a la ventana delantera y atisbo la oscuridad entre las cortinas.

—¿Sabes que ahí fuera tienes una bombilla?

—Nunca me había fijado.

En el recibidor, Mario localizó un panel de interruptores. Los fue accionando uno por uno hasta que una luz brilló al otro lado de las cortinas.

—A partir de ahora, déjala encendida de noche. ¿Vale?

—Vale.

Él regresó al salón.

—Y gracias.

—¿Por qué?

—Por preocuparte.

—Lo dicho, todo bien. —Fue a la otra ventana y se asomó también—. ¿Tienes pistola?

—No.

—Deberías.

—Mi padre dice que tener pistola es mucho más peligroso que no tenerla.

—Mi padre tiene pistola.

Rynn fue al rincón donde Gordon estaba sacudiendo su jaula.

—Los estadounidenses sois un pueblo violento.

—¿Y qué quieres que le haga?

—Termínate la cena.

Mario fue a la mesa, pero en lugar de seguir comiendo cogió su servilleta y se la enrolló alrededor del puño. Se acercó a la chimenea para embadurnarse la punta de un dedo con hollín y se pintó dos ojos y una boca sobre los nudillos para terminar de hacer una marioneta que acercó a la cara de Rynn. La boca se abrió y una anciana habló con acento francés.

—*Mademoiselle*, ha sido una cena maravillosa. *Merci*.

Rynn se inclinó un poco para hablar a la marioneta de la anciana.

—Pero no era cocina francesa —dijo—. Era inglesa.

La voz de la anciana cambió. El rostro se frunció, la boca arrugada se abrió y habló con un acento inglés tan logrado que Rynn rompió a aplaudir.

—¿En serio? En tal caso debería decir… ¡Qué absolutamente estupendísima!

Rynn soltó una risita.

Mario aún no había logrado que se riera tanto como para abrir la boca del todo.

—¡Eres muy bueno! —dijo ella sin dejar de aplaudir.

—Es parte de la actuación. Míster Espectáculo me llaman.

Ella corrió hasta la jaula y sacó la rata.

—Deberías tener más público. Te presento a Gordon.

—¿Qué tal estás, Gordon? —dijo el puño, la mujer inglesa.

Rynn dio un beso a la rata.

—¿No es genial Gordon?

—¡Genial! —le dijo el puño a la rata, arrugando el rostro—. Me encanta Gordon.

Mario se desenrolló la servilleta y la dejó en la mesa. Se limpió el hollín y tendió la mano hacia la mascota.

—¿Puedo?

Rynn dudó, reacia a dejarle el animal.

—Anda, fíate de mí al menos en lo que a tu rata se refiere.

Le dejó a Gordon.

—¿Tú tienes mascota?

—Solo a mis padres.

Ella soltó otra risita.

—Qué bonito.

—Nunca me olvido de darles comida y agua.

—Así aprendes a ser responsable.

Los dos se rieron. Rynn besó la naricilla rosa de Gordon. El niño llevó la rata a la mesa. Los blancos bigotes se estremecieron cuando Gordon dio con una hebra de carne de cordero. Uno junto al otro frente a la mesa, observando los mordisquitos de Gordon, eran conscientes de su proximidad. Ninguno se movió.

—Si te cuento por qué soy cojo, ¿me cuentas lo del coche?

La niña no apartó la mirada de Gordon.

—No.

—Tengo tantos hermanos y hermanas que mi madre se olvidó de a cuáles les había puesto la vacuna de la polio y a cuáles no.

—¿Eso también es un chiste?

—Ahora tienes que contarme lo del coche.

Rynn se apartó del niño. Estaba dando forma a otra mujer ficticia. No de alta cuna en esta ocasión, sino de los barrios más pobres de Londres.

—Pues yo no tengo ni hermanos ni hermanas —dijo, con un exagerado acento *cockney*—. Y de pobres que éramos, en vez de pañales mi padre me tenía que poner periódicos y manuscritos suyos antiguos en el culo… En el *trasero*, perdone usted.

—Cualquier cosa con tal de no decir la verdad, ¿eh?

Ella apartó la mirada hacia la cocina como para evitar más preguntas.

—¿Te apetece algo dulce? Tengo un helado buenísimo. De melocotón.

—Estoy lleno.

—Gordon también. Míralo. —El roedor correteó hasta el borde de la mesa y alzó los ojos rosas para mirarla. Ella recogió a su mascota—. En el coche… —comenzó a decir en tono despreocupado.

—¿Su coche? —Mario estaba resuelto a que no hablara como si el asunto no tuviera importancia—. Menudo coche. Tapicería de cuero. No te encuentras con madonas de plástico en el salpicadero

de un coche como ese.

—En el coche, en *su* coche —ella estaba devolviendo a Gordon a la jaula, y esta vez no le dio tiempo a Mario para interrumpirla—, ¿dejaste huellas?

Cuando Mario cojeó hacia su capa, colgada en el recibidor, la niña volvió a impresionarse. De nuevo se había olvidado de que usaba bastón. Lo vio sacar unos guantes de un bolsillo y ponérselos. Mostrándole las manos enguantadas, cojeó de vuelta junto a ella.

—*Presto!* ¡Ni media huella!

—¡Mario el Mago!

Él abrió las manos cual artista que sale al escenario y se presenta a su público.

—¡En persona!

Ejecutó su movimiento de torero y se echó la capa sobre el hombro.

Rynn aplaudió con ganas.

—¡Haz un truco!

—Damas y caballeros, ahora haré desaparecer ¡un coche!

La niña bostezó teatralmente y soltó un suspiro de aburrimiento.

—Eso ya lo has hecho.

—En ese caso, ¡atención! ¡Me haré desaparecer a mí mismo!

—¿Puedes?

—¿No soy el mejor mago del mundo? Cierra los ojos y cuenta hasta tres.

—Vale —dijo ella.

El niño no se movió.

—Ciérralos bien. ¿Lista?

Rynn asintió.

—Uno —dijo mirando a su alrededor; vio el sofá—. Dos —dijo mientras se apresuraba a esconderse detrás—. Tres. —Su voz, sepulcral e incorpórea, pendió en la habitación—. Ya puedes abrir los ojos.

Rynn miró asombrada a su alrededor. Se rio y aplaudió con fuerza. Luego dejó de reír de repente.

—¿Mario? —En su voz había un matiz de aprensión. No se movió de donde estaba—. ¿Puedes volver a aparecer?

La habitación permaneció en silencio hasta la siguiente llamada de la niña; esta vez, teñida de miedo.

—¿Mario?

Examinó la habitación con la vista. Corrió al pie de las escaleras que llevaban a la planta de arriba.

—¿Mario?

Estaba ante la puerta del estudio, con la mano en el pomo, cuando Mario salió de un brinco de detrás del sofá, abrió de golpe el paraguas rojo y blanco de la señora Hallet y lo sostuvo en alto.

—¡Coño, Mary Poppins!

Para Rynn, hasta el último resquicio de la diversión y de la emoción de hacía un momento se habían extinguido. Corrió hacia el niño.

—¡Dame eso! —chilló.

Pero Mario, inmerso aún en su papel, no advirtió que ella ya no estaba jugando. El grito de Rynn le causó risa. Cuando ella le pidió el paraguas a voces, él creyó que solo estaba potenciando la emoción del momento. La tentó con el paraguas, la pinchó, le asestó golpecitos, luego lo cerró y volvió a abrirlo de golpe. Se mofó de la niña. La provocó.

—Ven a por él.

La niña se lanzó al sofá y aferró el paraguas con las dos manos. Mario tiró de él, lo sacudió y terminó por arrebatárselo, sosteniéndolo fuera de su alcance. Encaramada al sofá, ella estiraba los brazos tratando de hacerse con él.

—¡Ya basta! —dijo con dureza.

El tejido a rayas, cual criatura salvaje que responde a un ataque, se abría y se cerraba ante ella.

Se bajó del sofá y arrinconó al niño en la esquina donde Gordon estaba arañando la jaula. Rynn, con lágrimas en los ojos, agitaba los brazos desesperadamente, reaccionaba al más mínimo movimiento del paraguas, trataba de apoderarse de él como una niña jugando al pilla-pilla, arañando el aire con una frustración que rozaba la histeria.

Con un ataque de risa, Mario escapó del rincón y pasó corriendo junto a ella, hacia la mesa de café. Se le cayó el bastón. Dio un traspié y fue a parar al suelo. Rynn se arrojó sobre él y tiró del paraguas. Forcejeando, tambaleándose, se pusieron en pie. El niño consiguió rodearla con los brazos y practicarle una lleve de bloqueo que la dejó pegada a él, impotente. La capa envolvió a ambos

mientras Rynn se retorcía frenética, intentando todavía apoderarse del paraguas.

El fuego de la chimenea resplandecía y las velas de la mesa continuaban ardiendo, su luz combinada relegaba las sombras a los rincones. Al otro lado de la ventana delantera, la bombilla de la entrada brillaba entre las cortinas.

Rynn seguía intentado zafarse. Nada se movía salvo las llamas. Ella fue la primera en verlo. Mario sintió cómo se quedaba rígida entre sus brazos, rígida y helada.

Una sombra pasó veloz tras cortinas.

—Shhh —susurró ella—. Escucha.

—Hay alguien fuera.

En cuanto Mario la soltó, ella agarró el paraguas y, sin hacer ruido, lo metió en la leñera. Con idéntico sigilo, cerró la tapa. Ambos se apartaron de la ventana.

Mario estaba intentando oír lo que fuera que había en el exterior, lo que había hecho que primero Rynn y ahora él se echaran a temblar.

—¡Apaga las velas! —susurró ella.

Él obedeció. Ahora solo el fuego de la chimenea proyectaba su débil resplandor rojizo en la habitación, y la oscuridad los rodeaba. Mario se agachó junto a la niña, y se acurrucaron uno contra el otro frente a la chimenea.

Se quedaron mirando la ventana.

Y vieron lo que más temían ver.

10

Se quedaron en cuclillas, acurrucados el uno con el otro —¿durante cuánto tiempo, horas quizá?—, respirando al unísono, sin despegar la vista de las cortinas, hasta que, con el paso de los minutos, cuando el corazón les dejó de latir como si se les fuera a salir por la boca, se sintieron tentados de creer que la sombra que les había parecido ver solo había sido fruto de su imaginación.

Rynn fue la primera en levantarse. Mario se puso asimismo en pie, con cierta dificultad, y el único ruido que hicieron al acercarse a la ventana fue el de la punta del bastón contra el suelo. El niño apartó las cortinas.

—Con cuidado —dijo Rynn en voz baja.

Pegaron la cara al cristal frío.

—¿Ves algo? —preguntó ella.

El aliento de Mario produjo una mancha de vaho que él borró con su capa.

—Allí, en el camino.

—¿Qué? —Ella se esforzaba por atisbar algo entre la barrera de ramas desnudas.

El niño tiró de Rynn para que se apartara de la ventana; las cortinas volvieron a su sitio. Habló sin molestarse en susurrar.

—Un coche de policía.

Rynn se apoyó contra él, suspirando de alivio. Pero casi de inmediato, como si no se atreviera a creer lo que él había dicho, volvió a asomarse. Mario cojeó al recibidor y encendió la luz.

Rynn se apresuró a seguirlo. En la puerta, ahogó un grito y volvió a pegarse a él, pues justo cuando estaba alargando la mano hacia la manilla, alguien llamó con los nudillos.

—¿Abro o quieres abrir tú? —preguntó él.

—Abre tú.

—Quedaría mejor que abrieras tú. Quiero decir, es tu casa.

—¿Estás seguro de que es la policía?

Mario asintió.

Rynn esperaba encontrarse con un agente de uniforme. Cuando vio a un hombre alto con una americana a cuadros negros y blancos y pantalones grises, no lo reconoció.

—¡Anda! —exclamó Mario detrás de la niña—. ¿Sabes quién es? ¡Mi tío Ron!

El agente Miglioriti sonrió a Rynn, que por fin lo había reconocido. Tenía esa misma sonrisa que en el rostro de Mario resultaba casi demasiado bonita.

—Hola —dijo la niña tendiendo la mano al hombre. Sin volverse hacia Mario, explicó—: Ya nos conocemos. —Se apartó, dejando libre el paso, transformada de pronto en anfitriona—. Adelante, por favor.

La mirada de Miglioriti alcanzó a Mario, que aún llevaba puesta su capa negra. El niño observaba a Rynn, muy impresionado por su aplomo de adulta.

—Estábamos tomando un poco de vino —dijo ella, la más consumada de las anfitrionas inglesas—. ¿Quiere acompañarnos?

Miglioriti se pasó los dedos por el espeso pelo negro.

—No, gracias.

Mario se quitó la capa y se dirigió a su tío.

—No estás de servicio, ¿verdad? —preguntó. El agente examinaba con la vista la habitación, la mesa puesta para dos. Miró luego al niño—. ¿Qué pasa? —preguntó Mario con ese tono relajado con el que Rynn había oído a los jóvenes estadounidenses dirigirse a sus mayores a menudo, una familiaridad muy poco frecuente en Inglaterra—. Es sábado por la noche. —El tono del niño se acercaba a la burla—. ¿Te ha dado plantón tu *playmate* de la semana o qué?

—Está esperando en el coche —respondió Miglioriti sin inmutarse, en absoluto molesto.

Mario, junto a Rynn, movió las manos trazando unas curvas en el aire.

—Le gustan las chicas a las que parece que han inflado con una bomba de bicicleta.

—Dígale que pase —le invitó Rynn.

—No podemos quedarnos. —Miglioriti volvía a mirar al niño. ¿Estaba molesto por no poder hablar con la niña a solas?

—¿Y una pizca de vino?

—Media copa.

—¿Crees que la señorita noventa-sesenta-noventa te va a esperar? —preguntó Mario sonriendo.

Rynn cerró la puerta y los tres se arrimaron a la mesa, donde Rynn le sirvió una copa entera al agente, que le dio las gracias.

Siguió un silencio que se prolongó durante diez segundos, mientras Miglioriti contemplaba los platos de la cena, los huesos de cordero, el brócoli frío.

—Me ha invitado a cenar —explicó Mario—. Estaba todo buenísimo. Ha cocinado ella.

Miglioriti cogió la botella de vino. La miró de cerca, cual investigador sopesando una pista en una historia de detectives.

—¿El vino también te ha gustado? —le preguntó al niño.

—¿Qué vas a hacer? ¿Trincarnos por beber siendo menores de edad?

Miglioriti solo le hablaba a Mario.

—Tienes suerte de que no huela a hierba.

—¿Tienes? —preguntó Mario sonriendo, y lanzó una mirada conspiratoria a Rynn.

Ahora Miglioriti incluyó a la niña.

—¿Ves lo que yo decía? No hay respeto por la ley.

El niño dejó la capa en el sofá.

—Mira quién pide respeto. El que siempre usa el coche patrulla para sus asuntos personales. —Mario sabía que le había marcado un tanto a su tío. Así que se permitió la mayor de sus sonrisas.

—Corre, denúnciame por corrupción —dijo Miglioriti. Tomó un trago, dejó la copa en la mesa y observó los dos platos—. ¿Mesa para dos?

—Su padre está durmiendo —dijo Mario, un poco demasiado rápido, y Rynn le lanzó una mirada fugaz.

Una vez más, la voz de Miglioriti apenas disimuló el tono propio de un detective que interroga a un sospechoso.

—¿Has conocido al padre de Rynn?

Como para enfatizar que el niño estaba solo, que tendría que apañárselas por su cuenta para responder la pregunta de su tío,

Rynn fue a sentarse al sofá.

Mario se sirvió una copa de vino hasta arriba.

—Claro.

Rynn sintió que se le tensaba el corazón.

—¿Ha cenado con vosotros?

—¿A ti te lo parece? —Mario apartó una silla de la mesa y tomó asiento—. ¿Qué es esto? ¿Un tercer grado? —Bebió de su vino.

Rynn supo que el agente esperaba una respuesta más directa.

—¿No ha cenado?

—Estaba tan cansado que se fue directamente a la cama.

—¿No decías que estaba trabajando en su estudio?

—No he dicho eso. He dicho que está durmiendo.

Miglioriti se volvió hacia Rynn.

—Es cierto. Fue Rynn la que me dijo que estaba trabajando.

—Eso fue por la tarde —dijo ella—. En cuando terminó la traducción, fue a llevarla a la ciudad.

—Ida y vuelta en el mismo día —dijo Mario—. Muy cansado.

Miglioriti estaba junto al equipo de música. Leyó el título del disco. Contempló la habitación.

—Cena para dos. Velas. Vino. Qué romántico.

Mirando a su tío por encima del borde de la copa, Mario se dirigió a Rynn.

—Como él es prácticamente un maniaco sexual, piensa que un chico no puede ni terminar de cenar con una chica antes de hacérselo con ella.

Miglioriti dedicó a Rynn su maravillosa sonrisa.

—Si no lo intenta, avísame y haré que lo deshereden.

Rynn respondió con una risita, pensando que era lo que se esperaba de ella.

Mario negó con la cabeza y suspiró como si quisiera dar entender lo poco que su tío sabía de la vida.

—Palabrería. —Dedicó su hastiada reflexión a la niña, pero dando a entender que su tío también podía escuchar, si no era demasiado viejo todavía para aprender algo—. Los italianos, mucho hablar de sexo…

Miglioriti alzó una mano. Se había cansado de bromas.

Rynn comprendió que el hombre iba muy en serio. Mientras aguardaba a que hablara, se preparó para nuevas preguntas sobre su

padre. El agente querría saber por qué estaba sola. Ella estaba preparada. Pero no para lo que dijo Miglioriti.

—Ha llamado Frank Hallet. —El voluminoso hombre se acercó al fuego para calentarse las manos—. Sobre las seis. Estaba preocupado por su madre. Dijo que no había vuelto a casa. Volvió a llamar a eso de las ocho.

—Su Ilustrísima —dijo Mario— seguramente andará por ahí haciendo de proxeneta de casas.

Miglioriti miró a Rynn.

—A Mario no le gustan los Hallet —dijo.

—¿Y a quién sí?

—A otros Hallet —dijo el hombre.

—Falso —dijo Mario—. Cuéntale por qué tuvo él que casarse.

—No vayas de listillo.

Mario fue al sofá con su copa de vino.

—Pregúntale —dijo el niño a Rynn— por la vez que intentó trincarlo por llevarse a una niña detrás de unos arbustos. Después de eso su madre lo casó con una camarera con dos hijos.

—Ya basta.

—Para demostrar que era normal.

—Vas de listillo.

—¿Y cuando lo intentó con aquella chica del instituto, la de las tetas enormes?

—Vuelve a contar esa historia y te quito las tonterías de un bofetón.

Mario se rio entre dientes.

—Normal. ¡Y tanto! ¡Normal como un billete de tres dólares!

Miglioriti estaba harto de Mario; lo dejó claro dirigiéndose tan solo a Rynn.

—Cuando Hallet llamó a las seis para denunciar que no daba con su madre, supuse que ella estaría trabajando, como dice este listillo, enseñando alguna casa. Cuando volvió a llamar a las ocho, empecé a temer que algo iba mal.

—¿Cómo sabes que no sigue trabajando? —Mario se negaba a dejarse excluir.

—Tiene el Bentley aparcado en la oficina.

—A lo mejor fue en el coche del cliente.

A Rynn le dieron ganas de felicitar a Mario por la serenidad de

su respuesta.

Pero el agente demolió tal serenidad.

—Si conocieras a la señora Hallet, sabrías que nunca se sube en el coche de un desconocido. Va a todas partes en el suyo. Pregúntame por qué y a lo mejor te lo cuento.

—¿Cree que van a violarla? —Mario sofocó una risita.

—Va en su coche porque debajo del asiento del conductor lleva un Magnum del 45.

Mario se encogió de hombros para dejar clara su tranquilidad.

—¿Tiene permiso de armas? Qué te apuestas a que no. ¡Tríncala!

—Eso es «cierra la boca» en italiano —explicó Mario, y dio unas palmaditas a Rynn en el hombro—. Brutalidad policial, ¿lo has visto? —Y a su tío—: La tengo de testigo.

Una vez más, Miglioriti trató de ignorar a su sobrino y hablar nada más que con Rynn.

—Hallet dijo que habías llamado. Algo de que su madre iba a venir aquí a por unos frascos de mermelada.

Tanto Miglioriti como Mario quedaron a la espera de su respuesta. La niña señaló con la mirada la caja de cartón que había junto a la pared.

—Ahí siguen, esperándola.

Miglioriti cogió la caja y abrió la tapa. Los frascos tintinearon cuando la devolvió a su sitio empujándola con el pie.

—¿No llegó a venir?

—Desde que llamé —dijo la niña— no he salido de casa. —Hizo memoria. Lo cierto era que solo había salido de casa para dar un paseo. Nadie la había visto, con la salvedad de los chicos que volvían del partido de fútbol, y su coche no había pasado tan cerca como para que la hubieran visto lo bastante bien como para identificarla. Su mentira no tenía fisuras—. He estado aquí todo el tiempo.

—Llamé a Hallet hace media hora —dijo Miglioriti—. Su mujer me dijo que la madre aún no había vuelto a casa.

—¿Y has venido aquí a buscarla? —preguntó Mario.

Por espacio de un largo momento, los niños no creyeron que el agente fuera a responder la pregunta.

—No. He venido porque pensé que quizá Rynn estuviera sola.

Fue Mario quien preguntó lo que ambos tenían en mente.

—¿Pensaste que ese tarado podría venir aquí?

Miglioriti se pasó los dedos, gruesos y romos, por el pelo.

—Por eso cogí el coche patrulla. ¿Conforme, listillo?

Mario extendió las manos como haría un mago para mostrar que no esconde nada.

—Pero no está sola.

—Seré poli, pero no estoy ciego.

—Gracias —dijo Rynn.

Miglioriti se sirvió un culo de vino.

—¿Va todo bien?

—Sí —dijo la niña.

—¿Tío Ron?

El agente se bebió el vino y dejó la copa en la mesa.

—Ya sé. No quieres que les diga a tu madre y a tu padre que estabas aquí.

—A ver, si no se lo dijeras… —El niño sonrió—. ¿Significaría eso el hundimiento de la civilización occidental?

—Si quieres que te eche una mano, no te hagas el listo.

Mario se señaló a sí mismo; un inocente acusado sin fundamento.

—¿Listo yo?

El agente se dirigió a Rynn.

—No sé. A lo mejor tú puedes enseñarle buenos modales.

De pronto, Mario habló como un niño pequeño.

—¿No se lo dirás a mamá y papá? Creen que estoy en una fiesta de cumpleaños…

—¿Eso les has dicho? Tú mismo te has incriminado. —Miglioriti volvía a sonreír, pero esta vez su sonrisa iba dirigida a nadie más que a Rynn—. Aunque por una buena causa. —La sonrisa se borró —. En cuanto a la señora Hallet, te agradecería cualquier dato que pueda ser de ayuda.

—Lo sé —dijo Rynn, imitando la seriedad de él—. Y ojalá pudiera ayudarle…

Si Miglioriti no se quedó satisfecho con las respuestas, nada dijo al respecto.

—Gracias por el vino.

Cruzó el salón a zancadas y salió al exterior.

Rynn corrió tras él.

—¡Buenas noches! —dijo desde el porche. Su voz formó una nubecilla de vapor y Mario tiró de ella para que regresara adentro.

El niño cerró la puerta y se llevó el índice a los labios en petición de silencio. Esperarían sin hacer ruido hasta que el policía subiera a su coche y se largara.

Tan solo cuando oyó el motor del vehículo dejó Mario que explotara su miedo reprimido.

—¡Madre mía! ¿Cómo te has quedado? Vaya susto, ¿eh? Quiero decir que no…

Pero Rynn, de espaldas a él, estaba sirviendo una copa de vino, con aparente calma. Se la ofreció a Mario, que la aceptó y tomó un buen trago.

—Quiero decir, cualquiera sabe quién anda por ahí fuera. ¿No?

La niña despegó de la mesa churretones de cera que habían caído de las velas.

—No había motivo para tener miedo.

Mario parpadeó y negó con la cabeza para dejar claro que no podía creer que ella estuviera tan tranquila.

—Eso lo dices ahora. Pero estabas asustada. ¡Joder, estabas cagada!

¿Por qué se negaba ella a participar de la emoción del momento? Mario se echó la capa sobre los hombros. Se encajó el sombrero de copa en la cabeza. Blandió el bastón como si de una varita mágica se tratara.

—¿Qué te ha parecido cómo he hecho desaparecer a tu padre?

—Has mentido.

—Claro. ¿Qué querías que hiciera?

El niño no entendía por qué ella rechazaba compartir la emoción, por qué no valoraba cómo él se había mantenido firme ante el interrogatorio de su tío.

Enfadado, se ciñó la capa, se inclinó el sombrero a un lado y dio un golpecito en el suelo con el bastón. Mientras cubría los pocos pasos que lo separaban de la puerta, Rynn dijo:

—¿Adónde te crees que vas?

Si estaba conteniendo el pánico, no dejó que su voz la delatara.

Él no se volvió ni respondió. Supo que ella estaba atenta a cada uno de sus movimientos y se ayudó del bastón para seguir avanzando, tan erguido como pudo, hacia la puerta.

Rynn corrió tras él.

Mario se volvió. Su sonrisa era enorme.

—Solo te estaba poniendo a prueba. Para saber si querías que me fuera.

Ella negó con la cabeza.

—Perfecto —dijo él con su más alegre imitación del acento inglés.

Cuando la rodeó con un brazo, Rynn echó atrás la cabeza y dejó escapar una risita que reventó en forma de ataque de carcajadas. Supo que él le estaba mirando el diente roto, pero continuó riéndose. Mario se rio también. Sin cesar de reír, cayeron uno en los brazos del otro y se estrecharon con fuerza.

Mario fue el primero en callarse.

—¡Escucha!

También Rynn oyó la llamada a la puerta.

—¡Dios! —susurró el niño—. ¡Ha vuelto!

Rynn fue a la puerta y se detuvo con una mano en la manilla. Por señas, le dijo a Mario que se fijara en cómo neutralizaba ella al agente.

Abrió la puerta de par en par.

Frank Hallet aguardaba en el porche.

11

La niña luchó por contener un arrebato de miedo. Luchó también por comprender qué estaba pasando. El policía se había presentado en esa misma puerta, pero se había ido por el camino. La sombra que habían visto tras las cortinas no había sido la del policía. Durante todo el rato que Miglioriti había estado bebiendo vino con Rynn y Mario, Hallet había estado fuera de la casa. A la espera.

El hombre en el umbral se estiró unos largos mechones enmarañados sobre el cráneo reluciente. Los ojos azules y acuosos revelaron su parte de sorpresa al ver la bicicleta en el recibidor. Su mirada brincó al salón, donde se topó con el niño vestido con capa.

Hallet no hizo movimiento alguno. Tras él, en la oscuridad nocturna, el viento sacudió las ramas desnudas, arañando unas con otras, haciéndolas chasquear.

Rynn rezó para que el hombre no se diera cuenta de cuánto le temblaban las piernas debajo del caftán. Ella, habitualmente tan presta a entrar en acción, tan serena, tan inventiva con sus respuestas, no supo qué hacer ni qué decir. Cuando oyó el repicar del bastón de Mario contra el suelo de madera, cuando recordó que, a diferencia de la otra noche, no estaba sola, bendijo al niño para sus adentros.

Mario cojeó hasta situarse a su lado.

Hallet realizó el primer movimiento. Ni Rynn ni Mario supieron cómo detenerlo.

Ya era demasiado tarde para cerrarle la puerta en las narices.

No hizo ningún ademán, ningún gesto, no pronunció orden alguna, pero con cada paso que daba al interior del recibidor, Rynn y Mario iban reculando a su vez. Estaba allí. No tenía que hacer

nada más para demostrar que era el amo del lugar. El fuerte olor a colonia provocó a Rynn un ataque de náuseas.

Las manos de Hallet, de usual sonrosadas, presentaban una encendida tonalidad roja brillante por culpa del frío, y se las masajeó mientras se aproximaba a la bicicleta. Contempló el vehículo como si algo así nunca se hubiese visto dentro de una casa.

Rynn y Mario retrocedieron hasta el salón sin darse cuenta, moviéndose a la vez que el hombre, caminando de espaldas y dando traspiés a medida que él avanzaba.

Hallet no se detuvo hasta llegar sobre la alfombra trenzada. Sacó el tubito de protector labial de un bolsillo y se pasó la punta reluciente sobre los gruesos labios. Examinó la habitación con la misma mirada atenta que le había dirigido a la bicicleta, fijándose primero en el sofá, a continuación en la mecedora, la leñera, la mesa, como si fuera la primera vez que veía tales objetos. Casi de manera inconsciente, alisó una arruga de la alfombra con la punta de un zapato de ante. El mismo zapato empujó la caja de cartón. Los frascos tintinearon.

—¿Frascos de mermelada? —preguntó sin volverse para mirar a la niña.

Ella asintió.

En la mesa, cogió uno de los candelabros de peltre y, con la punta de un dedo sonrosado, comprobó que la cera seguía tibia. Dio unas vueltas al candelabro entre las manos antes de volver a dejarlo junto a los platos de la cena, las copas de vino, las servilletas manchadas y arrugadas.

—¿Cena para dos?

Hallet se desabotonó la gabardina, se la quitó y se la arrojó al sorprendido niño. La chaqueta del hombre era del mismo *tweed* basto que el abrigo de su madre. Un raído jersey de cuello cisne le ceñía la gruesa barbilla. Llevaba los pantalones grises de franela incluso más arrugados que la noche de Halloween; los zapatos de ante, incluso más embarrados.

Ninguno de los niños respondió la pregunta. Al parecer, él no esperaba respuesta, pues se inclinó sobre la cigarrera que había en la mesa de café. Sin darse prisa, tomó un Gauloises y lo sostuvo erguido entre la punta de los dedos. Lentamente, acercó a Rynn la sonrosada mano en que sostenía el cigarrillo, hasta que ella

retrocedió para que ni mano ni cigarrillo le tocaran la cara.

¿Qué quería de ella? ¿Qué esperaba que hiciera? Hallet estaba olfateando el aire. Miró a uno y otro lado, pero no logró detectar lo que fuera que buscaba.

—¿Tu padre no ha estado fumando?

¿Se trataba de una pregunta como la anterior, o ahora sí esperaba una respuesta?

Hallet tomó asiento en la mecedora. Le chasqueó los dedos al niño.

Mario, sosteniendo aún la gabardina, cojeó hasta la mesa de café, cogió la caja de cerillas y se la ofreció al hombre.

Este negó con la cabeza.

El niño rascó una cerilla, la acercó a la mecedora y le encendió el cigarrillo.

Hallet dio una calada profunda y soltó lentamente el humo, que se enroscó alrededor de su cara, silencioso como un ídolo ante el que ardiera incienso. Se meció despacio.

Justo cuando Rynn empezaba a preguntarse si el hombre diría algo en algún momento, él se levantó de la mecedora.

—Hace frío —dijo de camino a la leñera a por un tronco para la chimenea. Ya tenía la mano sobre la tapa.

Mario ahogó un gemido. Lanzó una rápida mirada a Rynn. Vio que la niña miraba fijamente la caja, paralizada de miedo, temiendo el momento en que el hombre levantase la tapa, el momento en que descubriera el paraguas a rayas rojas y blancas.

Rynn rozó a Hallet al acercarse a la chimenea.

—Deje que eche un tronco al fuego —dijo ella con una voz que no reveló nada de lo que Mario sabía que sentía.

Hallet se encogió de hombros y, al oír las uñas de Gordon arañando la jaula, fue al rincón.

Mario se interpuso entre la chimenea y Hallet para que este no viera la leñera. Ayudó a la niña a coger dos leños de arce, a cerrar rápidamente la tapa, a echar la madera al fuego y a atizar las brasas para que los troncos prendieran. A continuación, Rynn se apresuró a sentarse encima de la leñera. El humo tenía un olor acre.

El hombre sacó de la jaula a la rata, que no dejaba de chillar.

—¿Gordon?

La niña asintió.

—¿Quieres a Gordon?

Ella asintió de nuevo.

—Te he hecho una pregunta.

—Sí.

—Sí ¿qué?

—Sí, quiero a Gordon. —Su voz sonó tan fría y amarga como la noche al otro lado de la puerta.

Tan solo la cabeza de Gordon asomaba del puño sonrosado que lo aferraba. Hallet se puso al animalillo a la altura de los ojos azules; el hocico rosa y blanco se arrugó ante las volutas de humo del cigarrillo, los ojillos rojos giraron desesperados en busca de escapatoria.

—A mí me parece que Gordon también te quiere —dijo Hallet.

Con la mano libre sacudió la ceniza del cigarrillo, se lo llevó a los relucientes labios y dio una calada profunda, hasta que la punta se iluminó. Sujetando bien el cigarrillo, acercó el extremo encendido a la rata.

Rynn ahogó un grito.

Hallet aplastó el cigarrillo encendido contra uno de los ojos de Gordon.

La rata chilló.

Rynn se llevó las manos a la boca para acallar su propio chillido.

—Por Dios —susurró Mario.

Mientras la rata chillaba una y otra y otra vez, la niña se apretó contra Mario y hundió la cara en su capa. El brazo del niño, pese a estar temblando, le rodeó los hombros.

Hallet sostuvo el cigarrillo en alto y sopló en la punta hasta que volvió a arder. Cuando el tabaco brilló de nuevo, hundió el cigarrillo en el otro ojo del quejumbroso animal. Por un instante, observó cómo Gordon se retorcía en su mano, y luego arrojó al roedor al fuego.

De un capirotazo, lanzó también el cigarrillo a las llamas.

Hallet le puso una mano a Rynn delante de la cara. En la palma gordezuela había varios arañazos de los que empezaba a asomar un poco de sangre.

—El muy hijo de puta me ha arañado.

Le dijo al niño que trajera desinfectante.

—¿El botiquín está arriba? —preguntó Mario.

Presa de temblores, Rynn no pudo responder.

Mario cojeó hasta el recibidor, colgó la gabardina en el perchero y subió las escaleras.

Mientras se examinaba los arañazos, Hallet se quedó plantado con aire satisfecho delante de la niña; había hecho un buen trabajo. Volvió a sentarse en la mecedora y la giró para situarse mirando de frente a Rynn.

—Y ahora dime, ¿dónde está tu padre?

La niña musitó una única palabra.

—¡No te oigo!

—Durmiendo —consiguió decir la niña.

—¿Arriba?

Ella negó con la cabeza.

—Te he preguntado si está arriba.

—En la otra habitación. —Su voz era apenas audible.

Hallet se tiró hacia arriba de la manga de la chaqueta y miró el reloj.

—Se acuesta temprano.

—Ha estado despierto toda la noche. Traduciendo.

—¿Sí? —El hombre otorgó a esa única palabra un matiz que daba a entender que, si bien lo que ella decía podía ser cierto, él en absoluto lo creía—. ¿Dónde? ¿En esa habitación? —Señaló hacia el estudio.

—Sí.

—¿Cuántos habéis estado a la cena?

Rynn seguía sin poder mirar al hombre.

—Ya lo ve.

—Te he preguntado.

—Dos.

—¿Solo vosotros dos?

Rynn asintió. Antes de que él le repitiera la pregunta de manera más áspera, como se imaginaba que haría, ella añadió:

—Sí.

—¿Tu padre?

—No.

—No ¿qué?

—Mi padre no ha estado… —Contuvo a duras penas las lágrimas.

—Has dicho que estaba cansado.

—Sí.

Mario había bajado las escaleras sin hacer ruido. Con el frasco de desinfectante en la mano, cojeó hacia el hombre.

Hallet se volvió hacia él.

—¿Ha estado bien la cena?

También Mario habló con una voz apenas más alta que un susurro.

—Sí.

Hallet le arrancó el desinfectante.

—¿Los dos solitos?

El niño lanzó a Rynn una mirada desesperada, como si en el rostro de la niña pudiera leer lo que ella había respondido. Pero ella había vuelto la cara hacia el rincón.

—No.

—¿Solos o acompañados, en qué quedamos? —El hombre se aplicó desinfectante rojo en los arañazos—. Si no estáis solos, ¿él dónde está?

—¿Quién?

—De quien estamos hablando. —Hallet acercó la mano a la luz —. De su padre.

—Está en la otra habitación —dijo de pronto Rynn, a la que le llegaba el olor del desinfectante.

—¿Arriba no?

—No.

—Has dicho arriba.

—No he dicho eso.

—No está arriba. —Hallet se dio unos últimos toques de desinfectante. Enroscó el tapón y tendió el frasco al niño, que había permanecido a la espera—. ¿Donde suele trabajar?

—Sí.

—Pero ahora no está trabajando. Está durmiendo.

La niña asintió. Rápidamente dijo:

—Sí.

—Pero no arriba. —Dijo esto como si quisiera dejarle claro lo mucho que se estaba esforzando para no cometer ningún error.

Hallet se levantó de la mecedora, que continuó moviéndose atrás y adelante entre crujidos. Cogió el atizador y avivó el fuego. Habló

a la niña sentada en la leñera, pero con un gesto de la cabeza señaló al niño.

—¿Él es…?

—Me llamo Mario Podesta.

Hallet no miró al niño, sino a Rynn.

—Te lo he preguntado a ti.

—Es Mario Podesta.

Lentamente, el hombre se volvió hacia el niño.

—¿Sí?

El niño asintió, pero rápidamente añadió:

—Sí.

—Te he visto por ahí.

—Mi tío —dijo el niño— es policía.

—Sí.

—Acaba de estar aquí.

Hallet chasqueó los dedos para que Mario levantara la vista y lo mirara a la cara.

—¿Por qué?

—Va a volver.

—No te he preguntado eso.

—Cuéntaselo —dijo Rynn.

—Sí, cuéntamelo —dijo Hallet.

—Vino porque usted lo había llamado. Preguntando por su madre. Porque ella no había vuelto a casa. Mi tío pensó que usted podría venir a buscarla.

—¿Por qué iba ella a estar aquí? —Una mano que aún tenía marcas rojas del frío le indicó a Rynn que no contestara. Quería oírlo de boca del niño.

—Por esos frascos de mermelada. Iba a venir a recogerlos.

—Y ahí siguen —dijo Hallet.

—El agente Miglioriti va a volver —dijo Rynn.

—¿Eso dijo?

—Sí.

—Seguro que sí —dijo Hallet tomando asiento despacio en la mecedora—, algún día.

12

Hallet miró el reloj.

—¿Dónde pensáis que mi señora madre puede estar a estas horas de la noche?

Quizá fuera un efecto producido por la luz oscilante de las llamas y el bamboleo del hombre en la mecedora, pero a Rynn le pareció que estaba sonriendo.

Extendió una de sus sonrosadas manos hacia el fuego.

—La otra noche —dijo, con el rostro rojo brillante a la luz de las llamas—, dijiste que no tenías novios.

No fue una pregunta directa y Rynn había dejado claro que solo respondería cuando el hombre expresara sus exigencias sin dejar lugar a dudas. En vez de insistirle, Hallet reformuló la pregunta para el niño.

—¿Eres su novio?

—Sí.

Hallet giró el rostro, rojo brillante, hacia la niña.

—Me dijiste que no tenías novios. —Abarcó con la mirada la mesa con los dos servicios—. Y a mí me parece que hasta invitas a tus novios a cenar en casa. Con velas y vino.

De repente, Hallet miró a Mario.

—Ella es muy joven. ¿Cuántos años te ha dicho que tiene?

—Trece.

—Catorce, trece… En cualquier caso, más joven que tú, ¿no?

Mario asintió.

—¿No conoces a chicas de tu edad? ¿O es que a todas las chicas de tu edad les gusta ir a bailar?

—Los frascos de mermelada —dijo la niña con arrojo.

—¿Sí?

—Por teléfono hablamos de los frascos de mermelada. Ahí los tiene. Puede llevárselos.

—Ahora no.

Rynn sopesó cada una de las palabras del hombre. ¿Quería decir que no pensaba irse todavía y que por lo tanto los frascos podían esperar, o quería decir que a su madre ya nunca le harían falta? No necesitaba escrutar la cara iluminada de rojo por el fuego para saber que él estaba disfrutando con esa ambigüedad intencionada. Su padre había tenido un amigo en Londres, un abogado, un hombre al que le encantaban los entresijos del derecho y los laberintos que era capaz de levantar mediante respuestas parciales tanto como a su padre le gustaba buscar siempre la precisión en su trabajo y plasmar con exactitud y claridad cuanto quería decir.

—A lo mejor mi querida madre vino y tú no estabas en casa.

—He estado aquí todo el tiempo.

—¿No has ido al partido?

—No.

—Los sábados por la tarde, en esta época del año, todo el mundo va al partido. Hoy han ganado los Wildcats. —Hallet estaba mirando a Mario—. ¿Lo sabías?

—Sí.

—No había ni un alma en el pueblo esta tarde. —Seguía mirando a Mario—. ¿A que no?

Pero Mario estaba mirando a Rynn.

—¿Tú fuiste al partido? —preguntó Hallet.

—No.

—¿Juegas al fútbol?

Antes de que Mario pudiera responder, Rynn dijo:

—Si hubiera venido, sin duda yo la habría visto.

Hallet se dirigió exclusivamente a Mario.

—No he oído tu respuesta.

—No. No juego al fútbol.

—Yo tampoco. Los sábados por la tarde escucho la Ópera Metropolitana. En la radio. En la oficina. Pero veo que vas muy elegante…

—Hace un espectáculo de magia —dijo Rynn.

—Pues ya somos dos en el pueblo que no jugamos al fútbol. —Volvió a mirar a Rynn—. ¿Dices que has estado aquí todo el

tiempo?

—Sí.

—¿La habrías visto sin duda?

—Eso es.

—Qué raro.

—Puede usted llevárselos —dijo la niña.

—¿Los frascos de mermelada?

—Puedo llevarlos a su coche —dijo Mario.

—¿Puedes?

—Ahora mismo.

—No, no puedes.

Otra vez lo mismo. La desquiciante ambigüedad a la que Hallet los arrastraba, las confusiones pequeñas y sutiles.

—No me importa —dijo el niño, dando a entender tanto que era capaz de llevar los frascos como que lo estaba deseando. Lo haría ahora mismo.

—He dicho que no puedes.

El hombre chasqueó los dedos en dirección a la cigarrera, que Mario le acercó. El niño la devolvió luego a la mesa y rascó una cerilla para encenderle el cigarrillo. Hallet inhaló profundamente. A Rynn le pareció que no expulsaba el humo tanto como dejaba que se filtrara a través de él, volutas azules que pendían alrededor de su cara enrojecida y rechoncha.

—No puedes —dijo el hombre—. No hay coche. Esta noche he venido caminando. Mi querida esposa tiene la furgoneta. El enorme Bentley de color hígado de mi madre aguarda majestuoso delante de la oficina. —Soltó el humo del cigarrillo—. Mi querida madre tiene las llaves.

Rynn se dijo que no debía buscar con la mirada a Mario. Hallet se limitaba a contemplar, sopesando los misterios de la combustión de su cigarrillo.

Una chispa saltó de la chimenea y cayó a las losas de piedra. Brilló un momento y se extinguió.

Alrededor de la casa gemía el viento otoñal. Las ramas de los árboles entrechocaban.

Una y otra vez Rynn trató de romper el silencio, hasta dudar que fuera a ser capaz de emitir una sola palabra. Cuando por fin lo logró, rezó para que su voz fuera algo más que un chirrido fruto del

pánico que bullía en su interior.

—Es muy tarde, señor Hallet. Tengo que pedirle que nos disculpe.

Para su asombro, las palabras sonaron claras, incluso serenas. Cuando el hombre fingió no haberla oído, aunque naturalmente no era así, Rynn sintió que no debía perder la confianza que esas primeras palabras le habían proporcionado, sino insistir.

—¿Qué quiere, señor Hallet?

El hombre continuó fumando. Miró por encima del hombro al niño, que seguía en pie, apoyado en el bastón.

—¿Y *vosotros*?

—¿Qué quiere decir? —La voz de Mario era otro graznido.

—Quiero decir exactamente lo que estoy diciendo. ¿Qué queréis?

—¿Es que todo el mundo tiene que querer algo?

Los dedos sonrosados de Hallet se llevaron el Gauloises a los labios relucientes.

—Claro. Ahora mismo estamos esperando. Esperando a oír qué queréis nosotros.

—Yo también estoy esperando. —El niño pronunció con gran esfuerzo estas palabras.

—En ese caso, esperaremos juntos.

Hallet dejó que volviera a hacerse el silencio. Uno de esos silencios ensordecedores, una presencia casi palpable, como un flujo de agua que llenara sigilosamente una cripta. Con el tiempo, esa clase de silencio podía resultar mortal.

—Yo diría que tú quieres lo que quieren todos los novios. —Dio una calada—. ¿Es eso lo que quieres?

—No.

Las cejas de Hallet subieron lentamente por su frente grasienta y enrojecida.

—¿No te gustan las chicas?

—Sí, pero…

—Entonces, ¿no te gusta Rynn?

Rynn ansiaba inmiscuirse en el interrogatorio, ayudar al niño, pero sabía que Hallet la ignoraría. O peor. El hombre le daría la vuelta a cualquier cosa que ella dijera en un intento por ayudar a Mario, y así la atraparía aún más en su laberinto.

—Pequeño mago —dijo Hallet—, ¿por qué no haces un truco que nos guste a todos? ¿Por qué no desapareces?

Rynn se topó con la mirada brillante de Hallet.

—Dile que se vaya a su casa.

—Es mi amigo.

—¿No tu novio?

De lo más complacido consigo mismo, Hallet dio otra calada. Despacio, expulsó el humo en forma de una fina corriente azulada. Señaló a la niña con el cigarrillo.

—¿Te digo lo que tú quieres?

A Rynn le fue imposible devolverle la mirada al hombre.

—Lo dejaremos para después —dijo él—. Antes, voy a decirte lo que yo quiero.

Hallet se levantó y se acercó a la chimenea, cerniéndose sobre Rynn, que seguía sentada en la leñera.

—Quiero saber lo que está pasando. Aquí. En esta casa. Quiero saber lo que ha estado pasando. Lo que ha pasado hoy.

—No ha pasado nada —logró decir la niña.

Hallet la miró desde arriba, casi como un profesor a una alumna. Su tono era tan condescendiente como el de un profesor, un tono calculado para poner en duda cuanto la niña dijera.

—Un día entero es mucho tiempo para que no pase nada.

Rynn negó con la cabeza.

—Nada.

Con aquel mismo tono de instructor, interpretando aún el papel de quien recorre la senda de la verdad, Hallet demoraba de forma deliberada el repaso de los hechos para que ningún punto se les pasara por alto, ni a la alumna ni al profesor.

—Hace un momento. La policía ha estado aquí. *Eso* ha pasado.

Rynn negó con la cabeza, pero el adulto no estaba dispuesto a permitir que la alumna se refugiara en el silencio.

—La policía. Aquí. ¿Sí o no?

Rynn asintió.

—¿Sí o no?

—El agente Miglioriti dijo que usted lo había llamado. Dijo que estaba usted preocupado por su madre.

—¿Sí? —Esa única palabra fue una orden para que prosiguiera hablando.

—Dijo que usted pensaba…

—¿Sí?

—Dijo que usted pensaba que si pudiera averiguar dónde había estado su madre…

—¿Estado? ¿Desde cuándo?

—Desde que salió de la oficina.

—Bien. —Hallet tomó asiento en la leñera, junto a la niña, que contuvo el aliento—. ¿Qué pensaba el agente que yo pensaba?

—Que si usted supiera dónde había estado su madre, averiguaría dónde está ahora.

—¿Te parece que el agente está en lo cierto?

Rynn intentó encogerse de hombros. El denso olor a colonia le producía arcadas.

—¿Sí o no?

—Sí.

Hallet fumó.

—Eso es *parte* de lo que quiero.

—Ahí están los frascos.

Hallet no necesitaba mirar la caja de cartón junto a la pared. Los frascos eran una presencia tan patente como cualquiera de ellos.

—Sí, ahí están.

—Esperándola.

—¿Lo que significa…?

—Que ella no ha estado aquí.

—Falso. Vamos demasiado rápido. —Su tono volvía a ser profesional—. Tendré que corregir tu razonamiento. Que los frascos sigan ahí demuestra ¿qué? Pues que los frascos siguen ahí.

—Entonces me temo que no puedo ayudarle.

—¿Quieres ayudarme?

La niña hizo una mueca de asco a causa del humo y la colonia.

—Sí.

—Entonces, ¿qué sugieres que hagamos?

—Llamar a la policía.

—Ya lo he hecho. Me parece que vamos a necesitar *más* ayuda. —La mirada de Hallet saltó a Mario—. ¿Tú quieres ayudar?

—Sí.

—Entonces ve a decirle a su padre que nos ayude.

El niño tragó saliva y tartamudeó.

—Está durmiendo.

—¿En la habitación de al lado?

—Sí —dijo el niño, asintiendo con énfasis.

Hallet se dirigió a Rynn.

—Esa puerta que hay en el recibidor, ¿es el estudio?

Ella asintió.

—¿Y duerme ahí también? —Hallet se puso en pie.

—He prometido no despertarlo —dijo la niña.

Hallet avanzó hacia la puerta.

—Vamos a despertarlo y preguntarle si puede ayudarnos a encontrar a mi querida madre.

Muy despacio, dio otro paso, como si esperara que la niña tratara de detenerlo.

—En esta habitación. ¿Estás segura?

Mario, con la capa negra ondeando tras él, se lanzó al recibidor y le cerró el paso a Hallet.

—¡Rynn, el teléfono!

La niña fue al teléfono y desde allí vio a Hallet cernirse sobre el niño. Renunciando al juego del gato y el ratón, el hombre le lanzó una mirada feroz.

—¡Te he dicho que te largues! —Mario, sin atreverse a mirarlo, como si los ojos de Hallet pudieran hacerlo vacilar, negó con la cabeza—. ¡Largo de una puta vez, y llévate tus trucos de espagueti!

—¡Vete, Rynn! ¡Corre a casa de los vecinos!

La niña colgó el auricular, corrió hacia el recibidor, pero frenó al valorar las posibilidades que tenía de pasar junto a Hallet sin que la atrapara.

—Venga —dijo Hallet—. Corre.

—¡Corre! —suplicó Mario.

Hallet no hizo ningún movimiento para impedirle el paso a la puerta principal. De repente su sonrisa, delineada con protector labial, brilló entre las sombras.

—¿Correr adónde? —Con un gesto de la mano, le indicó a la niña que era libre de abrir la puerta—. Tus vecinos no están en casa. Todos los judíos se han largado a Florida.

—¡Llama a la policía! —chilló Mario.

Hallet fue a zancadas a la encimera de la cocina y levantó el auricular del teléfono. Se enrolló el cable en el puño.

—¿Voy a tener que arrancarlo?

—Si lo hace, sabrán que está fuera de servicio —dijo la niña.

—¿Quién va a llamar a esta hora de la noche?

—¡Suéltalo!

La orden vino de Mario, una sorpresa tanto para Hallet como para Rynn, pues el niño irradiaba de pronto una energía amenazadora que ninguno había sospechado que pudiera estar agazapada bajo aquella sonrisa tan dulce. Agarró su bastón con ambas manos, tiró de la empuñadura y, con un clic, el objeto se separó en dos partes. De la vaina extrajo un largo y brillante estoque.

Hallet, con los ojos clavados en el arma, devolvió a tientas el auricular a su sitio.

Mario, ya sin bastón, dio rienda suelta a su rabia y se abalanzó sobre el hombre blandiendo el estoque.

—Soy un espagueti. Los espaguetis llevan navaja. ¿O no?

Hallet reculó trastabillando ante el niño cojo, se apartó de la encimera y se encaminó a la puerta. Una mano sonrosada hizo un gesto de tregua.

—¡No te acerques! —La voz de Hallet estalló en un grito agudo cargado cólera.

—¿Conque macarroni? ¿Conque espagueti? —El niño, enfurecido, no dejaba de avanzar hacia el hombre.

Hallet giró sobre sí mismo para impedir que su atacante lo acorralase. Tropezó y exclamó con un tono que intentó que sonara a mofa:

—¡Es un truco! ¡Es de mentira!

—Ah, ¿sí? —Mario se aproximó un paso más.

A Hallet le chorreaba el sudor por la cara sonrosada. Llegó al recibidor.

El niño hizo un amago de pincharlo.

Hallet tropezó con la bicicleta, recuperó el equilibrio y abrió la puerta de un tirón. Desapareció.

Rynn corrió a la puerta, la cerró de golpe y se apoyó contra ella. Miró a Mario, que le estaba ordenando por señas que guardara completo silencio. Asintió, demasiado aliviada como para decir nada, demasiado exhausta como para hacer nada más que recostarse contra la puerta.

Mario recogió del suelo la otra parte del bastón y encajó ambas.

—Llama a la policía —dijo.

En el sombrío recibidor, Rynn seguía apoyada en la puerta.

—No nos atreveremos.

Un pensamiento repentino hizo que el niño se apresurara a la leñera. Cuando estaba a punto de levantar la tapa se dio cuenta de que Rynn lo había adelantado.

La niña se sentó en la leñera.

—No querías que mirara dentro, ¿verdad?

La niña negó enfáticamente con la cabeza y el largo pelo le cayó sobre los ojos.

—No quieres que te pregunte por qué está ahí.

Empujó a la niña, pero no fue su fuerza lo que la hizo moverse. Ella se apartó de la caja y le permitió levantar la pesada tapa. Mario metió la mano entre los leños de arce y extrajo el paraguas.

Lo abrió.

—¿Es de ella?

Rynn se lo arrebató, lo cerró de golpe y lo arrojó al sofá, hecho lo cual se dirigió a la mesa y le indicó a Mario con la mirada que se acercara. Mediante un gesto, le pidió que levantara su lado de la mesa.

Entre ambos apartaron la mesa de alas abatibles de encima de la alfombra trenzada.

Empujándola con los pies descalzos, Rynn enrolló la alfombra. Se arrodilló ante el cerrojo y retiró el pasador. Con una mano, levantó la trampilla hasta colocarla en posición perpendicular y luego la dejó caer contra la pared.

Se levantó y se situó ante el hueco del sótano, en lo alto de la escalera. De nuevo mediante gestos, le dijo a Mario que cogiera uno de los candelabros de peltre, encendiera una vela y la siguiera.

Mario llevó la vela hasta donde estaba la niña, que se asomó a la escalera. Esperó sin hacer ningún movimiento a que el niño diera el primer paso.

Percibió la vacilación de Mario. Supo que todos los instintos del niño le estaban gritando que diera media vuelta, que se fuera de allí, que corriera; cualquier cosa menos descender aquellos escalones y adentrarse en la oscuridad.

Por encima de la temblorosa llama de la vela, el niño miró a

Rynn. Sus ojos se encontraron nada más que un segundo. En los de él había duda.

Rynn estaba esperando a que el niño bajara la escalera.

Finalmente, Mario dio el primer paso.

Rynn lo siguió.

13

—Esto es para que se vaya calentando —dijo la niña mientras Mario miraba cómo llenaba de agua hirviendo una tetera.

—No tomamos mucho té en nuestra casa.

—Pon las pastas en una fuente, por favor, y las llevamos en la bandeja con los servicios de té.

El niño colocó las pastas en una fuente formando dos círculos, examinó su obra y pareció satisfecho.

—Rynn.

—¿Sí?

—¿Cuánto hace de lo de tu madre?

La niña vertió en el fregadero el agua humeante de la tetera.

—El diecisiete de octubre.

—Vaya —dijo el niño. Miró cómo ella echaba unos pellizcos de té en la tetera—. Pero a ver, ¿los cuerpos no se…?

—¿Descomponen?

Mario, incapaz de pronunciar la palabra, asintió.

Rynn sacó tazas de un armario y le pidió que las pusiera en una bandeja. Él obedeció, pero seguía a la espera de que ella le explicara cómo evitar que un cuerpo se descompusiera.

—Les puedes poner cosas —dijo ella, abriendo la nevera y sacando un cartón de leche.

—¿Sí?

Ella llenó una jarrita de leche y se la dio.

—Vaya —dijo él—. ¿Pero cómo supiste hacerlo?

—La bandeja ya está lista, si quieres llévala a la chimenea.

—Vale.

Él agradeció que no le preguntara si podía acarrear la bandeja a la vez que se apoyaba en el bastón, y la sostuvo con gran cuidado

mientras la niña sacaba dos cucharillas de un cajón.

—¿Rynn?

Ella salió de la cocina y corrió a despejar sitio en la mesa de café. Haciendo equilibrios con la bandeja para compensar su cojera, Mario la llevó ante el fuego, donde ella estaba esperando.

—¿Que cómo supe hacer eso con un cadáver? ¿Eso quieres saber?

El niño, con la bandeja en la mano, no respondió.

—Ya te lo he dicho. Pasa lo mismo que con cocinar. Resulta que sé leer.

—¿En la biblioteca hay libros sobre cosas así?

La niña cogió el atizador y empujó un leño de arce hacia las llamas.

—En la biblioteca hay de todo.

—Dios. Ya veo.

Mario dejó la bandeja en la mesa. Recogió del suelo el paraguas rojo y blanco de la señora Hallet.

—Tendremos que deshacernos también de esto.

Rynn parecía ensimismada en el fuego.

—¿Te has fijado? —preguntó él—. He dicho «tendremos». Nosotros.

—Me he fijado. Gracias.

—Volverá. H al let.

—Lo sé.

—Yo te ayudaré.

Ella dejó caer el atizador en la leñera. El niño sostuvo el paraguas.

—Tienes derecho a saber lo que pasó.

Se sentó sin esfuerzo en el suelo junto a la mesa de café, vestida con su largo caftán blanco, y a Mario le pareció que se movía con la gracia de una bailarina. Plegó las piernas y los pies descalzos bajo el cuerpo. Mario se apoyó con una mano en la mesa para sentarse en el suelo frente a ella. Rynn introdujo una mano por el cuello bordado del vestido, sacó una carta doblada y se la tendió.

A la luz de la chimenea, Mario examinó la caligrafía enérgica, en tinta negra sobre papel gris: una carta que el padre de Rynn le había escrito a su hija la última noche que pasaron en Londres.

Mientras él leía, la niña dispuso dos tazas, colocó un colador

sobre una de ellas, cogió la tetera y sirvió con cuidado.

Mario leyó la carta dos veces, hecho lo cual volvió a doblarla y, como sintió que no debía dejarla en la mesa, que no debía dejarla en ningún otro lugar que no fuera las manos de Rynn, la sostuvo entre las suyas.

—En Londres mi padre había estado en tratamiento por lo que pensábamos que era una úlcera de estómago. Una noche, en primavera, cuando todavía había luz pese a lo tarde que era, una de esas noches en que los pájaros siguen trinando, fuimos dando un paseo hasta el que había sido, antes de que él enfermara, nuestro restaurante favorito. Un restaurante indio. Él pidió *curry*. ¿Un hombre con úlcera de estómago? Un *curry* muy picante. Me quedé mirándolo fijamente. Él se inclinó sobre la mesa, me dio un beso y dijo que ya no importaba.

Había servido las dos tazas de té.

—¿Leche y azúcar?

Mario asintió. La niña se movía con desenvoltura. Echó dos cucharaditas de azúcar en el té de él. Añadió la cantidad de leche exacta para llenar la taza, interrumpiendo el vertido con un pequeño giro de la muñeca, tan experto que no derramó ni una gota. Le tendió la taza.

Él la tomó; la taza tintineó contra el plato.

Ella se sirvió tan solo una pizca de azúcar y alzó delicadamente la taza, pero, en lugar de tomar un sorbo, cogió la cucharilla y removió el té.

—Después de que mi padre y yo termináramos de cenar, paseamos y paseamos por la agradable noche londinense. Planeamos, entre los dos, con mucho cuidado, lo que teníamos que hacer una vez que mi padre hubiera muerto, para evitar que mi madre, que entonces vivía en Italia, se lanzara a por mí.

La taza y el plato del niño volvieron a tintinear y los dejó en la mesa. La niña cogió la carta y se la guardó en el caftán.

—Cuando uso la palabra «madre» no significa nada para mí. El único recuerdo que tengo de ella son sus uñas rojas brillantes. Nos había dejado hacía años. Lo que en realidad fue algo bueno porque una vez la detuvieron por pegarme. Un día mi padre volvió a casa y se la encontró destrozándolo todo, completamente borracha, y a mí cubierta de moratones, y en ese mismo instante la echó y, desde

entonces, se ocupó él solo de criarme. Solo volví a verla una vez antes de que ella viniera aquí. Fue cuando mi padre recibió un premio por su obra poética y ella olió la pasta. Al margen de aquel, él no tenía mucho dinero. Suficiente, sin embargo, para que estuviéramos seguros de que, en cuanto él no estuviese, ella se abalanzaría en picado sobre mí y me clavaría sus largas uñas pintadas.

Ofreció al niño la fuente con las pastas.

—¿Quieres?

El niño cogió una con láminas de almendra por encima.

—Yo habría ido a un abogado.

—No, no habrías ido.

Su aspereza le sorprendió.

—¿Por qué gastar todo el dinero en abogados y luego tener que hacer lo que dictamine el tribunal? Eso solo serviría para que el tribunal decidiera cómo había que criarme; en otras palabras, en qué colegio me encerrarían.

—Deberías tener un tutor.

—¿Un padrino?

—Hablo en serio.

—¿Quién? Mi padre no tenía parientes vivos. Las únicas personas que conocíamos eran poetas locos. Los poetas de nuestro entorno tendrían muchísimo talento, pero, excepto el mío, ninguno tenía madera de padre.

—Además, con esa inteligencia prodigiosa, tú no necesitas a nadie.

Ella miró a Mario. Él se encogió de hombros.

—Lo decía de broma.

—Pues resulta que es verdad. Por eso mi padre lo vendió todo, reunió el dinero que pudo y se fue de Inglaterra sin decir nada a nadie. Eso fue la primavera pasada. Viajamos en un coche alquilado toda la primavera y todo el verano desde Carolina del Norte, donde vivió Carl Sandburg, hasta Maine, buscando el sitio que más me gustara.

—¿Y encontrasteis este?

—¿Puedes dejar de hacer el tonto con el paraguas?

Mario agachó la mirada. Estaba sosteniendo el paraguas como a veces sostenía su bastón, como si fuera una varita mágica.

—Lo siento.

Sin necesidad de levantarse, abrió la tapa de la leñera y dejó caer dentro el paraguas. Volvió a cerrar la tapa.

—Fue justo después del Día del Trabajo. La gente estaba haciendo las maletas y volviendo en masa a la ciudad. Llegamos a este camino, con esos árboles tan espesos que se juntaban unos con otros formando un túnel. Entonces vi el patio, lleno de coloridas zinnias. Nos bajamos del coche y echamos un vistazo por la ventana. Se veía que la casa estaba vacía. Mi padre me preguntó si estaba segura de que podría pasar aquí los siguientes tres años de mi vida, como habíamos planeado. No me dejó comunicarle mi decisión hasta que hubo pasado una semana. Me hizo pensarlo muy bien después de averiguar a través de la inmobiliaria del pueblo que la casa estaba disponible. La alquiló… Dejó pagados los próximos tres años.

Ella alzó el té y lo removió con la cucharilla, pero no lo probó.

—Está bueno el té —dijo Mario.

—Así me gusta —dijo ella—. Todavía estás a tiempo de convertirte en un caballero inglés como Dios manda.

Cruzaron miradas fugaces. Una vez más, se había dicho algo que los incluía en un futuro común.

—Durante casi todo el mes de septiembre mi padre siguió teniendo buen aspecto, y si le dolía mucho nunca dijo nada. Entraba en esa habitación, cerraba la puerta, tomaba algo. Hasta el mismísimo final, salimos a dar largos paseos, por los caminos, a lo largo de la playa. Millas y millas y millas. Una noche de domingo en que hacía tanto calor que no se podía ni respirar, estábamos aquí sentados, en el salón, a oscuras. Él encendió el tocadiscos. Liszt. Nos quedamos sentados. Aquí mismo, como digo. En esta habitación. Escuchando la música. Ninguno dijo nada. Luego me tomó de la mano y salimos al jardín. En voz baja me dijo que yo era diferente al resto del mundo y que algunas personas no lo comprenderían. Que no querrían que fuera como soy. Que querrían hacerme cambiar. Que intentarían darme órdenes y convertirme en la clase de persona que ellos querían que fuese. Como yo seguía siendo una niña, habría poco que pudiera hacer más que estar sola, no meterme en problemas y no hacerme notar.

—¿Sola? —Mario dijo la palabra como si no se tratara más que

de un concepto, algo que él no alcanzaba a imaginar; en absoluto una forma de vida.

—Habíamos pensado en todos los detalles —dijo ella—. Sabíamos muy bien que no sería fácil. «Haz lo que tengas que hacer», me dijo mi padre. «Plántales cara como sea. *Sobrevive*». Me dio un beso, estábamos debajo de la parra, y luego se alejó caminando, entre los árboles, por el camino.

—¿Y ya no volvió? —Mario se sonrojó de repente; se notaba que habría dado cualquier cosa por no haber pronunciado esas palabras. Pues claro que el padre de Rynn nunca había vuelto.

—En esa habitación, en su escritorio, encontré cartas náuticas y tablas de mareas del golfo y del océano. Había estado estudiando las mareas para que nunca puedan encontrarlo.

—¿Lloraste mucho?

—Depende de lo que entiendas por mucho. No, creo que no.

—¿Crees en Dios?

—Me vendría bien.

—Pero no crees.

—No lo sé.

—Yo tampoco.

Mario dio un mordisco a una pasta y tomó un trago de té para bajarla.

—No deberías guardar dinero en casa.

—Mi padre y yo abrimos una cuenta de ahorros conjunta. Tengo montones de cheques de viaje.

—¿Los niños pueden tener esas cosas?

Ella le sostuvo la mirada sobre la taza de té.

—Te acabo de decir que sí.

Buscó dentro del caftán, en el mismo sitio donde había guardado la carta. Esta vez sacó una cadenita de oro de la que colgaba una llave. Casi sonrió cuando la hizo girar; la llave trazó un círculo en el extremo de la cadena.

—Los guardo casi todos en una caja de seguridad en el banco.

—En mi vida había oído que los niños pudieran tener cheques de viaje.

—Digo «montones», pero me tienen que durar tres años. —Volvió a dejar caer la cadena y la llave dentro del vestido—. Así que ya lo sabes —concluyó.

—Sí… —Él estaba mirando fijamente su té—. ¿Rynn?

—¿Sí?

—¿Tan terrible sería, no sé, plegarte a su juego?

—Pero esa es exactamente la razón por la que…

—Ya lo sé —dijo él—. No, en realidad no lo sé. A lo mejor lo que no entiendo es lo que tú y tu padre entendéis por «su juego».

Ella dejó escapar un suspiro profundo, como diciendo que él no estaba haciendo el más mínimo esfuerzo por comprender.

—Su juego es fingir. Es hacer como que vives. Pero no es *vivir*.

—Ir al colegio es vivir.

—No. —Rynn negó con la cabeza hasta que tuvo que apartarse el pelo de los ojos—. Ir al colegio es dejar que otros te digan lo que es vivir, no descubrirlo tú.

—Pero tienes que ir al colegio.

—¿Por qué?

—Para aprender algo.

—¿Como qué?

—A leer y escribir. Y…

—¿Es que no sé leer? ¿Y escribir?

—Vale. Tu padre te enseñó. ¿Pero y si alguien no tiene un padre como el tuyo? —¿En algún momento he hablado de alguien que no sea yo? Si tanto te gusta el colegio, mira qué bien.

—Lo que pasa es que no creo que lo digas en serio.

—Si yo no quiero parecerme a los demás, ¿por qué iba a querer que los demás se parezcan a mí?

—Yo no soy como los demás —protestó Mario.

—Me refiero a *ellos*.

—¿A quiénes?

—A todos esos, a los del chicle y la música horrible y los partidos.

—Pero eso no es lo único que…

—El colegio es para niños que acabarán creciendo y nunca escribirán un poema ni cantarán una canción ni harán nada. —Su fe en lo que decía era total—. Como los trucos de magia. ¿Tú has aprendido a hacer magia en el colegio?

—No.

—¿Lo ves? —Cruzó los brazos sobre el caftán blanco—. El juego es para personas que quieren reglas porque tienen miedo de creer

en algo en lo que todos los demás ya no creen. Les asusta salir de sus cuatro paredes y hacer algo con su vida. El juego es para personas que quieren que les digan qué hacer. Muy bien. Buena suerte, si eso es lo que quieren.

—No todo el mundo puede ser como tú.

—¡Nadie es como nadie! Ya te lo he dicho, nadie más tiene que vivir como yo.

—Vivir así… ¡Dios! Quiero decir…

—¿Sí? —Su tono volvía a ser áspero, retador.

—Pues que las personas se *ayudan*.

—Tú tienes familia.

—*Otras* personas. Sale de ellas. A veces —añadió débilmente.

—En mi caso no había nadie. ¿Crees que mi padre y yo no lo pensamos largo y tendido? ¿Crees que esto se nos ocurrió de la noche a la mañana? Yo habría acabado en algún colegio horrible que apestara a tiza y col.

—Podríais haber encontrado un buen colegio.

—¡Un colegio! Un colegio donde me dijeran cómo vivir, qué pensar, qué hacer con el resto de mi vida. Ir al colegio mientras algún abogado gestiona mi dinero hasta que se decida que ya tengo edad suficiente para hacerme cargo de lo que es mío. Además… —Removió su té—. Además, solo vivo así por ahora. Solo tengo que tener cuidado hasta que ellos piensen que soy lo bastante mayor para tomar mis propias decisiones.

—¿Quiénes son ellos?

—¡Todos!

—Vaya. ¿Sabes cómo suena eso? Dices *ellos* como si todo el mundo estuviera en tu contra.

—A lo mejor lo están.

El niño tomó otro trago de té antes de decir:

—¡Tienes que confiar en alguien!

De pronto, Mario se dio cuenta de que no podía mirar a Rynn a los ojos. Tampoco ella era capaz de mirarlo a él, como si solo ahora, después de que ella le hubiera contado cosas que no le había revelado a nadie más, empezaran a comprender lo que ella había hecho, lo que los dos habían hecho.

Mario se fijó en que ella no había probado el té.

—¿Cómo te encontró tu madre?

Rynn dejó su taza en la mesa y contempló el fuego.

—Por mi culpa, en realidad. Por un poema que publiqué. Sobre mis primeras impresiones de este sitio. Unos amigos suyos lo vieron en Inglaterra y se lo enviaron a Grecia. Alguien que conocía Long Island identificó los lugares sobre los que yo había escrito. Un día apareció un taxi por el camino…

Mario se preguntó si ella tenía intención de continuar. A lo mejor él ya había oído todo lo que ella estaba dispuesta a compartir. Pensó que pedirle más revelaciones podría hacer que se refugiara en el silencio. Pero Rynn siguió hablando.

—La puerta principal estaba abierta. Entró por las buenas, con las uñas tan rojas como siempre. Me odié a mí misma, pero hice como si me alegrara de verla. Por Dios, qué valor, presentarse aquí así… Era la clase de mujer que piensa que todo el mundo le perdonará lo que sea. Se sentó en esa silla y mientras fumaba sus cigarrillos de boquilla dorada habló y habló de cuánto estaba aumentando la contaminación en el Mediterráneo, y de cuánto detestaba a los griegos y del asco que le daban, y de lo maravilloso que sería vivir aquí.

Rynn apartó la mirada del fuego y la dirigió más allá de Mario, hacia la mecedora.

—Entonces también tomamos té. A ella le apetecía una copa, pero yo no tenía alcohol en casa. Tomamos té. Y las mismas pastas de almendra.

—Están muy buenas.

—A ella también le gustaron.

Los dos cogieron otra pasta. Tenían un fuerte sabor a almendra. Al cabo de un momento, él preguntó:

—¿En el té?

Ella asintió.

Mario, que estaba tomando un sorbo, se interrumpió de pronto y se preguntó si debía tragar.

—Cianuro potásico.

El niño intentó que su taza no tintineara contra el plato.

—Los Wilson usaban el estudio como cuarto de revelado. Encontré los productos químicos cuando mi padre y yo guardamos el material fotográfico. Lo dicho, sé leer. Leí la advertencia en la etiqueta.

El té de la niña brilló a la luz de las llamas. No había tomado ni un sorbo. Su mirada se encontró con la de él. Muy tranquila, dijo:

—Quema todavía. Yo no le he puesto leche.

Mario estaba empezando a sudar y se preguntó si ella se daría cuenta.

Pero ella estaba pensando en su madre.

—Todavía veo cómo sostenía la taza con las uñas rojas. Después de unos sorbos dijo que su té sabía a almendras.

La taza de Mario repicó contra el plato hasta que consiguió dejarlos en la mesa.

—Claro que sabía a almendras. —La niña se apartó el pelo de los ojos con un movimiento de la cabeza—. ¿Sabes qué le dije?

A Mario le brillaba la cara a la luz de la chimenea. Tenía la camisa empapada en las axilas, en la espalda, se le pegaba a la piel.

—«Son las pastas de almendra», le dije. Y se lo creyó. «Las compro en Fortnum», expliqué. «Estupendo», dijo. Y le encantó la idea, le encantó de verdad. Adoraba todo lo que se vendiera en una tienda cara. Les cambiaba la etiqueta a los abrigos por otra de una marca mejor, y solo salía a la calle con bolsas de las tiendas más pijas. Harrods en el peor de los casos. —Rynn estaba en su propio mundo, hablando para sí misma.

Mario sintió que se le tensaba la garganta. Era consciente de cada bocanada de aire que le entraba en el cuerpo. Cada una más trabajosa que la anterior.

—¿Cuánto tardó? —Se las apañó para decir.

—Fue bastante rápido.

—¿Primero te entra sueño?

—Por lo visto. Mucho.

Mario apoyó una mano en el suelo. Lo sintió firme. Estaba afiebrado; sudaba. Cada vez le costaba más respirar.

La taza intacta de Rynn brillaba ante él.

—¿Estás cansado?

Mario meneó la cabeza, negando la fatiga contra la que luchaba.

—No. —La voz le salió rasposa.

—Tampoco me extrañaría —dijo Rynn—. Es tarde. —Su mano buscó la de Mario, pero él la apartó—. ¿Sabes qué creo que sería buena idea? Que llamaras a tus padres. Diles que sigues en la fiesta de cumpleaños.

—Pero no estoy… —Tosió.

—Pero antes le dijiste a tu madre que estabas.

Mario negaba con la cabeza. No quería llamar.

—De verdad creo que deberías llamar a tu familia. ¿Quieres que te acerque el teléfono?

—¿De qué te serviría eso a ti?

—A *nosotros* —le corrigió ella.

—Mi tío Ron sabe que estoy aquí.

—No se lo contará a nadie. Llámalos. Diles que sigues en la fiesta.

Él volvió a negar con la cabeza.

—Entones, qué pasó… Con ella, digo. —De algún modo Mario se abrió camino entre la espesura de palabras, la confusión, la red en la que, estaba convencido, Rynn estaba intentando atraparlo.

—A mi madre cada vez le costaba más respirar.

—¿Y luego?

—¿Luego? Al final… se desplomó sin más. En esa silla.

La mente de Mario iba a toda velocidad. Llamaría por teléfono. Le diría a la niña que quería llamar a su familia, pero en realidad llamaría al hospital y pediría una ambulancia.

—Se quedó repantigada en esa silla mucho rato, mientras yo me preguntaba qué hacer con ella. No pensé en la trampilla del sótano. No en aquel momento. Es como lo que tú dices de la magia, a nadie se le ocurre hacer lo obvio. Al menos en un principio.

Mario vio cómo ella cogía la tetera.

—¿Más?

El pavor lo había dejado sin fuerzas; hizo un gesto dando a entender que no.

—Creo que voy a llamar.

—Bien. —La niña se levantó—. Espera aquí. Yo te traigo el teléfono. —Corrió descalza por el suelo resplandeciente.

Dejó el teléfono junto a él.

—Sí estás cansado.

A Mario le costó trabajo erguirse.

—¿Quieres que marque por ti?

«Así que ese es su plan. Sabe que pienso pedir ayuda, así que no me dejará llamar a nadie que no sea mi familia, y solo para darle una coartada… ¿Qué puedo hacer? *¿Arrancarle el teléfono de las*

manos y *llamar al hospital?»*.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —consiguió susurrar él.

«¿Qué puedo hacer?».

El cerebro le marchaba a toda máquina; sopesó la opción de salir corriendo de la casa. Con el puto bastón. ¿Hasta dónde conseguiría llegar? De repente la mano de la niña se movió y ese gesto puso fin a cualquier plan de escape. Mario no podía hacer más que mirarla atentamente.

Ella había cogido su taza y tomaba sorbos de té. Con su otra mano, muy pálida, había cogido una pasta de almendra a la que daba mordisquitos. Una lengua rosa, como la de las crías de gato, recorrió los labios recogiendo las migajas.

—Escucha —dijo ella, pero esta vez sin urgencia alguna en su petición.

Mario se esforzó por oír lo que había atraído la atención de la niña.

—El viento —dijo él.

—Criaturas que cuchichean en los tejados y silban en el aire.

Una vez más, Rynn buscó la mano de él con la suya. En esta ocasión, Mario no la apartó. Ella siguió hablando y Mario se preguntó si aquellos versos los habría escrito su padre.

Una terrible tempestad trituró el aire,
Las nubes eran flacas, escasas,
Como el manto de un espectro, la negrura
Ocultó el cielo y la tierra de la vista.

Las criaturas cuchicheaban en los tejados,
Y silbaban en el aire,
Y blandían los puños,
Y rechinaban los dientes,
Y un látigo desbocado era su pelo.

Rynn se puso en pie y, sin hacer ruido, llevó la bandeja a la cocina.

Con ambas manos apoyadas en la mesa, Mario vio que era capaz

de sostenerse en pie.

—«Y un látigo desbocado era su pelo». ¡Vaya!

—¿No te da escalofríos?

—Como si te frotaran la espalda arriba y abajo con papel de lija, igual que en los mejores momentos de una ópera.

Mario esperó a que ella le diera la espalda para levantarse. Una vez en pie, y convencido de que seguía con vida, volvió a mostrar su deslumbrante sonrisa.

La niña enjuagó las tazas de té y las puso a escurrir en la encimera. Secó la tetera.

Mario estiró los brazos hasta sentir un grato dolor en los músculos de su cuerpo joven, hasta sentir la sangre en sus extremidades. Se retorció, disfrutando de esa sensación cálida.

Cuando Rynn, tetera en mano, se volvió para mirarlo, él dejó caer los brazos y se quedó inmóvil. Pese al inmenso alivio que recorría su cuerpo, pese a todo el amor que sentía por la niña, no se atrevió a manifestar nada. Tenía que enmascarar su júbilo repentino; si no, el cambio revelaría las dudas que había padecido hasta hacía un momento.

—¿Eso lo escribió tu padre?

—Emily Dickinson.

—¿Tienes algo que haya escrito ella?

—Me lo sé casi todo de memoria.

Rynn observó al niño mientras él se sentaba. Lentamente, cruzó la habitación y tomó asiento en el suelo a su lado. Recostó la cabeza sobre su rodilla. La mano de él acudió en busca del brillante cabello castaño. La mano de ella cubrió la de él.

14

Pasó una semana.

Mario no pudo ir a ver a Rynn el domingo porque, como le explicó, los domingos tocaba misa por la mañana, una comida familiar de proporciones casi tribales y la visita de incontables parientes. Pero fue a verla dos veces esa semana.

El lunes la informó de que habían remolcado con una grúa el Bentley rojo hígado, todavía cerrado, al taller de su padre. Todo el pueblo sabía que la señora Hallet había desaparecido. En el taller mecánico y en las calles, los vecinos habían empezado a saludarse preguntándose los unos a los otros si sabían algo nuevo al respecto. A falta de hechos, intercambiaban rumores. Estos, declaró Mario, solo demostraban cuánto odiaba la gente a la familia Hallet.

El jueves Mario le hizo un resumen de la semana, que había comenzado con el rumor de que la mujer de Frank Hallet lo había dejado y se había llevado a los niños. Todo el pueblo veía en esa deserción la prueba que habían estado esperando. ¿Demostraba aquel motín que Hallet tenía algo que ver con la desaparición de su madre? A mediados de la semana ya todos estaban de acuerdo en que Frank Hallet siempre había odiado a su madre. En el taller, el padre de Mario corroboró tal afirmación recordando a cada vecino que paraba a echar gasolina, cambiar el aceite o hacer una puesta a punto que la relación entre la madre y el hijo siempre había sido tensa. Al fin y al cabo, ella jamás había permitido que su hijo condujera el —a esas alturas legendario— Bentley de color hígado.

Nadie salvo Mario fue a la casa al final del camino.

Más exactamente, nadie llamó a la puerta. Por las noches Rynn había visto el foco de un coche patrulla barrer la casa. El agente Miglioriti andaba vigilando.

Rynn tenía buen cuidado de cerrar las puertas y las ventanas, y cada noche dejaba encendida la luz de la entrada. Si alguien —y no quería pensar que ese alguien pudiera ser Hallet—, había pasado frente a la ventana delantera, ella no había visto sombra alguna en las cortinas.

Durante las horas de clase no se dejaba ver en las calles del pueblo por miedo a que algún adulto le diera el alto y le preguntara por qué no estaba en el colegio. Después, cuando los estudiantes ya vagaban con libertad, no se atrevía a salir de casa por si Mario iba a verla y ella no estaba.

Por si el teléfono estuviera pinchado, no se llamaban.

El sábado, al igual que una semana antes, Mario metió la bicicleta en el recibidor, pero no a causa de la lluvia. El día había sido, hasta el momento, fresco y despejado, pero coincidieron en que no tenía sentido dejarla fuera para que cualquiera que pasara por el camino supiera que el niño estaba en la casa.

Hacía un día maravilloso para estar al aire libre.

El cielo más allá de las ramas de los árboles era azul, moteado por veloces nubes que hacían variar la luz otoñal, la cual oscilaba entre un campo de lentejuelas amarillas y una bruma ambarina.

Pese a que Rynn notaba que a Mario le costaba caminar, agradeció que él estuviera con ella, de la mano, y pasearon más de dos horas por el camino y a lo largo de la playa, donde rompían unas olas gris plomo. Bajo el ancho cielo, la franja de arena se hallaba desierta salvo por unas pocas gaviotas que esperaban hasta tenerlos casi encima antes de aletear, soltar unos graznidos y alejarse suspendidas en el viento.

A solas en la playa, Rynn condujo a Mario a la arena mojada donde los últimos restos de las olas se extendían formando abanicos y se desvanecían bajo sus pies. Le puso algo en la mano.

Mario no necesitó mirar para saber que eran las llaves de la señora Hallet. La niña le dijo que él podría lanzarlas más lejos que ella.

Una vez que las llaves hubieron desaparecido en el mar, siguieron caminando en silencio. Ninguno habló de la tarea que les aguardaba.

A lo largo de la semana habían planeado hasta el último detalle de lo que debían hacer. Ahora estaban esperando a que el partido

diera inicio en el pueblo. Frank Hallet lo había dicho y Mario lo había confirmado: el sábado todo el mundo iba al partido.

A la una, cuando empezó el fútbol, fueron a la pérgola de la parra, que inspeccionaron en silencio. Después, Rynn se situó en el costado de la casa, cual centinela que había de dar la alarma si alguien se acercaba por el camino.

Mario retiró con un rastrillo las hojas muertas bajo la pérgola y empezó a cavar. La tierra del viejo jardín, trabajada durante generaciones y generaciones, estaba libre de piedras y raíces, y cedía bajo la pala. Al cabo de una hora, la niña, que se había recostado con su trenca contra un castaño para ver trabajar a Mario y escuchar el roce ocasional de la pala con alguna piedra, solo alcanzaba ya a ver su cabeza y sus hombros asomar por fuera del hoyo.

Cuando el agujero fue más hondo aún, entraron en la casa, y Rynn se aseguró de cerrar bien las cortinas.

—¿Vamos? —preguntó Mario.

Rynn asintió: la señal para comenzar.

Entre los dos, apartaron la mesa a un lado, enrollaron la alfombra trenzada y levantaron la trampilla hasta dejarla apoyada contra la pared.

Mientras Rynn iba a la cocina a por plástico de embalar, Mario abrió la ventana que daba a la pérgola. Tras otro asentimiento de Rynn, bajó al sótano abriendo la marcha.

Solo un plan elaborado al detalle les habría permitido actuar con tanta rapidez. Con dificultad, subieron las escaleras acarreando el primero de los bultos envueltos.

—Ten cuidado —susurró Rynn—. Que no te caiga encima ningún producto químico.

—Apóyalo en el alféizar —gruñó Mario—. Vale. Ahora empujamos entre los dos.

Estaban subiendo el segundo bulto del sótano cuando oyeron el claxon de un coche.

Se les detuvo el corazón.

—Ha sido en el camino —susurró Mario—. ¿Y si vienen aquí?

Rynn intercambió una breve mirada con él antes de correr a la ventana delantera.

—¡Tenemos que sacarlo! ¡Rápido!

Mientras Mario saltaba por la ventana a la pérgola tras el segundo bulto, Rynn cerró las ventanas, echó las cortinas y corrió de nuevo a la ventana delantera para vigilar el camino. Después de más de un minuto, salió a la calle y se alejó por el patio, desde donde podía ver mejor. A continuación, corriendo sobre las hojas muertas, rodeó la casa para informar a Mario de que un perro blanco que andaba por el camino se había cruzado por delante de un coche.

Al igual que habían hecho dentro, entre los dos transportaron los bultos envueltos al hoyo.

Mario empuñó la pala y empezó a verter la tierra; Rynn, en la esquina de la casa, sintió la fría caricia de la niebla en la cara mientras se dirigía a su puesto, desde donde podía ver tanto el patio trasero como el camino entre los árboles.

Escuchó la tierra caer en el hoyo y sintió escalofríos al ver las nubes grises que se espesaban e iban cubriendo el cielo. Una fina llovizna caía ya sobre las hojas y las ramas.

Cuando la lluvia mansa arreció, Rynn abandonó su puesto el tiempo justo para entrar en la casa a por el impermeable de su padre, pero para entonces el jersey de lana y los Levi's de Mario ya estaban empapados. Tenía el pelo pegado a la frente y le corrían regueros por el rostro fruncido. La tierra recién removida se estaba fundiendo en un barro resbaladizo, un cieno pesado que costaba levantar con la pala; aun así, el niño trabajaba sin descanso.

Rynn volvió adentro a toda prisa, calentó una lata de crema de apio y llevó una taza afuera bajo una lluvia torrencial.

Mario se detuvo el tiempo justo para engullir la sopa humeante.

—Vuelve adentro. —Los dientes le castañeteaban contra el borde de la taza—. No tiene sentido que los dos nos empapemos.

Rynn cogió la taza vacía, que aún sentía tibia contra su piel, y regresó a su puesto de vigilancia. La taza no tardó en enfriarse por completo y ella se subió el cuello de la trenca, que olía a lana mojada. Se preguntó cuánto tiempo aguantaría temblando de frío bajo la lluvia. Al menos Mario estaba cavando y el ejercicio lo ayudaba a conservar el calor. Resuelta a no dejarlo solo ni abandonar su puesto, retrocedió lo justo para buscar el abrigo de un alero, desde el que el agua de una bajante rota se estrellaba a sus pies.

Los minutos transcurrían lentamente, y con cada mechón empapado que se apartaba de la cara se sentía más tentada de hacer lo que él decía: correr adentro, deshacerse de la trenca empapada y encender un buen fuego.

—¡Hola!

Rynn se puso en tensión.

Alguien la estaba llamando entre la lluvia. No se atrevía ni a respirar. Tuvo cuidado de mirar con calma, para no revelar su sorpresa, en la dirección de la que provenía la voz. Entre los árboles al borde del camino, un hombre caminaba hacia ella, un hombre caminaba hacia el patio trasero.

¿Debía avisar a Mario? ¿Qué iba hacer él?

Rynn esquivó la cascada que caía de la bajante y se apresuró en dirección al desconocido.

A mitad de trayecto aminoró el paso. El hombre llevaba una parlo roja brillante que le cubría la cabeza. Las botas negras de goma terminaban de darle el aspecto de un Santa Claus alto y delgado que se le iba acercando entre los árboles.

La mente de Rynn buscaba desesperada algo que decir, algo que hacer, alguna forma de evitar que el hombre se aproximara a la casa. Llevada por un impulso, corrió a su encuentro.

—¿Has visto a mi perro?

Rynn estaba segura de que, desde donde él se encontraba, el hombre no podía ver el patio trasero, pero temía que sí oyera la pala de Mario.

—Mi perro —dijo él—. Estoy buscando a mi perro.

—¿Qué clase de perro? —Rynn se forzó a dar un tono plano a su voz para encubrir el pánico.

—Pitbull inglés.

—¿Blanco?

—¿Lo has visto? —El hombre hizo amago de acercarse más, pero ella asintió y señaló hacia el camino, lejos de la casa.

—Por allí.

Él se detuvo.

—Hace unos diez minutos.

El hombre dio media vuelta, pero no se fue.

¡Vete!

¿Qué quería ahora?

—Deberías entrar. —La voz del hombre era una niebla blanca—. Aquí fuera te vas a empapar.

Rynn vio la parlo roja alejarse entre los árboles y llegar al camino. Solo cuando la hubo perdido de vista regresó, dando traspiés, a la esquina de la casa. Antes de llegar, volvió a oír el chapoteo de la pala en el fango.

Se cobijó de nuevo bajo el alero para ver trabajar a Mario.

Cuando, por fin, el niño allanó los grumos de barro con el dorso de la pala y, usando un rastrillo, cubrió la tierra removida con hojas muertas, Rynn entró corriendo en la casa.

Para cuando él terminó en el jardín, ella lo estaba esperando en la ventana trasera con una toalla grande.

—Tira la pala debajo del porche.

Al ver a Mario cubierto de barro, con la ropa empapada pegada al cuerpo, a Rynn se le encogió el corazón igual que la vez que había visto un pobre cachorrito, rechoncho y peludo, empapado y tembloroso. Era igual de delgado e igual de vulnerable.

El niño no hizo lo que le había ordenado, sino que lanzó la pala entre la densa maleza del fondo del jardín. Aquello no formaba parte del plan, pero su idea era mejor que la de ella.

Rynn lo ayudó a cruzar la puerta, que cerró rápidamente con llave. Mientras él se sacaba las botas embarradas, ella le echó la toalla sobre la cabeza.

—¡Estás calado hasta los huesos!

Rynn le restregó el pelo con vigor.

—Tienes que secarte y entrar en calor. ¡Rápido!

Cuando él estiró el brazo hacia su bicicleta buscando un punto de apoyo, ella le encajó un hombro bajo el brazo. Cargando con casi todo su peso, lo sacó del recibidor.

Él tosió.

Urgió a Mario para que se secara el pelo, lo llevó hasta las escaleras, lo sentó allí y le quitó los calcetines mojados.

—Tenías razón con lo de hacerlo el sábado —dijo ella despegándole la lana mojada de la piel, por encima de los tobillos y los pies—. Es verdad que estaban todos en el partido.

Él respiraba entre dientes, sin dejar de tiritar; era incapaz de pronunciar palabra, todo el cuerpo se le estremecía.

—Tengo un baño caliente esperándote en el piso de arriba para

cuando te quitemos esta ropa mojada. ¡Date prisa!

Ella le sacó a tirones el pesado jersey. Le desabotonó la camisa helada, despegándosela de los hombros pálidos y temblorosos.

—Tendría que haberte ayudado allá fuera.

Le desabrochó el cinturón. A él le temblaban las manos y las tenía azules por el frío, pero consiguió bajarse la cremallera para que ella le quitara los pantalones. Desde debajo de la toalla, como una tienda de campaña sobre su cabeza, los negros ojos del niño la miraron fijamente, y sintió una punzada de culpa. Él sabía perfectamente lo que estaba pensando, y mientras le bajaba los pantalones Rynn tuvo buen cuidado de no fijarse en sus piernas para comprobar si eran deformes. Ambas extremidades, hasta donde alcanzó a ver, presentaban el mismo aspecto, igual de pálidas y lampiñas; las dos temblorosas de frío.

—Es como dejar que alguien te mire el diente roto —dijo él.

Rynn lo atrajo hacia ella y lo envolvió con la toalla.

—Vamos.

Pero después de un solo paso, ella se quedó paralizada. Él se levantó la toalla de la cabeza.

—¿Has oído algo?

—No.

—¿Entonces?

—Nada —dijo ella, pero estaba temblando.

—No te preocupes tanto. La lluvia no va a arrastrar la tierra del jardín.

Mario la rodeó con un brazo. Ahora era él quien la estaba ayudando a subir las escaleras.

—Vamos. Y no te preocupes. Cavé muy hondo.

Rynn, tensa, no se movió. La atenazaba algo peor incluso que la preocupación por que la lluvia desenterrara lo que antes había estado en el sótano.

Apenas fue capaz de decirlo en voz alta.

—El paraguas. Nos hemos olvidado del…

—Está *con ella*.

Desde el cuarto de baño del piso de arriba oyeron el timbre del teléfono de la cocina, una y otra vez, durante mucho más tiempo del que la mayoría de la gente lo habría dejado sonar. Rynn, que se estaba secando los brazos con una toalla, corrió escaleras abajo y

contestó.

—¿Sí?

Quien fuera que estaba llamando no había colgado aún, pero no dijo nada. Silencio. Gracias al instinto, que a veces nos permite sacar conclusiones mucho más rápido que la lógica, Rynn supo que Frank Hallet estaba allá fuera, en algún lugar de aquella lluviosa tarde de sábado, respirando al teléfono. Se esforzó por sonar tranquila, y cuando habló su voz resultó en exceso plana, en exceso serena, en exceso controlada.

—¿Señor Hallet?

¿Dónde estaba? ¿En la inmobiliaria? ¿En su casa? ¿En alguna cabina de teléfono? Daba igual; él sabía dónde estaba ella, y se hallaba a la espera.

—Sé que es usted, señor Hallet. Esta tarde todo el mundo está en el partido. —Prestó aspereza a su voz, la misma aspereza que había oído emplear a las mujeres londinenses para dirigirse a los dependientes de las tiendas y los camareros—. Señor Hallet, debería usted saber que le he contado a mi padre lo que pasó el sábado pasado por la noche. Me temo que ha considerado necesario dar parte de su comportamiento a la policía. En este mismo momento tienen mi casa bajo vigilancia.

Debería haber colgado. Se mantuvo a la escucha, se percató, unos segundos de más antes de cortar la comunicación. Esperaba que aquella manera de poner fin a la llamada no le confirmara al hombre lo que seguramente ya sospechaba: que ella estaba aterrada. Eso era lo último que Rynn quería.

En el recibidor, recogió la ropa mojada del Mario y la acercó a la chimenea. Dejó caer al suelo las botas embarradas, colgó la camisa del respaldo de la mecedora y los calcetines de los reposabrazos. Los Levi's los sacudió y los colgó de un costado de la mesa de café, frente al fuego.

Con el atizador, empujó unas hojas de periódico arrugadas contra las brasas hasta que el papel empezó a arder. Añadió trocitos de corteza que sacó de la leñera y luego un tronco. Extrajo un disco de su funda. Bajó el volumen del equipo de música; el Concierto para piano de Liszt sonó en la habitación.

Un calcetín se cayó del reposabrazos de la mecedora. Al recogerlo, vio que tenía un agujero en el talón.

Se volvió para mirar hacia las escaleras.

Era un efecto de la luz, claro estaba, pero por un instante le había parecido ver la silueta de su padre, pipa incluida.

—Bonita bata —dijo Mario—. Hasta es de mi talla.

Rynn lanzó el calcetín a la mecedora y corrió hacia el niño, que estaba al pie de las escaleras con una toalla alrededor del cuello. Se sacó la pipa de la boca y se la tendió.

—Estaba en el bolsillo.

La mano de Rynn estrechó la pipa, reconociendo su familiar forma. Con la otra mano hizo un gesto al niño.

—Estarás más a gusto junto al fuego.

A la luz de la chimenea, Rynn se arrodilló a su lado para secarle el pelo con la toalla.

—¿Quién ha llamado?

—Nadie.

Siguió frotándole el pelo.

—¿Rynn?

—En serio. Quien fuera no ha dicho nada.

—¿Hallet?

—Por supuesto.

—Pervertido —dijo él y tosió.

—Sigues temblando.

Rynn cogió una manta del sofá, la desplegó y envolvió con ella al niño.

—Ven aquí. Acércate al fuego. Y, Mario, una cosa: no tirites. Por favor.

—Vale —dijo él, como si pudiera controlar de algún modo el frío contra el que el baño caliente, la bata de lana y la manta nada habían podido hacer.

—Estás helado.

Ella le apoyó las manos en los hombros y se las deslizó hacia el pecho por debajo de la bata. Frotó.

—¿Mejor así?

Mario le besó el brazo cuando este le pasó junto a la cara. Era la primera vez que la tocaba con los labios. Ese contacto provocó un silencio que ninguno de los dos supo llenar.

Ella le acarició el pecho con las palmas de las manos, dejándolas vagar sobre las finas costillas y los músculos jóvenes y firmes del

estómago, que se contrajeron a su paso.

—Está oscureciendo —dijo él, pero casi toda la voz se le atascó en la garganta.

Ella recostó la cabeza en el hueco entre el cuello y el hombro de él. Sus manos se abrieron paso hasta la espalda y volvieron a subir hacia los hombros. Cuando bajaron de nuevo, pasando por el pecho, las costillas, el estremecido vientre, él ahogó un jadeo.

El niño sentía en la oreja el calor de la respiración de Rynn.

—Mario.

Él no dijo nada.

—Si quieres —dijo ella en una voz tan baja que él dudó de haberla oído—, me meto en la cama contigo.

Sin atreverse a mirarla, él se aclaró la garganta.

—O, si lo prefieres, podemos quedarnos junto al fuego. Acerco el sofá.

Ella se levantó, apartó la mesa de café y giró el sofá para colocarlo mirando a la chimenea. Fue a coger la manta con que Mario estaba envuelto para extenderla sobre los almohadones, pero el niño se aferró a ella.

Él aceptó su ofrecimiento y tomó asiento en el sofá, dejando caer la cabeza entre los hombros encorvados. No vio cómo ella se quitaba el jersey negro, se bajaba la cremallera de los Levi's y se los quitaba, dejando ver unas piernas tersas y doradas. Se tumbó junto a él en el sofá y extendió la manta sobre los dos.

Se acurrucó contra el niño, la cara pegada a su cuello. Lo notó tenso, a la espera de que ella dijera algo.

—¿Mejor? —susurró.

Él asintió con la cabeza; no dijo palabra. La rodeó con un brazo y permanecieron tumbados, pegados el uno al otro, mirando el techo, donde la luz de las llamas hacía bailar las sombras entre las vigas. El concierto concluyó con un último arrebato, un estallido de notas relucientes. La aguja se levantó del disco.

El único sonido que quedaba era el tamborileo de la lluvia.

Mario tosió, tosió de nuevo y se tapó la cara con la mano. Rynn le tocó la boca con los dedos.

—Shhh.

Vieron cómo las sombras se adensaban en el techo a medida que se consumía la luz de la habitación.

—Tu pelo —dijo ella.

—¿Qué pasa?

—¿Ya está seco?

La pregunta le dio derecho a pasar los dedos entre la maraña de rizos del niño. Su mano se demoró allí, acariciándole la cabeza. Tenía los músculos de la nuca duros como rocas.

—¿Mario el Mago?

—Ya sé lo que vas a preguntarme.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—Cientos de veces.

—Tantas como yo he fumado hachís —dijo ella, besándole el cuello. Le recorrió la cara con la punta de un dedo.

Pero Mario no se rio. Ella dejó caer su mano hasta el hombro.

Se quedaron mirando fijamente las vigas del techo, ahora casi completamente a oscuras.

¿Había transcurrido una hora? ¿Dos? La chimenea ya no emitía luz. Las ascuas habían palidecido. Rynn tiritaba. La única manta que tenían no era lo bastante grande para darles calor a ambos. Irguiéndose apoyada en un codo, miró a Mario. Para su asombro, se encontró con que los ojos del niño brillaban, anegados en lágrimas.

—Voy a por otra manta —susurró.

Él negó con la cabeza y ella se preguntó qué había querido decir. Mario llevaba tanto rato callado que ella empezaba a pensar que a lo mejor quería que lo dejara solo.

—En cuanto entres en calor, todo irá bien —dijo ella—. Se estará de maravilla. De verdad que sí. Ya lo verás.

Cuando ella se levantó, él apartó el rostro, le temblaban los hombros. Estaba llorando.

Rynn volvió al sofá y se tumbó muy quieta. La última vez que había intentado tocarlo, él se había apartado. ¿Qué podía hacer?

—¿Mario?

Él se sentó. Alargó un brazo por encima de Rynn y cogió su camisa, todavía húmeda, del respaldo de la mecedora.

—¿Mario?

Él no dijo nada. Se puso la camisa.

Para su sorpresa, ella misma le proporcionó la excusa.

—¿Te esperan en casa para cenar?

Abotonándose la camisa, él asintió.

Las palabras nunca le habían parecido tan impotentes.

—¿Mario?

El niño bajó sus blancas piernas del sofá.

No podía dejar que se fuera.

Todos los instintos de Rynn clamaban para que dijera algo, cualquier cosa que consiguiera que él dejara de abotonarse la camisa.

—No fue culpa tuya —dijo ella, y en cuanto las palabras salieron de su boca percibió que él se ponía en tensión, y deseó con todas sus fuerzas no haber dicho nada. Tendría que haber ignorado su instinto y haberse callado. Hasta aquel momento ella no había cuestionado tales impulsos. Ahora le estaban fallando. ¿Qué debería haber dicho? A lo largo de la última hora, no había dicho nada, o prácticamente nada, y tampoco eso había servido de ayuda.

Mario metió una pierna en los pantalones. Se puso en pie para introducir la otra.

Ella se atrevió a hablar de nuevo, tan solo porque no podía soportar más el silencio.

—¿Tan malo sería que no te fueras? ¿Que tu familia se enterara de lo nuestro?

Como si estuviera enfadado con su camisa, Mario se la remetió a tirones y se subió la cremallera de los vaqueros.

—¿Mario?

Él ya se había puesto un calcetín mojado y estaba buscando el otro.

—Tu tío Ron ya lo sabe.

—Querrían saberlo todo sobre ti. Hasta el último puto detalle. Mentir no se me da tan bien como a ti.

«No lo ha dicho para herirme», susurró ella para sí misma.

Él cogió las botas mojadas.

—Como decía tu padre en la carta, ¿desde cuándo se deja que los niños hagan lo que quieran?

Ella se levantó. Sintió el frío de las losas de piedra ante la chimenea en los pies descalzos y se envolvió en la manta. Lo siguió al recibidor sin decir palabra, incapaz de pensar cómo impedir que él sacara su bicicleta de la entrada y abriera la puerta.

Fuera caía una lluvia mansa, las gotitas brillaban a la luz de la bombilla. Ella le ofreció el impermeable de su padre y Mario se lo

puso y se levantó el cuello.

—¿Vuelves luego?

¿La había oído?

Ella le oyó toser. Ya se había montado en la bicicleta y había desaparecido noche adentro. Rynn cerró la puerta y volvió al salón. Envuelta en la manta, se sentó a solas en la oscuridad.

15

Más tarde, esa misma noche, la casa se hallaba a oscuras salvo por un tenue resplandor rojizo en la chimenea.

Una llamada a la puerta quedó sin respuesta.

Nada se movió en la oscuridad.

Una llamada más fuerte. Luego otra.

En el piso de arriba se encendió una luz y Rynn bajó la escalera poniéndose el jersey. Se apresuró hacia el recibidor. Se detuvo ante la puerta.

—¿Quién es?

—Ron Miglioriti.

Con la mano en la manilla, Rynn echó un vistazo al salón. Había apartado el sofá de la chimenea y lo había empujado de vuelta a su sitio; la ropa de Mario había desaparecido, y hasta había vuelto a llevar la manta al piso de arriba. No había nada sospechoso en la habitación, nada que el agente no debiera ver, no había motivo alguno para no abrir la puerta.

Ron Miglioriti llevaba la misma ropa de civil que el sábado anterior. Solo la camisa era distinta. Recién estrenada, sin duda, con adornos de encaje en el cuello y los puños.

—Hola —dijo él con su amplia sonrisa—. Como ves, vengo a hacer mi visita habitual de los sábados por la noche.

Rynn se retiró de la puerta, una forma de decirle que no había inconveniente para que, si el agente lo deseaba, entrara en la casa; era bienvenido.

—¿Estás bien?

—Claro. Muy bien.

La sonrisa de Miglioriti se hizo aún mayor y más deslumbrante.

—Por si acaso.

—Quiero decir, se lo agradezco, pero de verdad que no debe preocuparse por mí.

Se preguntó si el agente se habría percatado de que se le había pegado lo de «quiero decir» de Mario. Lo dudaba. Él estaba demasiado concentrado en que todo cuanto decía sonara informal, despreocupado.

—Pasaba por aquí.

—¿Un té?

—No puedo quedarme.

—¿Lo espera su chica neumática? —Rynn sonrió—. Lo siento. Le he oído esa expresión a Mario. Suena a que voy de listilla, ¿no?

—Precisamente de listilla no creo que vayas.

¿Qué había querido decir? ¿Que sí iba de otras cosas? Seguramente no, en absoluto. A veces el inglés de Estados Unidos era muy impreciso. Nunca se sabía lo que la gente quería decir de verdad. La sacaba de quicio.

El agente había vuelto la mirada al salón. Rynn encendió la luz para que pudiera ver que allí todo estaba en orden.

—¿Estás sola? —preguntó él.

—Con mi padre.

Miglioriti no la miró, sino que continuó observando la habitación, sin decir nada.

Ella sabía que él guardaba silencio porque responder habría significado dar pie a una cadena de preguntas y respuestas acerca de su padre, y él no podría tomar por cierta ninguna de ellas. Ya había pasado por eso en dos ocasiones. No volvería a jugar a ese juego con la niña. No por tercera vez.

—Rynn, supongo que a estas alturas ya te has dado cuenta de que no me creo lo que has venido diciéndome sobre tu padre.

—¿No? —Su tono fue más que frío, casi altivo.

—Mira. Es normal que fingieras que tu padre se hallaba presente cuando estabas con Mario. No tienes que decirme cuánto gustan las habladurías en los pueblos pequeños. Pero lo que no comprendo es por qué insistes en seguir con la farsa cuando los dos sabemos que tu padre no está. Tu padre no ha estado aquí…

La niña lo miró a los ojos, una mirada que lo hizo callar. El agente se pasó los dedos por el pelo.

—Y no hagas como si acabara de darle una patada a su majestad

la reina o algo así. No te creí la primera vez que me lo dijiste. Mira. Tenía la esperanza de que me acabarías ayudando. He estado esperando a que me dijeras dónde está.

Ella siguió mirándolo sin responder.

—Vas a ayudarme. ¿A que sí?

—Me pregunto si sabe usted lo condescendiente que está siendo.

—Si sueno así, lo siento, pero todavía no me has dado una respuesta clara. —Se acercó a la puerta del estudio—. Si intento abrir esa puerta, ¿vas a decirme que él está ahí, trabajando?

—No. Pero *ha estado* trabajando. Traduciendo. Toda la tarde.

—Ya veo. —Miglioriti no pudo disimular el enojo por haber dejado que la niña se deslizara de nuevo a su jueguecito. Con una exagerada demostración de paciencia, como alguien que hubiera contado la misma historia demasiadas veces, repitiendo las frases hasta el hartazgo, dijo—: ¿Pero ahora no está ahí? ¿Es eso? No importa. No tengo toda la noche. Lo que hagas es asunto tuyo, pero…

—¿He incumplido alguna ley?

—No que yo sepa.

—¿He hecho algo malo?

—Rynn, ¿por qué no me hablas de tu padre?

—¿No está haciendo usted esperar a su chica?

—Eso es cosa mía.

Ella se apartó el cabello de la cara con un movimiento arrogante. Con una mano, se alisó el pelo sobre el hombro.

—¿Qué quiere saber?

—Quiero saber dónde está tu padre.

—¿Ahora?

—Eso es.

—Ahora está arriba. Descansando.

Miglioriti ya no sonreía.

—Mira. He estado en esta casa tres veces. Y siempre me ha impresionado lo bien que te manejas con las palabras. Tienes mucho cuidado con lo que dices. *Demasiado* cuidado, me parece a mí.

—¿No cree que él esté arriba?

—Me temo que nunca he creído ni una palabra de lo que dices.

La niña corrió al pie de las escaleras.

—¿Padre? —Subió hasta la mitad de las escaleras y llamó de nuevo—: ¿Padre?

Antes de que Miglioriti pudiera decidir si había oído una voz responderle, ella bajó corriendo las escaleras y regresó a su lado.

—Baja ahora.

—¿Señor Jacobs? —La voz de Miglioriti resonó como un disparo en la casa diminuta.

—Tiene usted toda la razón, por supuesto —dijo la niña—. No siempre he dicho la verdad. Es porque —agachó la vista para mirarse el jersey negro y tiró de la cintura hacia abajo—, bueno, ya sabe, la verdad es que mi padre no siempre se encuentra bien.

Se detuvo como si hubiera mucho, mucho más que decir, pero no pudiera.

El agente le aseguró que no tenía prisa, escucharía todo cuanto ella decidiera contarle.

—Ya sabe, los poetas no son como el resto del mundo.

—Hace un minuto me has acusado de sonar condescendiente.

Ella no se disculpó.

—A lo mejor no se hace usted cargo. Por ejemplo, Edgar Allan Poe era drogadicto. Dylan Thomas bebió hasta matarse. Sylvia Plath se suicidó.

—Estamos hablando de tu padre.

—Mi padre —dijo ella— a veces se mete en esa habitación y cierra la puerta con llave. Guarda algo en su escritorio. No serviría de nada que me preguntara usted qué es; no lo sé. Pero cuando cierra la puerta sé que es porque no quiere que lo vea en ese estado.

La cara de Miglioriti no expresaba nada, ni aceptación ni incredulidad. La niña lo acompañó hasta la puerta del estudio. Él tentó el pomo. La puerta no se abrió.

—Si no está ahí dentro ahora, ¿por qué está cerrada la puerta?

—¿No me cree cuando le digo que está arriba?

—Quiero entrar en esta habitación.

—¿En Estados Unidos la policía puede echar las puertas abajo? ¿No necesita una orden de registro o algo así?

Él extendió la mano.

—Por favor, dame la Nave.

La niña fue corriendo al pie de las escaleras.

—¡Padre!

—¡Dame la llave! —repitió Miglioriti.

—Está arriba. —Y demasiado rápido, añadió—: La tiene él.

—¡Pues ve a por ella!

Se giró enfadada y subió las escaleras.

En su ausencia, Miglioriti registró el salón. Levantó los almohadones del sofá, no encontró nada y volvió a colocarlos en su sitio. Abrió la leñera y bajó sigilosamente la tapa. Cogió el libro de poemas de la repisa de la chimenea.

—Quería usted la llave.

Al volverse, se encontró con Rynn, que sostenía una pequeña llave de latón. Dejó el libro en su sitio, tomó la llave y la introdujo en la cerradura. Se disponía a girarla cuando oyó una voz en lo alto de las escaleras.

—¿Sí, agente?

Estupefacto, Miglioriti miró hacia el piso de arriba. Recortada por la luz, vio la silueta de un hombre con bata y lo que parecían unos pantalones grises de franela. El hombre descendió un par de escalones, tras lo cual tuvo que sujetarse a la barandilla.

—Confío en que me disculpe si no bajo. No me encuentro del todo bien, me temo.

—Padre, este es el agente Miglioriti. Ya te he hablado de él.

—Buenas noches, señor —consiguió decir el agente—. Lamento molestarle.

—No hay problema. Soy yo quien debe disculparse. Al parecer ha estado usted tratando de localizarme. Y yo quería agradecerle que haya venido por aquí, aunque dudo mucho que mi hija y yo merezcamos tantas preocupaciones. Rynn, no te quedes ahí. Ofrece algo de beber a nuestro amigo.

—No, gracias, señor. —Miglioriti se acercó al pie de las escaleras. Cuando la luz cayó sobre el rostro del anciano, el agente distinguió el cabello canoso de Jacobs, poéticamente largo, y la barba recortada con mimo.

—Le confieso que estoy un poco cansado. Esta ciudad suya de Nueva de York no es, me temo, un lugar muy tranquilo. Pero eso, como suele decirse, no viene al caso. ¿En qué podemos ayudarle mi hija y yo?

—No hay ningún problema, señor. —Mientras los dedos de Miglioriti se hundían en su pelo, echó un vistazo a la puerta. Rynn

vio que nada que el hombre pudiera hacer o decir disimularía sus ganas desesperadas de salir de allí.

—Rynn, ve al estudio y trae uno de mis libros, por favor. —La niña empujó la puerta que Miglioriti había abierto—. Y una pluma —dijo el poeta.

Cuando ella volvió con un libro y una pluma, el hombre barbudo de las escaleras se había apoyado en la pared y estaba hablando.

—Le pido disculpas porque hasta ahora nunca hayamos acertado a encontrarnos usted y yo. —Cogió el libro que le tendía la niña—. Rynn me ha dicho que le debemos un ejemplar firmado. —Tosió—. ¿Sería tan amable de deletrear Miglioriti?

—Ron está bien.

—Perfecto.

Jacobs escribió en el libro y se lo dio a Rynn, que se lo llevó al policía.

—Gracias, señor.

—Mi hija me ha dicho que tiene usted a una señorita esperando en el coche. ¿Le agradaría a ella otro ejemplar del libro?

—No creo que le guste mucho la poesía.

Miglioriti se rio. El hombre en las escaleras también, al cabo del momento que necesitó para captar la broma.

Miglioriti ya estaba retrocediendo hacia la puerta.

—Me alegro de haberlo conocido, señor.

El hombre de la escalera se cerró mejor el cuello de la bata e hizo un gesto de despedida.

—Ha sido un placer, agente. A menos que me vea obligado a regresar a Inglaterra por cuestiones de trabajo en fechas próximas, espero sinceramente que volvamos a vernos. —Y añadió, con una carcajada—: En sociedad, quiero decir.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches. —Había parecido muy cansado, pero su despedida tuvo un alegre tono cantarín, muy inglés. Se dio la vuelta y subió despacio las escaleras.

En la puerta, Miglioriti se detuvo y miró a Rynn.

—Creo que te debo una disculpa.

—¿Por qué? ¿Por cumplir con su deber?

Él le devolvió la llave.

—Buenas noches. —Abrió la puerta y desapareció en la

oscuridad.

—Buenas noches —dijo ella.

16

Rynn se quedó mirando el coche patrulla desaparecer por el camino. Luego cerró despacio la puerta, echó la llave y, con un estallido de risa incontrolada, subió las escaleras de tres en tres.

—¡Mario el Mago!

Exultante, corrió a su dormitorio, pero se detuvo en el umbral, resuelta a prolongar el júbilo. Se apoyó contra una jamba. El dormitorio era blanco y amarillo. Los paneles de madera machihembrados, el techo abuhardillado bajo los aleros, todo resplandecía de blanco. Las cortinas, de un amarillo luminoso punteadas de diminutas rosas blancas, reflejaban la luz amarilla de la lámpara, alegre como un amanecer de mayo. Una colcha del mismo color estaba medio caída de la cama, que refulgía con la mezcla de amarillos y blancos.

Su habitación. Siempre había sido su habitación, para ella sola. Pero ahora Mario, vestido con la ropa de su padre, estaba sentado en el borde de la cama, con una caja de pañuelos de papel en el regazo.

—Tu voz —dijo ella—. Absolutamente perfecta. Tan grave.

—El puto resfriado. —Sofocó un estornudo con un pañuelo.

—Has sonado muy inglés.

—Me escribiste un buen diálogo. —Ofreció el perfil barbudo a la niña, se encajó la pipa en la boca y habló como había hecho con Miglioriti—. Rynn me ha dicho que le debemos un ejemplar firmado.

—¡Maravilloso! —dijo ella riendo, el rostro resplandeciente de felicidad.

—¿Sería tan amable de deletrear Miglioriti?

—¡Eso ha sido idea tuya!

Rompieron a reír. Embriagada de júbilo, Rynn a punto estuvo de tropezar de camino a la cama.

—Lo más genial es que no hay punto débil. No creo que lo haga, pero si tu tío Ron lleva su libro al banco o a la inmobiliaria de los Hallet y compara la firma con la de algún cheque o con la del contrato de alquiler, verá que coinciden; mi padre había dejado firmado ese ejemplar.

Mario se sonó la nariz.

—Así que, mira por dónde, no solo eres buen actor: también falsificas firmas de maravilla.

Despacio y con cuidado, como si arrancara la costra de una herida a medio curar, Mario se despegó el bigote y la barba.

—Tengo talento, ¿qué quieres que te diga? —dijo desprendiéndose del labio un pelo suelto del bigote.

Rynn se sacó el jersey negro, se quitó a tirones los vaqueros y se metió de un salto en la cama. Le arrancó la barba al niño y la dejó colgada en un poste del cabecero. Al verla ahí, ninguno pudo contener las carcajadas.

—Si no llegas a volver, ¿cómo habría sabido yo que tu tío Ron vendría esta noche?

—Habría tenido que llamar por teléfono.

—No debes. Nunca. Ya lo hemos hablado. —Rynn le desató el cinturón de la bata y le abrió el cuello dejando a la vista los hombros.

—Habría vuelto de todos modos.

—Eso esperaba.

—Lo que pasa…

—Cariño, *lo sé*.

—Quiero decir que después de lo que pasó, o de lo que no pasó la primera vez… No sabes lo mal que se sienten los tíos con esas cosas. Dios, estaba acojonado de que fuera a pasar lo mismo otra vez.

Rynn le besó un hombro pálido.

—Uf —dijo él—. Tendría que haberle dicho a mi tío Ron lo que estaba interrumpiendo, ¿eh?

La voz de la niña le llegó apagada desde su espalda.

—Los caballeros —dijo ella con acento exageradamente inglés— no tienen memoria.

—Eso será en Inglaterra. Aquí recuerdan hasta el último detalle.

Ella despegó la cara de su hombro y lo observó quitarse la bata y dejarse caer sobre la almohada con una sonrisa de oreja a oreja.

—Seguro que la mitad…, no, qué coño, la mayoría de los chicos del equipo de fútbol hablan mucho pero nunca lo han hecho.

Su mirada se encontró con la de Rynn. La luz que se filtraba por la pantalla amarilla de la lámpara hacía que los ojos de la niña parecieran más verdes que nunca. Él le contó las pecas, una a una, con la punta del índice.

—Sabes que no se lo diré a nadie.

Ella le trazó una cruz sobre el corazón con el dedo.

—Ahora es como si lo hubieras jurado.

—Hablo en serio, Rynn.

Ella sonrió, pero notó que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Cómo puedes pensar que no confío en ti? —dijo él. Ella nunca había visto una expresión más solemne en sus negros ojos—. La mayoría de la gente no pasa en toda su vida por lo que hemos pasado nosotros.

Rynn le dio un beso liviano detrás de la oreja.

—Nadie sabrá lo nuestro.

Ella se movió, pero solo para subir la sábana y la colcha y taparlos hasta los hombros. Apoyó la barbilla en el pecho de Mario de manera que pudiera mirarlo a la cara.

—¿Ves como te necesito?

—A menos —dijo él, retomando el acento inglés—, a menos que me vea obligado a regresar a Inglaterra por cuestiones de trabajo, sin duda volveremos a vernos.

Se apretaron más uno contra el otro.

—Lo que pasa es que —la voz de la niña sonó distante, una de esas voces que vacilan a la hora de concretar en palabras el miedo de quien habla— acabarán preguntándose dónde estás.

—¿Quiénes?

—Ya me lo has preguntado.

—No has respondido.

—Todos. Tu familia, para empezar. Tu tío. —Apenas tuvo fuerzas para añadir—: Hallet.

Mario supo que no había terminado de hablar.

—Ya se están preguntando por qué casi nunca me dejo ver por el

pueblo. —Sonreía para sí misma—. No podemos permitir que también se hagan preguntas sobre ti.

—¿Por qué sonríes?

—Por ti. Por mí.

—No. Estabas pensando en algo más.

—Emily Dickinson.

—¿Y en que nunca salía de su casa salvo cuando no tenía más remedio?

—«Salvo que la urgencia me lleve de la mano».

—¿Crees que tenía algún maromo escondido en su habitación?

—Eso espero. —Se rio, con los labios pegados a los de él—. Aun así —susurró—, debemos tener cuidado.

—Cierto.

—Ser previsores. Ser previsores y estar preparados para plantarles cara todo el tiempo.

—¿Rynn?

—¿Mmm?

—¿Crees que podemos?

—Por supuesto.

—Me refiero a vivir como tú. ¿Te acuerdas de cuando te pregunté si sería tan terrible que tuvieras que plegarte a su juego?

Ella apartó los labios de su cara. Lo miró desafiante.

—En su juego, tú estarías ahora en tu casa cenando los espantosos espaguetis de tu madre y viendo algún programa estúpido en la tele. Yo estaría sola.

Mario apartó la mirada y pareció estudiar la inclinación de los aleros.

—¿Mario?

—¿Mmm?

—¿Lo entiendes?

—Claro.

—Quiero decir que por eso has hecho todo lo que has hecho. Si no seguimos adelante seremos como todos los demás. ¿Alguna vez te has fijado en ellos? ¿Te has fijado de verdad? Tú no quieres ser como los demás, ¿a que no?

—Supongo que no.

Ella se incorporó apoyándose en un codo para mirarlo fijamente.

Él no le devolvió la mirada cuando le dijo con toda la calma del

mundo:

—¿Alguna vez has pensado que a lo mejor estoy jugando a tu juego?

—¡Lo hiciste porque querías!

—Lo hice porque te quiero.

Ella buscó su mirada.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Estás intentando no estornudar. —Se estiró para coger de la mesilla de noche un puñado de pañuelos de papel.

El niño tuvo el tiempo justo de tomar uno antes de explotar.

—Te voy a contagiar el resfriado —d jo él.

—Me encantaría. —Para demostrar la sinceridad de sus palabras, lo besó en la boca con ganas. Era cierto; la cara, la frente de Mario estaban ardiendo.

—Estás muy caliente.

—¿Adivinas por qué?

Los dos se rieron.

—¿Mario?

—¿Mmm? —El muy inglés «mmm» era algo que había aprendido de Rynn.

—Cuando te dije que no me importa estar sola, mentí.

Con más suavidad que ella, Mario besó a Rynn en el rostro, en los ojos, un lugar que, hasta ese instante, Rynn nunca había imaginado que se pudiera besar. Ella supo que él estaba saboreando las lágrimas que se le escapaban entre los párpados cerrados y que le bajaban por las mejillas. Lloraba, reía; sus sentimientos cambiaban con tanta rapidez que no encontraba el modo ni el tiempo para averiguar por qué, tan solo tenía tiempo para sentir; era mucho lo que estaba sucediendo.

—Intento ser valiente, como mi padre me pidió, pero a veces todo me da miedo, y entonces…

—Shhh. —Los labios del niño sellaron los de ella.

—Mi querido, queridísimo Mario, no te vayas nunca. ¿Me lo prometes?

El cuerpo firme y joven de Mario se ajustaba al de ella desde la coronilla hasta la punta de los pies. Tan cambiante como la risa y las lágrimas de la niña, él ardía ahora y un momento después

temblaba de frío.

Se dieron y recibieron tanto consuelo como pudieron dar y recibir, cada parte de ellos tratando de unirlos en uno solo, hasta que les fue imposible distinguir al que prestaba consuelo del que lo recibía.

17

—El olor a hojas quemadas me recuerda a Londres. —Era martes por la tarde y Rynn estaba hablando con el agente Miglioriti. El sol brillaba, pero hacía suficiente frío como para llevar puesta la trenca —. ¿No es increíble? Todas esas hojas, todas las hojas del mundo, en realidad, tienen que desaparecer para que todo pueda volver a llenarse de hojas al año siguiente.

El agente Miglioriti no había ido para hablar de las hojas otoñales, y aunque intentaba que su presencia allí pareciera improvisada, estaba empezando a impacientarse.

Rynn había estado podando los crisantemos, arrancando los tallos muertos de las zinnias, rastrillando la hojarasca hasta formar un montón al que había prendido fuego y del que se alzaba humo en volutas.

Entre la humareda había visto el coche patrulla aparecer por el camino. Antes de que el conductor pudiera verla a ella, oculta como estaba entre la maleza, Rynn había entrado corriendo en la casa y encendido un Gauloises para que el salón oliera a tabaco. Desde la ventana, camuflada por el humo que desprendían las hojas, vio al policía detener el vehículo. Cuando le pareció que la habitación ya olía suficiente a tabaco francés, salió a toda prisa y tiró el Gauloises a las llamas antes de que Miglioriti se acercara.

—Qué bonito día —había dicho el agente.

—Precioso. —Luego la niña dijo—: A los ingleses nos vuelven locos los jardines.

Hablaron de cosas sin importancia mientras ella esperaba a que Miglioriti le dijera el motivo de su visita. Hizo rodar bellotas verdes y castañas de indias marrones hasta el fuego. Por fin el policía se dignó hablar.

—Mientras el suelo sigue mojado, puede ser buena idea echar un vistazo, por si tú y tu padre habéis tenido visita.

—Muy bien —dijo ella.

—No quiero molestarte.

—No me molesta. Me encantará ayudarle. Si a usted no le importa. Adoro las historias de detectives. ¿Ha leído a Agatha Christie? Muchos de sus asesinatos tienen lugar en Inglaterra, en los rincones más antiguos del país. No es que esos rincones existan de verdad, pero aun así es agradable imaginárselos.

Caminaron a la par hasta la esquina de la casa.

—En Inglaterra siempre tuvimos jardín. Incluso en Londres, un jardincito precioso en la parte de atrás, lleno de dalias, bocas de dragón, gladiolos y delfinios. ¿O se dice delfinias?

Se estaban acercando a la parra.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó ella con excesivo entusiasmo, como si aquello solo fuera un juego de detectives—. ¿Huellas?

Miglioriti apartó unas hojas del suelo con el pie. Ella supo al instante que era imposible que no advirtiera la tierra revuelta hacía poco.

Rynn copió el tono despreocupado del agente para explicarle que aquel era un nuevo parterre de tulipanes que su padre y ella habían estado preparando. Habían plantado tulipanes papagayo.

El agente examinó el suelo y las hojas que lo cubrían.

—¿Conoce usted los tulipanes papagayo? —Siguió charlando ella, cual típica jardinera inglesa que enseña su terreno a un visitante—. Bordes irregulares, colores de lo más brillantes. Supongo que por eso los llaman tulipanes papagayo.

Caminó sobre la hojarasca crujiente y se asomó a la ventana abierta bajo la pérgola.

—Padre, es el agente Miglioriti. —Se volvió hacia el policía—. ¿Quiere usted pasar?

Miglioriti miró en derredor; arrancó un racimo de uvas arrugadas y lo tiró.

—He venido a verte a ti.

—Qué halagador. —La niña bullía de jolgorio.

Miglioriti tomó una manzana que aún colgaba del árbol crucificado contra la casa.

—Quédesela si quiere —dijo ella.

Pero el agente dejó caer la manzana al pie de la fachada.

—He venido a verte.

—Eso ya lo ha dicho.

—Debo decir que no te entiendo en absoluto.

Sus negros ojos buscaron la mirada de la niña, y ella, por hacer algo, se estiró el jersey negro sobre la cadera.

—Quiero decir, ¿qué es lo que no entiende?

Los pesados zapatos del policía barrieron las hojas del suelo.

—Echa un vistazo —dijo.

—¿Huellas?

—Míralo tú misma.

—¿Le dicen algo?

—Nada concluyente —dijo sin investir sus palabras de significado, una expresión recurrente en su trabajo, una expresión que no explicaba nada pero que servía para zanjar cuestiones.

Como el agente estaba de espaldas, Rynn no podía verle la cara, pero tuvo la sensación de que estaba a punto de repetir aquello de que no la entendía. Debía permanecer alerta.

—No me has preguntado por Mario —dijo él por fin.

A Rynn se le escapó un sollozo. Las lágrimas se le agolparon en los ojos. El agente había roto su guardia, que era exactamente lo que él quería.

—No sé nada de él desde el sábado. Tres días enteros sin que…

—¿No te has enterado?

—¿De qué?

—Está en el hospital.

Ella cerró los ojos y aguardó.

—Neumonía.

—No sabía nada. ¿Es grave?

—Sin antibióticos, seguramente habría muerto.

—¡Nadie me lo dijo!

—Lo siento. Creí que lo sabías.

—¿Cómo iba a saberlo? ¡Tendría que haberme avisado enseguida!

La niña ya no hacía esfuerzos por dominarse. Las lágrimas le habían hecho olvidar lo que yacía bajo la tierra sobre la que se encontraban.

—Vives muy aislada en este camino.

—¡Tengo que verlo!

—¿Puedes ir ahora mismo?

Rynn ya estaba corriendo hacia el coche patrulla. Miglioriti se acercó al montón de hojas secas, lo esparció y apagó el fuego.

Ella lo estaba esperando en el coche.

—¿Lo ha visto usted?

El agente asintió.

—¿Cómo está?

—Delira. Balbucea. No deja de hablar solo.

Rynn se quedó helada, sintió que se vaciaba. El corazón le golpeó la garganta.

—Dice incoherencias.

—¿Sí?

—Sobre vosotros dos.

—¿Sí?

—No deja de decir cuánto te quiere.

El rostro de Rynn estaba mojado y brillante por las lágrimas. Rebuscó en sus bolsillos. Sacó un peine, se lo pasó por el pelo, se le cayó. Volvió a meter las manos en los bolsillos.

—Necesito mi cartera. Tengo… —Corrió a la casa.

Cuando bajó las escaleras se encontró a Miglioriti en el salón, cerrando la tapa de la caja que contenía los frascos de mermelada.

Rynn esperó en el recibidor.

—Estoy lista.

Pero el agente se rezagó junto a la caja.

—¿Nunca llegó a venir?

—¿Quién?

—La señora Hallet.

—No.

—Le dijo a su hijo que iba a venir.

—No vino. ¿Podemos ir al hospital?

—Ya no los necesitará —dijo él. Y añadió rápidamente—: Eso es solo mi opinión, ¿queda claro?

Rynn intentó hablar con serenidad, pero las manos le sudaban dentro de los bolsillos.

—¿La ha… encontrado?

—Aún no.

—Pero ha dicho que…

Él dio un golpecito a la caja con el pie. Los frascos tintinearon. Rodeó la mesa de alas abatibles, pasó por encima de la alfombra trenzada.

—En mi opinión, y si lo repites por ahí tendré que negarlo, no creo que la encontremos nunca.

—¿No? —Ansiaba preguntarle por qué, qué motivos tenía para pensar que nadie encontraría jamás a aquella mujer.

—Vi a Hallet esta mañana. Iba en el Bentley.

Con el más indiferente de los tonos, Rynn preguntó:

—¿Y qué?

—Vámonos. Podemos hablaren el coche. ¿Lista?

Rynn llamó a la puerta del estudio.

—Padre, voy al hospital con el agente Miglioriti. A ver a Mario. Te llamo desde allí para decirte a qué hora vuelvo. Adiós.

Rynn cerró con llave la puerta delantera, dejó encendida la luz de la entrada y corrió a través del humo hacia el camino.

En el coche patrulla, la radio crepitó: una mujer en el Safeway se había olvidado las llaves dentro del coche.

—Yo creo que podemos dejar que se le derrita la comida congelada —dijo Miglioriti— y llevarte primero al hospital.

Rynn nunca había estado en un coche de policía. Se quedó en silencio, a la espera de que la radio volviera a cobrar vida con un crepitar.

—En cuanto a Mario —dijo Miglioriti—, puedes relajarte. Tiene todo lo que necesita.

—Para usted es fácil decirlo.

El agente no le dirigió la mirada, pero sonrió.

—Espero que en circunstancias similares mi rubia dijera lo mismo.

El coche salió del camino y tomó la carretera que llevaba a la autopista.

—Antes estábamos hablando de Frank Hallet y de que va por ahí en el coche de su madre. Me preguntaste de dónde ha sacado las llaves.

—No —dijo la niña—. Lo que dije fue «y qué».

Rynn suplicó que la radio dijera algo, que los interrumpiera con algo más que una mujer que se había quedado tirada en el

aparcamiento de un supermercado, algo que exigiera toda la atención de Miglioriti.

—¿Mario no te contó que la señora Hallet no le dejaba el coche a su hijo?

—Puede que sí, no sé.

—¿No sabías que desde que ella desapareció el coche ha estado cerrado?

Rynn se percató de que cada pregunta era una trampa. Y ahora que las preguntas llegaban más rápido de lo ella alcanzaba a pensar, su única defensa era no responder.

—¿Ni que tuvimos que remolcarlo con una grúa desde su oficina al taller del padre de Mario? —Miglioriti frenó para dejar que un coche saliera marcha atrás de un garaje.

Ella no podía dejar de pensar en que Mario estaba en el hospital. Se moría de angustia, era incapaz de prestar atención a lo que el hombre le estaba diciendo, pero sabía que debía permanecer alerta. ¿La estaba interrogando o solo pensaba en voz alta?

El agente esperaba que la niña le preguntara cómo se las había apañado Hallet para abrir el coche y, como no lo hizo, formuló él mismo la pregunta.

—¿Cómo crees que pudo abrirlo?

—¿Llamó a un cerrajero?

—Eso es.

A Miglioriti preció decepcionarle que la lógica de la niña disipara tan fácilmente el misterio.

—¿No es lo que habría hecho usted? —preguntó ella—. Es lo que habría hecho yo.

—Sí, si no esperara volver a ver a mi madre.

—¿Le ha preguntado a él?

—A los Hallet no se les hacen preguntas. *Hablas* con ellos, pero muy educadamente y con cuidado de no presionarlos. Ahora Frank Hallet es rico. Vamos a verlo mucho al volante del Bentley.

—No le cae bien, ¿verdad?

—Digamos que espero que podáis ver el día en que ese hijo de puta dé un mal paso. Hasta entonces solo nos queda observarlo, ver cómo se pasea en el coche de su madre.

Se detuvo en un semáforo. Se inclinó para abrocharle a Rynn el botón del cuello de la trenca.

—No. No me cae bien.

Siguieron conduciendo en silencio.

—¿Qué te apuestas a que hasta se presenta en la rifa de la policía de esta noche?

Miglioriti tomó la autopista, pero en la dirección contraria al pueblo. Advirtió la confusión de la niña.

—Mario no está en el pueblo. El médico prefirió enviarlo al hospital de la ciudad.

Eso sonaba a que el estado de Mario era incluso peor.

—¿Tienes dinero para volver a casa en autobús?

Rynn asintió.

Las ventanillas empezaban a cubrirse de vaho; el agente encendió el desempañador del parabrisas. En las calles de la ciudad el tráfico era más denso. Miglioriti agachó la cabeza para ver cuándo el semáforo de un cruce se ponía en verde.

—El hospital está ahí, a la derecha. —Acercó el coche a la acera.

Rynn limpió el vaho de la ventanilla para ver el gigantesco edificio gris. Mario yacía en algún sitio, allá dentro. Posó la mano en la manilla de la puerta.

—Antes de que te vayas, tengo algo que decirte.

Ella no podía dejar de mirar el inmenso edificio.

—¿Te has fijado en que cuando hablaba de Hallet he dicho que espero que podáis ver el día en que dé un mal paso y lo trinquen? Lo he dicho porque yo ya no estaré aquí. No volverás a verme.

Hubo de transcurrir un momento para que Rynn, preocupada nada más que por Mario, comprendiera lo que le estaba diciendo.

—Me voy a California.

—¡Pero usted trabaja aquí!

—Ya no. —Se quitó la gorra—. Por fin he dimitido.

Un miedo helado hizo que Rynn enmudeciera. Hubo de esforzarse para exclamar:

—¿Puede hacer eso? ¿Dimitir así, de pronto?

—De pronto no. Llevo pensándolo más de un año. —Dejó la gorra en el asiento, entre los dos, y acarició el volante—. Perderé la antigüedad que tengo aquí. Tendré que empezar de cero en San Francisco, pero creo que a la larga será lo mejor.

—¡No!

—Ya está decidido.

—¿Es por esa chica?

—Es verdad que a ella también le apetece mudarse…

—Pero perderá usted la antigüedad.

—La verdad es que no creo que yo tenga mucho futuro aquí. No en el pueblo.

Rynn vio cómo el área de ventanilla que había frotado se empañaba de nuevo.

—Sin entrar en detalles, hay un comité que valora a los agentes antes de ascenderlos.

—¿Y Hallet está en ese comité?

—No. Pero no quiero quedarme y descubrir que tiene amigos que sí están.

—¡No puede irse!

—Te echaré de menos, Rynn.

Ella se quedó sentada sin moverse. Hacía un calor agobiante dentro el coche, sintió que la frente se le empapaba en sudor.

—Una de mis mayores preocupaciones es dejarte sola. ¿Te sorprende?

Rynn, incapaz de decir nada, negó con la cabeza.

—Nunca me gustó la idea de que estuvieses allí, en ese camino, con Hallet rondando, no me gustaba cuando pensaba que vivías sola. —Apoyó la otra mano en el volante—. Debo confesar que hasta que conocí a tu padre pensé que así era: que estabas completamente sola. No podía entender por qué, cada vez que me presentaba allí, montabas un número para hacerme creer que él estaba en casa. Empecé a verlo más claro la noche en que me encontré allí a Mario. Querías protegerlo. Muy bien. Sé que sois muy jóvenes, pero supongo que lo que hagáis es asunto vuestro y de nadie más. No obstante, hasta que conocí a tu padre no pude relajarme con lo de Hallet. Pasarme por vuestra casa hoy ha sido una especie de última comprobación, para ver si Hallet había captado el mensaje. Quiero decir que, puesto que no estás sola, puedo irme sabiendo que estarás bien.

Rynn estaba deseando confesarle lo mucho que necesitaba su ayuda. Contuvo las lágrimas.

—Saber que estás bien es muy importante para mí, Rynn.

Se quedaron en silencio.

—Me pasaré por aquí para despedirme de Mario antes de irme,

pero seguramente a ti no vuelva a verte…

La chica aguardó.

—Así que me temo que aquí nos despedimos.

Ella apretó el rostro contra la mejilla del agente. El portazo ocultó sus sollozos.

18

«No salgo de casa, salvo que la urgencia me lleve de la mano», había dicho Emily Dickinson.

Rynn sabía el riesgo que corría al ir a ver a Mario. Aquella ciudad y aquel hospital eran el mundo. Ya no le era posible ocultarse en su casita del camino, detrás de los árboles, donde podía cerrar la puerta y echar la llave. ¿Cómo saber con qué se encontraría allá dentro? ¿Cómo estar preparada para las preguntas que pudieran hacerle?

Ellos. Mario le había preguntado una vez quiénes eran *ellos*. Ese era el peligro con el que ambos vivían. Cualquiera podía ser *ellos*.

La primera persona con la que se encontró, la almidonada enfermera del mostrador de recepción, era una de aquellas mujeronas de voz potente que a Rynn le parecían siempre tan risueñas, tan dispuestas a ayudar a los demás, que estaba empezando a pensar que Estados Unidos funcionaba solo gracias a ellas. Se hallaban por doquier y eran competentes, amables y abrumadoras.

—Está en la planta siguiente, al final del pasillo. Cuatro, cero, siete. Tú escucha. No tiene pérdida. Es la habitación donde parece que se está celebrando una boda italiana.

—¿Tiene visita? —preguntó ella.

La enfermera, que le recordaba a una estrella rubia de cine a la que había visto una vez pero de cuyo nombre no se acordaba, consultó el diminuto reloj de oro que llevaba en la muñeca de un brazo inmenso.

—¿A esta hora de la tarde un martes? Lo dudo. Puedes subir. Ah, espera un momento.

La niña contuvo la respiración. ¿Es que ya había algo que iba

mal?

La rubia entró a una oficina y salió con un jarrón de crisantemos amarillos; se lo tendió.

Rynn no estaba segura de lo que se esperaba de ella.

—Llévaselos. Así alguien les da uso.

La enfermera buscó los verdes ojos de la niña por encima del amarillo de las flores.

—Los trajeron para otra paciente, pero ya no está aquí…

—Gracias —dijo Rynn.

La mujer sonrió.

—Es una monada, ¿verdad? Si yo fuera tú, subiría antes de que aparezca la familia al completo y se pongan todos a dar voces.

Desde fuera de la habitación 407 no oyó nada, ni siquiera cuando pegó la oreja a la puerta. Había decidido que, si Mario tenía visita, volvería más tarde. Como no oyó nada, abrió la puerta. Dentro había un biombo de plástico en forma de acordeón, recogido a medias. En la cama más cercana, un gordo con aspecto de Buda antipático estaba viendo una película en el televisor con los ojos entrecerrados. El aparato no emitía ningún sonido. Una niña que podría tener doce años y que parecía haber cenado espaguetis demasiado a menudo estaba en cuclillas en el suelo, comiendo bombones de una enorme caja dorada; las pequeñas cápsulas de papel marrón vacías se encontraban esparcidas a su alrededor como hojas otoñales.

Un niño de la edad de Rynn, una versión más robusta de Mario, estaba sentado cerca de la otra cama. No levantó la vista de las coloridas páginas de un cómic.

Vio entonces a Mario, muy pequeño, casi invisible en la cama al otro lado de la habitación. No tenía la cara blanca como las sábanas, sino de un gris horrible, similar al de las escamas de los peces, que dejó a Rynn sin aliento. Estaba segura de que no podría estar más gris si hubiera muerto.

Lo miró consternada, sujetando las flores, apenas consciente de que la niña que había estado comiendo bombones había levantado la vista y susurrado algo. Intentó controlar el pánico. Mario había estado enfermo, muy enfermo, eso ya lo sabía. Seguía en el hospital, pero ella nunca se había imaginado que Mario, su Mario, Mario el Mago, pudiera tener semejante aspecto.

La niña del suelo pareció sentirse en la obligación de explicar lo que estaba pasando.

—El señor Pierce, el de la otra cama, está sordo, así que no le importa que no haya sonido —dijo en voz baja—. Y mi madre dice que cuando estamos con Mario debemos estar callados. Aunque tampoco es que fuera a importarle. —Empujó la brillante caja de bombones hacia Rynn—. Coge uno. Los ha mandado algún tonto del culo para Mario.

Ella respondió con un gesto; no le apetecía ningún dulce.

—Soy Terry, su hermana. Ese que se está culturizando a base de cómics es Tom. Él sí que está enfermo de verdad.

El niño alzó la vista de las aventuras de Spiderman.

Terry eligió un bombón, mordisqueó una esquina, arrugó el ceño al encontrarse con que estaba relleno de caramelo y volvió a dejarlo en la caja.

¿Permitiría el hospital las visitas, aunque fueran de su hermano y su hermana, si Mario estuviera tan enfermo como aparentaba?

—Bonitas flores —dijo la niña—. ¿Has venido otras veces?

Rynn consiguió mover la cabeza, tratando de dar a entender que nunca antes había estado allí, que no había visto a Mario así.

—Ahora está bien —dijo la niña, sacándose un trozo de fruto seco de entre los dientes con una uña.

Rynn habló por primera vez.

—¿Eso dicen los médicos?

—Pero sigue adormilado. —Terry rebuscó entre los papelitos marrones—. ¿Lo conoces del colegio?

Ni siquiera la impresión de ver a Mario tan drenado de vida era excusa para no pensar bien las respuestas. Rynn se dijo que debía sopesar cada palabra. Estaba dándole vueltas a cómo responder cuando habló el del cómic.

—¿Cómo va a conocerlo del colegio?

Rynn tuvo el valor necesario para dirigir una mirada al niño antes de que sus ojos se arrastraran de vuelta hasta Mario. ¿Cuánto sabía aquel crío?

—Quiero decir —explicó Tom a su hermana— que él es mucho mayor. —Su siguiente pregunta fue para Rynn—: ¿Cuántos años tienes?

—Trece —dijo Rynn.

—¿Sí? —El niño enrolló el cómic formando un tubo—. Yo tengo trece también. ¿Cómo es que nunca te he visto en el colegio?

—A lo mejor no vamos al mismo colegio.

—Yo no voy al colegio parroquial, ¿tú sí?

—No —dijo Rynn.

—¿Y entonces?

Miraba a Mario y se le partía el corazón. Lo único que quería era romper a llorar. No dejaban de llover preguntas, demasiado rápido, y, mirando atentamente al niño de la cama, esperó dar la impresión de que toda su atención se hallaba puesta en él, no en las preguntas acerca de su edad y el colegio.

—¿A qué colegio vas? —quiso saber el niño.

—A uno privado, seguro —dijo la niña gorda—. Les enseñan a hablar así.

—¿Por aquí cerca? —preguntó Tom.

Rynn cerró los ojos con fuerza en un intento por escapar de la máscara sin vida que era Mario. Se dijo que aquellos dos no estaban siendo desconfiados, era solo la forma directa de hablar propia de los niños. Los niños eran *así*. Se recordó que conocía a pocos niños. No. No era cierto. No conocía a ninguno; Mario no contaba. Él no era un niño. Era una persona, no una de aquellas criaturas devoradoras de chocolate y lectoras de cómics, tan exigentes. ¿Los niños ingleses también eran así? ¿Tan francos con cualquiera? Oyó al niño, que seguía con sus exigencias.

—Te he preguntado —el tono era en sí mismo una acusación— si por aquí cerca.

—No. Por aquí cerca no.

—¿Eres inglesa o algo así? —preguntó Terry, dejando caer otro bombón rechazado en la caja.

—Sí.

—¿Y de qué conoces a Mario? —Tom hablaba en el tono llano de los estadounidenses, ni amistoso ni hostil, sencillamente prosaico.

—De sus espectáculos de magia. —Dejó los crisantemos amarillos en una cómoda y quiso gritarles a aquellos dos que se largaran para poder estar a solas con Mario—. De fiestas —se oyó decir—. Hace dos sábados dio un espectáculo maravilloso.

—Maravilloso —la imitó Terry, frunciendo la boca en una

parodia de una inglesa tomando el té.

—Es un auténtico inútil. —Tom desenrolló el cómic y regresó a Spiderman.

—¿Sabes por qué le gusta tanto la magia? —dijo Terry, y no le concedió a Rynn la oportunidad de responder—. Así compensa. Lo de ser un tullido.

—Chorradas —dijo la voz detrás del cómic.

—Mi explicación tiene validez psicológica. Pregúntale a cualquiera.

Rynn estaba combatiendo el impulso apenas controlable de abalanzarse sobre Mario y estrecharlo entre sus brazos. En lugar de hacer eso, acabó preguntando:

—¿Los médicos dicen que se pondrá bien?

La voz detrás del cómic dijo:

—¿Qué sabrán esos?

—Ahora mismo está atiborrado de antibióticos —dijo la niña.

—Drogas —dijo el niño.

Rynn pensó que, si aquellos dos se largaran, si ella pudiera quedarse a solas con Mario, ella, prestándole su calor, podría hacer que aquel gris mortecino desapareciera de su piel, de natural tostada, olivácea.

Terry dejó la caja dorada en una mesa con gesto melancólico.

—Te estarás dando cuenta de que no es muy divertido visitar a mi hermano, ahí dormido casi todo el rato.

Rynn se encogió de hombros con las manos en los bolsillos, desvalida, conteniendo las lágrimas.

Al otro lado de la ventana, en la oscuridad, brillaban las farolas. Un coche soltó un bocinazo.

—Nosotros es que estamos esperando a nuestra madre —dijo Terry—. Llega tarde.

Rynn tuvo un escalofrío. La madre de Mario. ¿Allí? Habría más preguntas. Hasta podrían ofrecerle llevarla de vuelta a casa. Trató de reprimir un pánico creciente.

Tom cerró el cómic y bostezó.

—Puedes acercarte a él. No tiene nada contagioso. Es solo que está tan lleno de drogas que seguro que antes de salir de aquí, ya se ha hecho adicto.

Riéndose de su humor negro, Tom se levantó de la silla.

—Vamos. Despiértalo si puedes. Seguramente le vendrá bien. —Tamborileó con los dedos en el biombo de plástico—. ¿Quieres que cierre esto?

Rynn lo miró con ojos llorosos. La sonrisa del niño le recordaba a la de Mario. Él estaba desplegando el biombo para darle un poco de intimidad, mientras ella permanecía inmóvil a los pies de la cama.

Una vez a solas, Rynn se apresuró a acercarse a la almohada.

—¿Mario?

Cuando la máscara no hizo gesto alguno, Rynn lloró desconsolada, dando por fin rienda suelta a la impotencia que había venido padeciendo desde que le vio la cara.

—Te quiero. —Lo dijo para sí misma.

El amor nunca había formado parte del plan que ella y su padre habían tramado con tanto detalle.

Amor. En aquel frío crepúsculo de noviembre sintió que no podría seguir adelante ella sola, sin Mario. No podría hacer lo que tenía que hacer. Si nunca lo hubiera conocido, quizá entonces habría podido, pero ahora no.

Ahora, lo más importante del mundo era que Mario saliera de detrás de la máscara gris.

«*Sobrevive*», le había dicho su padre. ¿Pero cómo podía ella ayudar a Mario?

Si ella debía sobrevivir, lo que tenía que hacer, se dijo, era dominarse, dominarse e intentar pensar. Por ahora, el hermano y la hermana creían que no era más que una amiga. En cualquier momento, una mujer descorrería el biombo. La madre de Mario haría su aparición. Formularía todas las preguntas que Rynn no debía responder, nunca.

Besó al niño.

—Te quiero —susurró.

Apartó de un empujón el endeble biombo de plástico y salió corriendo.

19

Las luces de la ciudad destellaban en la gélida noche. Aunque no tenía ni idea de a dónde iba, Rynn sabía que no era capaz de volver a la casa fría y oscura donde el rostro grisáceo de Mario la contemplaría desde cada uno de los rincones. Aún no. Aceleró el paso para perderse entre la multitud apresurada y las luces cálidas y brillantes.

En un café indistinguible de todos esos locales de plástico y cristal que ella y su padre habían visto diseminados por las carreteras y las calles de Estados Unidos, se encaramó a un taburete tapizado de vinilo en la barra y trató de leer un reluciente menú plastificado con unos doce tipos de hamburguesas chillonas a todo color. Una camarera no mucho mayor que ella, con uniforme de color calabaza, delantal y una tarjeta de plástico con su nombre, le tomó la comanda y, con una rapidez asombrosa, deslizó sobre la barra una sopa de tomate rojísima y cuatro *crackers* en un ceñido envoltorio de celofán.

De inmediato los siguió una hamburguesa con queso, una rebanada de pepinillo, un jirón de lechuga y una loncha de tomate.

Rynn cerró los ojos para contener las lágrimas. Todo su mundo se reducía a la cara gris de Mario.

A su alrededor, bajo la deslumbrante luz de los fluorescentes, los clientes hablaban en voz muy alta. El local estaba repleto de jóvenes madres y padres que ofrecían hamburguesas y patatas fritas bañadas en kétchup rojo sangre a hijos gritones y revoltosos.

Rynn consiguió tragar unas cucharadas de sopa, un *cracker* y la rebanada de pepinillo.

Pese a la suerte de trance en que estaba sumida, acertó a pagar la cuenta e irse, y terminó deambulando por la calle. Las luces eran

brillantes pero no cálidas, y no tardó en estar helada y temblorosa, incluso con las manos hundidas en los bolsillos. Caminaba sin rumbo, absorta. Algunas tiendas seguían abiertas, luminosas, engalanadas con los primeros adornos navideños, y solo cuando se detuvo ante una librería se dio cuenta de que aquello era lo que había estado buscando. La puerta estaba cerrada.

Reflejada en el cristal del oscuro escaparate, Rynn no vio la imagen habitual, ataviada con la trenca y los Levi's, sino la cara gris y callada de Mario que la miraba fijamente. Apartó la vista y se largó de allí.

Calle abajo relucía la blanca marquesina de un cine. Rynn, que nunca había ido al cine sola, tomó otra decisión improvisada y, sacando dos dólares de la cartera, se acercó a la taquilla.

La joven detrás del cristal negó con la cabeza. No podía pasar. ¿Acaso no podían ir al cine las niñas de trece años?

La joven dio unos golpecitos en el cristal para llamar su atención sobre un cartel. La calificación de la película no permitía el acceso a niños, ni siquiera, al parecer, acompañados por sus padres.

En otro cine igual de bien iluminado, el nombre de Walt Disney animó a Rynn a intentarlo de nuevo. Aunque la clase de fantasía asociada a tal nombre no era de su agrado, confiaba en que le permitirían pagar la entrada y pasar.

En la taquilla, un hombre demacrado con gafas sin montura que reflejaban la luz le exigió una tarjeta de estudiante, causándole un arrebato de miedo que solo remitió cuando el hombre le explicó que la tarjeta era para obtener un descuento. Compró tanto la tarjeta como la entrada y, al cabo de un momento, se hallaba en una reconfortante oscuridad que olía a palomitas con mantequilla. Se hundió en la cálida negrura y dejó que los colores brillantes y la música rompieran en oleadas sobre ella.

Pero ni los colores ni la música lograron borrar la cara gris de Mario.

Como le había sucedido en el café, se sentía entumecida, apenas consciente de su entorno. Las imágenes cambiantes y los sonidos de la pantalla desfilaban a toda velocidad, una sucesión de retazos de algo, un revoltijo sin significado. La película concluyó y una iluminación débil reveló a unas cincuenta personas que aguardaban mientras sonaba una música grabada que parecía de Mantovani.

Unos cuantos críos ruidosos corrían arriba y abajo por los pasillos enmoquetados, derramando los refrescos que llevaban en vasos de cartón y esparciendo palomitas.

Otra película llenó la pantalla: un perro y muchos disparos y niños que gritaban.

Pensando en Mario, lloró.

Las luces se encendieron de repente y Rynn se apresuró a enjugarse las lágrimas, desprevenida, mientras un par de docenas de personas recorrían los pasillos poniéndose gruesos abrigos e intentando que no se les cayeran las bufandas y los guantes.

Al principio, mientras esperaba en la parada de autobús, el frío nocturno no se hizo sentir con excesiva crudeza. Pero para cuando las marquesinas se apagaron, la calle quedó a oscuras y los últimos espectadores hubieron desaparecido, un viento cortante le atravesaba la trenca y los Levi's, obligándola a encorvarse frente al fiero frío.

Estaba escrutando la calle, preguntándose si el autobús llegaría a aparecer, cuando un coche de motor petardeante aminoró la marcha y se detuvo cerca de ella. Rynn se apartó del bordillo de la acera cuando las ventanillas se abrieron y unos chicos con edad de ir al instituto, las caras pálidas y sembradas de espinillas, le silbaron y le dijeron que se acercara. Uno alargó una mano en la que sujetaba un cigarrillo.

Otro hizo un ruido de succión indescriptiblemente malvado.

—Has perdido el último autobús. Vamos. Sube. ¡Ya verás como con nosotros entras en calor!

El coche entero estalló en risotadas.

Rynn dio la espalda al vehículo y miró los escaparates a oscuras de una tienda de fotografía desde los que la observaban los ojos fríos y ciegos de las lentes. En el reflejo del cristal vio que el coche no se había ido, y se le detuvo el corazón cuando una de las puertas traseras se abrió y se apeó un chico con cazadora de cuero y vaqueros tachonados con brillantes adornos metálicos, indicando a los demás que lo siguieran.

El chico se pasó los dedos por el pelo largo y se acercó a ella sin prisa alguna. Rynn miró calle arriba y calle abajo. Nada se movía en la oscuridad de la noche. Otro joven emergió del coche repitiendo el sonido de succión de antes, similar al de un beso, y se situó de

manera que le impedía la huida.

Presa del pánico, Rynn vio en el escaparate que se le aproximaban por ambos costados. Era demasiado tarde para escapar. Se encogió contra la puerta de la tienda.

Ahora ambos chicos estaban haciendo el sonido de succión cuando un tercero los llamó a gritos desde el coche. Se detuvieron en seco y corrieron de regreso al vehículo, que partió con un rugido.

Un coche patrulla blanco y negro de la policía se detuvo junto a la acera.

Uno de los dos agentes dio unos golpecitos en la ventanilla e indicó mediante señas a Rynn que se acercara.

Cuando la ventanilla se abrió, Rynn vio moverse arriba y abajo la mitad inferior del grueso rostro del hombre; estaba masticando chicle.

—¿Vives en la ciudad?

A Rynn le sorprendió la suavidad de su voz. Negó con la cabeza.

—No —añadió, confiando en que esa única palabra fuera suficiente respuesta. Se dijo que debía pensar detenidamente, que no podía cometer errores—. En realidad soy inglesa. Estoy de visita —dijo.

—¿En Inglaterra dejan a las niñas andar solas por la calle a estas horas? —El agente buscó la mirada de Rynn; su mandíbula se movía a ritmo constante.

—No. Lo que pasa es que estaba con mi prima, en el cine, viendo una peli de Walt Disney, de hecho, pero ella se ha encontrado con su novio y, bueno, a mí no me apetecía ir con ellos, ¿comprende?

El agente abrió la puerta trasera.

—Entra antes de que te mueras de frío. Te llevamos a casa.

Ella se acercó.

—Es muy amable por su parte. Muchísimas gracias. —Estaba a punto de entrar en el vehículo cuando se detuvo y miró al agente—. A lo mejor suena extraño, pero no sé la dirección y tampoco estoy segura de poder decirles cómo llegar. Siempre vamos en coche. O en autobús. —Sonrió con gesto de impotencia y se encogió de hombros—. Creo que lo único que sé es en qué parada bajarme.

El agente la miró. Su cara inexpresiva no le dio ninguna pista a

Rynn sobre si la creía o no.

—Ya me imagino —dijo ella— que esto le sonará de lo más estúpido.

—¿Vives lejos de la parada de autobús?

—A una calle, nada más.

El hombre no dejó de masticar en ningún momento. Se volvió hacia el otro agente, un joven pálido con el pelo muy corto y una nuez voluminosa.

—¿Cuándo pasa el siguiente autobús?

—Dos, tres minutos.

Volvió a mirar a Rynn.

—Sube de todos modos. Puedes esperar con nosotros hasta que llegue.

Durante tres minutos, hasta que los agentes hicieron señas al autobús para que se detuviera, Rynn charló alegremente con ellos, aceptó un chicle de menta, les contó lo mucho que estaba disfrutando sus vacaciones en Estados Unidos.

Cuando dejó caer las monedas en la caja del autobús, el conductor, un negro con peinado afro y un bigote ralo, la escrutó desde detrás de unas gafas oscuras y dijo en un tono deliberadamente casual:

—¿No es un poco tarde?

Sin responder, Rynn se alejó de él todo lo que pudo y fue a sentarse en el asiento corrido al fondo del autobús vacío. Pero, pese a que no distinguía los ojos del hombre tras las gafas de sol reflejadas en el espejo retrovisor, estaba segura de que él la estaba observando. ¿Eran imaginaciones suyas? No podía permitirse ignorar ningún instinto, ninguna sensación, ninguna intuición.

«¿No es un poco tarde?». La suave voz del hombre sonaba una y otra vez en la cabeza de la niña, como los discos de los cursos de idiomas. «¿No es un poco tarde?». Claro que era tarde. Era muy tarde, y si se le hubiera ocurrido alguna forma de no tener que volver esa noche a la casa, si pudiera haber postergado el momento de recorrer a toda prisa el camino en tinieblas cubierto de hojarasca y entrar sola en aquella casa a oscuras, no estaría en aquel autobús, con las manos heladas, las piernas temblorosas, atormentada por un vacío aterrador.

Se arrebujó en la trenca, pero siguió temblando, sentada en el

asiento de plástico moldeado, bajo las luces intensas y desagradables del ruidoso autobús que surcaba la noche.

Todo le daba miedo.

Las gafas oscuras del conductor se asomaron al espejo retrovisor. La estaba mirando.

—¿Dónde quieres bajar?

—Dos paradas más —dijo ella.

Se puso en pie y avanzó despacio, midiendo los pasos para llegar a la puerta delantera en el momento preciso en que hiciera aparición la referencia de su parada: la casa con el ciervo de hierro en el jardín.

—Sí que es tarde, sí —dijo el conductor aminorando la marcha hasta que el autobús se detuvo en la grava del arcén—. Sí que es tarde —repitió.

Ahora que iba a apearse, ahora que la conversación no se podía prolongar, Rynn se sintió osada de pronto.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir, señorita —hablaba con una cadencia muy particular—, que es tarde.

La puerta delantera se abrió con un siseo.

—¿Señorita?

—¿Mmm?

—¿Va muy lejos?

—No se preocupe.

—Si usted lo dice. Buenas noches.

La puerta se cerró tras ella y las ruedas levantaron grava al volver a girar. El autobús se alejó con estrépito, dos luces rojas cada vez más pequeñas en la lejanía.

Rynn se subió el cuello de la trenca hasta las orejas y con las manos hundidas en los bolsillos echó a caminar por la calle en dirección al océano. El lecho de hojas muertas mullía sus andares y caminó a buen paso durante una manzana sin detenerse a descansar, pese a que el aire frío le estaba levantando dolor de cabeza. Llegó al camino. Los gigantescos troncos de los olmos se alzaban negros cual pilares de una catedral gótica, las ramas desnudas se mecían y se tocaban en lo alto como las nervaduras de una bóveda abierta al despejado cielo nocturno.

La primera vez que había visto el camino fue a la luz del día, en

pleno verano, con sombras del ramaje, flores en los jardines, zumbido de insectos, un perro ladrando.

El viento arrastró hojas muertas a su lado.

Las ramas de los árboles entrechocaban.

La noche, una presencia viva, se hallaba en perpetuo movimiento, cambiaba, suspiraba, respiraba. Rynn se preguntó si quizá también ella, la noche, estaba tratando de entrar en calor.

Pasó ante la casa de sus vecinos, los que se habían ido a pasar el invierno en Florida. La vivienda se encontraba a oscuras, los cristales de las ventanas proyectaban reflejos helados.

Hasta entonces, el camino nunca le había infundido terror.

Si echaba a correr, se dijo, llegaría a casa en unos minutos. A punto estuvo de detenerse. Se apartó una hoja de la cara. Era cierto, casi estaba en casa, y la idea le hizo echarse a temblar. Introducir la llave en la cerradura, abrir la puerta, pasar al salón, donde la chimenea estaría apagada, donde haría más frío incluso que en el exterior. No había nada ni nadie esperándola allí…

Negó con la cabeza y echó a correr, con la melena al viento. No podía ceder a pensamientos semejantes, nunca. Aquella casa era el único lugar del mundo que sentía suyo. De súbito, como si de una profecía se tratara, brillando para confirmarle que se hallaba en lo cierto, vio la luz de la entrada. Allí estaba, entre los árboles, brillante y nítida en la noche fría. El corazón le brincó de alegría y alivio. Gracias a Dios, gracias a Dios, gracias a Dios, se había acordado de dejar encendida la luz. Aquella era su casa, el sitio donde vivía.

Cubrió a la carrera el último tramo del camino y atravesó el patio delantero esparciendo hojas. En una serie fluida de movimientos, giró la llave en la cerradura, abrió de golpe la puerta y tanteó en busca de los interruptores de la luz. Todas y cada una de las lámparas de recibidor y del salón se encendieron. Cerró de un portazo y echó la llave, dejando fuera la noche.

El salón, pese a hallarse inundado de luz, estaba vacío y frío. Corrió a la chimenea, donde no había más que cenizas blancas y grises. Era demasiado tarde para encender fuego, pensó. Cogió de la encimera el libro de su padre y se dejó caer con él en el sofá.

Allí, en el único lugar del mundo que sentía suyo, tembló.

No lograba librarse del miedo.

Volvió a levantarse y encendió la luz de las escaleras antes de apagar las de la planta bajo. Sin dirigir ni un vistazo al salón, corrió al piso de arriba.

La luz descendía tenue hasta el salón y el recibidor. Luego se apagó, las sombras se adelantaron de un brinco y tomaron posesión de la casa. Tan solo en las cortinas de la ventana delantera restaba alguna luz, proyectada por la bombilla de fuera. Contra ese resplandor se recortó una sombra.

La luz de fuera se apagó.

20

Sin fuego que crepitara en la chimenea ni Gordon arañando su jaula, no había nada vivo en el salón, no se oía un movimiento. Salvo la niña en la cama del piso de arriba, la casa estaba negra como una sombra, tan oscura y vacía como la de los vecinos. La rama de un arce, mecida por el viento, arañaba el tejado. A lo lejos, el océano rugía.

Una llave, que la niña no alcanzó a oír desde arriba, tintineó en la cerradura de la puerta principal, un sonido tan tenue como el de una hoja que roza una ventana.

La puerta se abrió en silencio y el haz blanco y bien definido de una linterna barrió el recibidor. Una silueta pasó de la pálida oscuridad de la noche a la del interior de la casa, cerró la puerta sin hacer ruido y volvió a echar la llave.

La cuña de luz hendió la negrura del salón, iluminó la mesa de alas abatibles y la alfombra trenzada. A oscuras salvo por el haz de la linterna, la silueta, sin hacer ruido apenas, retiró la mesa de encima de la alfombra. Apartó la alfombra de la trampilla y el haz alumbró el cerrojo. Una mano corrió el tirador. Las bisagras de la trampilla chirriaron, pero ese sonido, al igual que los demás, tenía tantas posibilidades de despertar a la niña de arriba como el de la rama que arañaba el tejado.

De repente, la luz que alumbraba los escalones del sótano barrió la habitación en dirección a la encimera de la cocina. El haz cayó sobre el teléfono.

La silueta cogió el aparato y, arrastrando el largo cable tras de sí, bajó al sótano precedida por los cercos de luz que la linterna arrojaba hacia abajo.

El salón quedó casi a oscuras, apenas alumbrado por el tenue

resplandor que llegaba de abajo. Habría sido fácil pasar por alto los ruidos de pisadas y de roces, encubiertos por el viento, de no ser porque el cable del teléfono, al engancharse en la trampilla, hizo que se cerrara de golpe.

La trampilla volvió a abrirse, el haz de luz recorrió el salón. En silencio la trampilla bajó de nuevo, cegando toda luz.

En el piso de arriba se encendió una lámpara. Su brillo se derramó por las escaleras, en lo alto de las cuales Rynn estaba descalza, con un camisón blanco que reflejaba la luz.

Fijó la mirada en la oscuridad. El corazón le palpitaba con fuerza, pese a haberse dicho a sí misma que, al igual que los sonidos anteriores, ese también era cosa del viento. Una rama rota que golpeaba la casa. Nada más. A lo mejor se le había olvidado cerrar la puerta principal y el viento la había abierto.

Pero estaba segura de que la había cerrado. A lo mejor un cuadro se había caído de la pared. ¡La leñera! ¿Había dejado la tapa levantada? Pero la tapa de la leñera hacía un sonido distinto. Lo que acababa de oír era un golpe más fuerte. Se negaba a aceptar lo que el corazón desbocado no cesaba de decirle. *Ese sonido*. Nunca olvidaría la primera vez que había oído ese sonido.

Sigilosamente, se apresuró escaleras abajo, corrió al recibidor y encendió las luces.

En el recibidor no había nada fuera de sitio.

No se atrevía a mirar en el salón.

Allí estaba, lo que más temía ver en el mundo. La mesa apartada. La alfombra de retazos doblada sobre sí misma. La trampilla.

La mente le iba a toda velocidad. Si pudiera vencer el terror que la atenazaba, si pudiera mover las temblorosas rodillas, si pudiera alcanzar la trampilla, podría echar el cerrojo. Podría atrapar a quien estaba allí. *Luego* tendría tiempo para planear qué hacer. *Luego* podría averiguar de quién se trataba…

Si pudiera moverse.

Luchó contra el terror que la paralizaba. Luchó para acumular toda la fuerza que pudiera quedarle.

¡Sobrevive!

Venció el bloqueo y dio un paso.

Otro más. Demasiado tarde. Las bisagras rechinaron y las tablas

de roble pulido de la trampilla comenzaron a alzarse.

Se quedó petrificada. Sus gritos colmaron la casa. La trampilla continuó abriéndose, pero no apareció ninguna cara. Ni siquiera una mano que empujara la trampilla. ¿Qué era aquello, un palo? Un bastón. Un bastón negro. Cuando la trampilla alcanzó la perpendicular surgió un sombrero de copa de seda negra, luego una capa negra, un brazo que sostenía la capa cubriendo el rostro.

—¡Mario!

De repente liberada, de repente capaz de moverse, Rynn corrió descalza por el frío suelo.

—¡Sinvergüenza! ¡No estabas enfermo! ¡Convenciste a tu tío y a tus hermanos para que te ayudaran a fingirlo! —Lágrimas de incredulidad y de alivio la ahogaban y las palabras le salían a trompicones—. ¿Y te pusiste maquillaje gris? ¿Todo ese montaje para tu mayor truco?

Se rio, una risa incontrolada, pero una risa libre de la crudeza del miedo.

—¡Vaya susto me has dado!

Siguió riéndose, ahora en silencio, agitando los hombros al ritmo de la risa. Avanzó dando tumbos hacia la capa negra que iba subiendo los escalones, exultante tras haberse librado del terror, loca de júbilo. Al llegar a la mesa se detuvo, respiró hondo. También ella podía jugar a ese juego, interpretar su propio papel. Con cuánta rabia descarnada pudo simular, gritó:

—¡Sinvergüenza! —Pero se le escapó la risa y se abalanzó hacia él.

Con la suerte de pose teatral que las capas y los bastones inspiran, la silueta aguardó a que la niña corriera a sus brazos antes de volverse y mirarla de frente.

No se trataba de la radiante cara de Mario, con sus relucientes ojos negros y su sonrisa alegre, sino de la cara fofa y rojiza, de la sonrisa carnosa, de Frank Hallet.

El hombre se rio entre dientes.

—Tu sinvergüenza favorito.

Una mano porcina tiró de la trampilla y la dejó caer con un estampido. La otra sostenía el teléfono.

—¡Fuera de aquí! —consiguió ordenar la temblorosa niña, con voz ronca.

Hallet le ofreció el teléfono.

—Llama a la policía.

Su sonrisa trazó un surco aún más profundo en su roja cara. Sostuvo en alto el teléfono para enfatizar el ofrecimiento. Negó con la cabeza fingiendo sorpresa. Como diciendo: ¿No? ¿No quieres llamar por teléfono?

—¿Por qué no llamas a tu padre?

Con la capa arremolinándose tras él, pasó junto a la niña y soltó de golpe el teléfono en la encimera. Echó un vistazo a la cocina.

—Tan inglesa como eres, ¿no vas a ofrecerme la típica taza de té?

—Si se va ahora mismo —dijo Rynn, la voz reducida a poco más que un susurro—, no le diré nada a nadie.

Hallet hizo una floritura con la capa, disfrutando de sus posibilidades, como si aquella función de teatro *amateur* le ofreciera la oportunidad de desarrollar una personalidad nueva y extravagante. La capa respondió de maravilla cuando se la echó sobre el hombro. Con la otra mano, dio unos golpecitos en el suelo con el bastón.

—Solo me he vestido así por si el agente Ron Culo-Gordo Miglioriti o cualquier otro me veía acercarme. Por supuesto, habrían pensado que era tu amiguito. —Dio un par de pasos renqueantes—. Hasta he cojeado. ¿Lo ves?

—El agente Miglioriti sabe que Mario está en el hospital.

Él se encogió de hombros y se colocó mejor la capa.

—Vaya, un pequeño desliz por mi parte. Por suerte, no me ha visto nadie.

—El agente Miglioroti acaba de traerme a casa del hospital. Dijo que esperaría fuera, en el coche, hasta que yo le dijera que todo está en orden.

—Ya basta de mentiras.

—En serio. Me prometió pasar por aquí en coche y vigilar la casa.

—Ron Culo-Gordo Miglioriti está en su estúpida rifa. —Hallet, con aire molesto, frotó una mancha blanca de un pliegue de la capa —. Hay mucho polvo en ese sótano. Y no solo polvo. ¿Qué era eso? ¿Cal? —Rascó la capa con la uña—. No sabía lo que me iba a encontrar ahí abajo. Seguramente porque en realidad tampoco sabía

qué estaba buscando. Desde luego, no esos dichosos frascos de mermelada.

Hallet se abrió la capa y alzó una mano. Entre el pulgar y el índice sostenía un objeto que acercó a Rynn.

—Una horquilla para el pelo —dijo. Se inclinó hacia la niña, examinando toda la extensión de su suelta melena castaño-dorada —. Pero tú no usas horquillas, ¿verdad? No con ese pelo tan bonito que tienes. —Se acercó el pequeño objeto de alambre a los ojos para inspeccionarlo mejor—. Una horquilla.

—Podría llevar años ahí abajo —dijo la niña.

—Se habría oxidado. —Hallet olfateó el alambre y sonrió. Se lo ofreció a Rynn para que hiciera lo mismo, sin sorprenderse cuando ella retrocedió—. Todavía huele al perfume que le regalé por el Día de la Madre. —Se rio—. Mi querida madre. —Abrió un puño, mostrando en la palma de la mano algo incluso más pequeño que la horquilla—. Y esto. ¿No te parece una uña rota? Roja brillante. Para nada el color preferido de mi querida madre. Tenemos también estos mechones de pelo. ¿Y estos a quién dirías tú que pertenecen? —Jamás avaro alguno sostuvo en su mano un tesoro con tan fascinada codicia, con semejante amor—. Esto es lo que he podido encontrar a oscuras. Ni me imagino lo que descubrirá la policía, con todo el material que tienen.

Como si no quisiera separarse de sus preciados hallazgos, los depositó en un cenicero de cristal. Dio una palmada, dispuesto a pasar a la acción.

—¿Volvemos a colocar la alfombra y la mesa en su sitio?

A patadas, extendió la alfombra sobre la trampilla. Alisó los pliegues con los pies y acabó de colocarla en su sitio. Chasqueó los dedos a Rynn, que alzó obedientemente un lado de la mesa. Entre los dos la devolvieron a su lugar.

El hombre fue a la ventana trasera, apartó las cortinas y, haciendo pantalla con las manos, escrutó el terreno bajo la parra.

—¿Qué tal el jardín? ¿Crece bien?

Rynn estaba colocando los candelabros de peltre en la mesa, bien alienados.

—Ahí fuera —dijo él—. Esa tierra revuelta.

—Tulipanes —dijo la niña.

—Bien. A mi querida madre le encantan los tulipanes.

Volvió a correr las cortinas. Simuló pensar en voz alta, pero Rynn supo que, al igual que antes se había dado el gusto de incurrir en la teatralidad con la capa, el sombrero y el bastón, ahora estaba actuando para ella, su público cautivo.

—Supongo que debería hacer un esfuerzo, pero la verdad es que no la echo mucho de menos. ¿Tú crees que es muy malvado por mi parte? Y con el paso del tiempo, me temo que sentiré aún menos la pérdida. —No pudo contener una sonrisa mientras se aplicaba protector labial—. No. No la echo de menos, pero la policía parece que… —Dejó la frase en suspenso, pronunció las palabras con deliberada lentitud, como el vaho de su aliento en el aire frío.

Rynn rascó con la uña una gota de cera de la superficie de la mesa.

—Recuérdame que piense en ella cuando esté aquí, asomado a esta ventana, en primavera, cuando florezcan los tulipanes.

Aquí. En primavera. Palabras pronunciadas con deliberada lentitud, mientras se situaba a la espalda de Rynn, que seguía rascando cera de la mesa.

—Pero por nada del mundo querría que te preocuparas por ella. Por eso me he dado la caminata hasta aquí.

Como Rynn era incapaz de mirarlo, él la rodeó para situarse frente a ella. La niña le dio la espalda de nuevo.

—Sí, caminata, has oído bien. ¿No vas a preguntarme por qué no he venido en el precioso Bentley de color hígado de mi querida madre?

Se recogió la capa y se acercó a la chimenea. De la leñera sacó unas páginas de periódico con las que hizo una pelota. Añadió astillas, prendió fuego al papel y se quedó observando cómo cobraba fuerza, con las llamas anaranjadas reflejadas en su cara.

—O no preguntas porque eres tan absolutamente brillante que ya sabes que no quiero dejarlo en el camino, donde cualquiera puede verlo. ¿Cierto?

Apartó la vista de la chimenea, donde las llamas crecían y lamían las astillas.

—Eso me recuerda algo. Debo darte las gracias por devolver el coche a la oficina.

La niña permaneció junto a la mesa, inmóvil, callada.

—¿Rynn?

—No sé qué quiere decir.

—Quiero decir que eres brillante. No cabe ninguna duda. Pero cometiste un error. Me refiero al famoso sábado en que ella vino en su Bentley de color hígado, su orgullo y su alegría, a recoger los no menos famosos frascos de mermelada. Nunca regresó a casa. Pero, de algún modo, el coche sí.

—Ella no estuvo aquí ese sábado.

—Te estás precipitando.

—*No estuvo aquí*.

—Querida, te recomiendo que te sientes.

Rynn no se movió. Hallet chasqueó los dedos y señaló el sofá. La observó mientras ella se sentaba, con la luz del fuego parpadeando en su cara.

—Sí estuvo aquí. Lo sé. Vine en el coche con ella.

En el silencio que siguió, Rynn pudo oír la respiración del hombre.

—¿Comprendes ahora por qué nunca debes hacer afirmaciones precipitadas?

—No llegó a venir.

—No seas pesada. Aquel sábado yo también pensaba hacerte una visita. Cuando salimos de la oficina, mentí. Le dije a mi querida madre que quería ver a los vecinos antes de que cerraran la casa para irse a Florida. Pero en cuanto llegamos al camino ella se dio cuenta de por qué quería venir en realidad. Mi querida madre adivinó mis intenciones. Aparcados ahí fuera, delante de la casa, tuvimos una gran discusión. Me prohibió volver a venir aquí. Me dijo que hablaría con tu padre. A solas. Sobre mí, seguramente. ¿Me crees muy paranoico por pensarlo? Pues es cierto. Pero ya no tiene importancia. Esperé a que ella se fuera. Esperé mucho tiempo. Bajo la lluvia. ¿Recuerdas que llovía? Te vi salir de casa y volver a entrar. Vi llegar al mago cojo en bicicleta y luego irse, también en bicicleta. Para entonces yo estaba calado hasta los huesos y me fui caminando a casa, dejando el coche aquí.

—Nada de eso es cierto.

—Nunca lo sabrás. Si le preguntas al agente Ron Culo-Gordo Miglioriti, averiguarás que la policía dejó que el Bentley, del que solo yo sabía que había reaparecido misteriosamente ante la oficina, se quedara allí todo el domingo. Cerrado. Como la caja fuerte de un

banco. Puesto que mi querida madre tenía el único juego de llaves, yo no podía abrirlo. El lunes, una grúa lo remolcó al taller de Podesta. Si tan brillante eres, dime qué pasó entonces. ¿Cómo abrí el coche y lo puse en marcha sin las llaves?

—Se las dio ella.

—No, no, no —dijo él, impaciente—. Ya te lo he dicho, no la he visto. Además, ella no me dejaría poner un dedo en su precioso coche.

—¿Había otro juego de llaves?

—Mi madre no quería que yo usara su coche, ¿tú crees que habría dejado otro juego de llaves por ahí para que yo lo viera? De ninguna manera. No, mi querida madre era muy meticulosa. Entonces… —Chasqueó los dedos para reclamar la atención de la niña—. Entonces, ¿cómo abrí la puerta?

—Llamó a un cerrajero.

—*Voila!*

—Entonces, su madre todavía tiene el otro juego de llaves.

—¿Quieres decir que volvió en coche a la oficina?

—Sí.

—Y si no fue ella, ¿quién? Bueno, como eres una niñita tan asombrosamente brillante, no estaba seguro de que no hubieras sido tú misma. Por lo visto eres capaz de cosas increíbles. —Ahogó una risita—. Una vez abiertas las puertas, registré cada pulgada del coche. Sherlock Holmes. Ellery Queen. Maigret. Quien tú prefieras. Pero no encontré nada que me dijera que una niña de catorce años, o trece, lo hubiera conducido. Así que volví a mirar. ¿Y sabes qué encontré? En el tapizado del interior de la puerta había unas marcas redondas. Demos gracias a Dios por el cuero auténtico. En el plástico no habrían permanecido. Marcas redondas ¿de qué? ¿Del extremo de un bastón que alguien había usado para ayudarse a salir del coche y a sacar algo de él? ¿Y en el asiento trasero? Atrás, algo había arañado el preciado cuero de mi querida madre. ¿Algo demasiado grande como para caber en el maletero? Y más marcas de bastón. ¿Por qué? ¿Para apoyarse? Los arañazos en el asiento trasero ¿los había hecho una bicicleta? Las marcas redondas, ¿se habían producido al meterla y al sacarla? ¿El mago cojo? ¿Sería uno de sus truquitos?

El fuego comenzó a crepitar.

—Eso fue el sábado. Por desgracia, no abrí el coche hasta el martes. ¿Qué hizo él? ¿Te trajo las llaves de vuelta el sábado por la noche? ¿Las tienes? ¿Cuelgan de una cadena alrededor de tu bonito cuello?

Hallet avivó el fuego con el atizador. Echó un leño de arce a las llamas.

—Claro está, todo aquello no me decía dónde estaba mi querida madre. Eso aún tenía que descubrirlo. Las noches en que vine aquí, no cogí el coche. —Suspiró—. Cuántas veces he caminado bajo la lluvia, abriéndome paso entre las hojas caídas, nada más que para verte…

Se puso en pie y se sacudió el hollín de las manos. Con elegancia exagerada, se envolvió en la capa y se acomodó lentamente en la mecedora.

—Me quedan unos pocos detalles por averiguar. —Alzó una mano en gesto de advertencia—. No digas nada. Es mucho más divertido hacerlo yo solo.

Chasqueó los dedos en dirección a la cigarrera. Rynn le acercó el paquete de Gauloises. Él tomó uno y aguardó. Ella prendió una cerilla y le encendió el cigarrillo. Dando una calada, él se recostó y comenzó a mecerse despacio.

—Para tener catorce años, o trece, eres brillante. Ingeniosa. Hábil. Sabes conservar la calma en cualquier situación. Pero tarde o temprano todos debemos aprender que en el mundo hay más gente brillante. Darse cuenta de este tipo de cosas, me temo, forma parte de la madurez. Sí, es triste dejar de ser el centro del mundo, ¿verdad?

El humo azulado se elevaba en volutas alrededor de la sonrosada cara de Hall et.

—Ya lo ves. Sé que mataste a mi querida madre. Por lo que ella encontró en el sótano… pero, como he dicho, ya seguiremos hablando durante nuestras largas veladas invernales. —Cogió el paquete de cigarrillos que la niña seguía sosteniendo—. Discúlpame. ¿Quieres un cigarrillo? ¿No? —Él fumó, insistiendo en la actitud teatral—. No estés tan seria. Ya te lo he dicho, no estoy enfadado contigo por haberte librado de mi querida madre. Ha sido un regalo del cielo. Me has ahorrado el trabajo. Odiaba a esa mujer. Rezaba para que le cayera un rayo, para que se intoxicara con la

ensalada de cangrejo en el club femenino, para que algún oportuno accidente en la autopista apisonara su Bentley de color hígado lanzando sangre azul en todas direcciones. Pero no. Cada año que pasaba, ella estaba más sana. Por Dios, la señora florecía con la senectud. Llegué a perder la esperanza; pensaba que viviría para siempre.

Sonrió, meciéndose mecánicamente, como un muñeco en una silla de juguete, pensó Rynn.

—Así que: *gradas*.

Sonó el teléfono. Sin cesar de sonreír, el hombre mecánico alzó una mano mecánica para darle la orden de responder.

—¿Diga? Oh, agente Miglioriti. Me alegro mucho de que haya llamado.

Hallet se mecía delante y atrás, la sonrisa pintada, resplandeciente, inalterable.

—Bueno, todos *dicen* que Mario se encuentra mejor. A mí no me… ¿Sí? ¿Sí? ¿En serio? Gracias a Dios. Quiero decir, si eso es lo que el médico le ha dicho a su familia, supongo que no debo preocuparme. ¿Yo? No, yo muy bien. Perfectamente. Volví en autobús, como me dijo usted… ¿Cómo? Mire, si son malas noticias, a lo mejor no es buen momento…

Se volvió hacia el hombre de la mecedora. Esta frenó sus movimientos y se detuvo.

—Sí —dijo ella al teléfono—. Entiendo. Así es la vida… No. Ahora no. No quiero causarle molestias. No, en serio, ya veré cómo hago. Gracias por llamar.

Colgó.

El hombre junto al fuego expulsó un hilo de humo.

—Regla número uno —dijo—. Nada de secretos. ¿Malas noticias?

—He ganado el estúpido pavo de Acción de Gracias.

—Y le has dicho que no te lo traiga. Muy sensata.

Mecánicamente, Hallet volvió a mecerse.

21

—Mañana iré a la comisaría a por tu pavo. —Hallet se sacudió, presa de una risa alegre y silenciosa—. Aprovecharé para despedirme de Ron Culo-Gordo Miglioriti por ti.

Observó atentamente a Rynn.

—Culo-Gordo nos abandona y se pira a California.

Asintió con la cabeza meciéndose, sin dejar de mirar a la niña. Pero ella no mostró reacción alguna.

—Un poli macarroni menos, ¿no? —La risita dio paso a una sonora carcajada. Solo se detuvo para seguir fumando—. En cuanto al pequeño mago, cuando salga del hospital, tú te ocuparás de decírselo. Ese será tu trabajo, decirle que se vaya y no vuelva.

Rynn, abrazándose a sí misma por encima del camisón, se frotó los codos a la vez que se apartaba del hombre.

—¿Adónde te crees que vas?

—Me había pedido una taza de té.

—La solución de los ingleses para todo, ¿verdad? Una buena taza de té calentito. Pero antes —dijo— pon un disco. Y apaga un par de luces.

Liszt comenzó a sonar. Entronado en su mecedora, Hallet gozaba de la ceremonia que había puesto en escena, fumaba con parsimonia deliberada, como si todo el mundo estuviese a la espera de su siguiente decreto imperial.

—Me ha gustado cómo te has desenvuelto al teléfono. Demuestra una capacidad de aprendizaje innata. Con la salvedad —la sonrosada cara giró sobre el sonrosado cuello para atisbar la cocina—, con la salvedad del desliz con el coche, eres… brillante. Más aún. Lista. Astuta. Una superviviente.

Sobrevive.

La niña estaba llenando el hervidor con agua del grifo. Cuando habló, no miró al hombre.

—Mi padre dice que la inteligencia es la habilidad de comprender con rapidez la realidad.

—¿Eso dice? Igual que el famoso filósofo estadounidense George Santayana, y por desgracia para tu padre, Santayana lo dijo antes. —Hallet escuchó los movimientos de la niña, que iba de la encimera a los fogones—. Estudié Filosofía en Harvard, hasta que me expulsaron. Soy una caja de sorpresas, ya verás. —Se levantó de la mecedora, abrió la leñera y cogió un tronco de arce—. No hay razones para que no sigas viviendo como antes. La única diferencia será que, a partir de ahora, seremos amigos, tú y yo. Solo nosotros dos. ¿Cómo decía la canción? «Sin nadie cerca que nos vea ni nos oiga». —Medio cantaba, medio recitaba la letra de «*Tea for two*»—. Ni amigos ni parientes los fines de semana. Mi querida madre *adoraba* esa canción.

Con un gruñido, echó el leño al fuego.

—Mario —dijo la niña en voz baja.

—¿Sí?

—Lo sabe.

—¿Qué sabe?

—Lo que pasó.

—Como he dicho, te va a tocar a ti librarte de él.

—Puede que no sea fácil.

—Puede que muera.

—Los médicos dicen que no.

Hallet volvió a apoltronarse en la mecedora.

—Entonces tendrás que usar ese brillante cerebrito que tienes y pensar en alguna forma de hacerle entender que ya no es bien recibido aquí. Que se largue cojeando para no volver.

—¿Pastas?

—¿Qué?

—¿Le apetecen unas pastas?

—Por supuesto que sí. Pero aquí las llamamos galletas.

El hervidor borboteó y luego siseó. La niña lo retiró del fogón. Estaba llenando la tetera cuando dijo:

—Mario ha estado en el sótano.

—Qué sitio tan concurrido.

—Como le he dicho, él lo sabe.

—Qué listo, el macarroni.

—Mucho.

—Si es tan listo, sabrá que es cómplice. ¿Conoces la palabra?

—Sí. —Dejó el hervidor vacío en el fogón.

—¿Sabe él lo que significa?

—Supongo que sí.

—¿Es el único, además de nosotros, que sabe lo del sótano?

—Sí.

Hallet estaba examinando el paquete de Gauloises. ¿Quería otro? Al oír los pasos de Rynn decidió que no, y la observó arrodillarse y posar la bandeja en la esquina de la mesa de café. La niña se acomodó con las piernas plegadas y despejó sitio para los servicios de té. Hallet, con la mesa al alcance de su mano, no se dignó ayudarla. Observó absorto cómo las llamas iluminaban el pelo de la niña.

—¿Señor Hallet?

—¿Sí, querida?

—¿Se lo contará a su mujer?

La niña se percataba del riesgo que entrañaba la pregunta. Si en ese momento el hombre le hubiera cruzado la cara de una bofetada, no le habría sorprendido. Pero Hallet no se movió.

—Digamos —dijo él abandonando cualquier matiz de guasa— que eso ya es cosa mía.

Rynn colocó platos y tazas, la tetera y la fuente de pastas en la mesa. Hallet alargó una mano porcina, con la punta de los dedos acarició el contorno del cabello de Rynn, dorado como oro batido y resplandeciente a la luz de la chimenea.

—Bonito pelo.

Rynn no evitó el contacto, sino que usó la excusa de disponer los servicios de té en la mesa para apartarse disimuladamente del hombre. Si Hallet interpretó ese movimiento como un rechazo, no dijo nada. Tenía tiempo.

—El fuego ya arde bien —dijo él—. ¿Estás a gustito?

Notas del concierto de piano descendían como lluvia plateada en pequeños grupos centelleantes, poco a poco en aumento hasta convertirse en un verdadero aguacero de sonido.

—¿Qué estamos escuchando? —preguntó él.

—Liszt.

—Maravilloso. —Sus ojos no se apartaban de ella.

—¿Leche?

—Sí, por favor.

Hallet observó a Rynn mientras servía. Ella interrumpió el vertido con tal habilidad que no se escurrió una sola gota de la jarrita.

—¿Azúcar?

—Adelante. Te digo cuándo.

Ella dejó caer terrones hasta que Hallet le ordenó detenerse con un chasquido de dedos.

—¿Tres?

—Espero que lo recuerdes.

—Es fácil —dijo la niña—. Los mismos que yo.

Hallet dio un golpecito en el lugar de la mesa donde deseaba que ella le dejara la taza, al alcance de su mano cuando la mecedora se inclinaba hacia delante.

—Justo aquí.

Rynn preparó su taza, la misma cantidad de leche, tres terrones de azúcar.

—No hay nada —dijo el hombre— como una buena taza de té caliente. Escucharon la música sin que ninguno probara el té.

—Maravilloso —dijo el hombre.

—Mmm.

Al cabo de unos minutos Hallet interrumpió el silencio.

—¿Algún problema, querida?

—No.

—Sé sincera.

—Bueno, que es una pena que no disfrute usted su té mientras esté caliente.

—¿Quieres decir que por qué no me lo tomo?

—No exactamente.

—Es eso, ¿verdad?

—Sí, supongo.

—Tú tampoco te estás tomando el tuyo.

—Le estoy esperando. Es usted el invitado.

El hombre sonrió.

—Has puesto más leche en el tuyo.

—¿Sí?

—En realidad, así es como me gusta a mí.

—Tome —dijo la niña cogiendo la jarra de la leche y disponiéndose a añadirle un poco—, tiene fácil solución.

—Prefiero que me des el tuyo —dijo él mirándola fijamente.

Dio unos golpecitos en la mesa y habló con sorprendente dureza.

—Mírame cuando te hable.

Rynn alzó sus ojos verdes para devolverle la mirada, pero vaciló.

—Quiero *tu* taza de té —dijo él—. Así la sensación de que lo compartimos todo es mayor, ¿no te parece?

Rynn le tendió su plato y su taza tratando de que no tintinearan. A su vez, él deslizó su plato y su taza sobre la mesa.

—No me esperes —dijo él—. Las damas primero.

Rynn alzó la taza.

—Espera.

Rynn se detuvo con la taza en el aire, a mitad de camino de los labios.

—Menuda dama inglesa estás hecha —dijo, agitando el meñique —. No estás haciendo el gesto tradicional.

—En Inglaterra tampoco lo hago —dijo ella.

Él la observaba atentamente, a la espera de que probara el té. Rynn tomó un sorbo.

—¿Está bueno?

Ella dio un sorbo mayor.

—Como dice usted, no hay nada como una buena taza de té caliente.

Con la otra mano, le ofreció al hombre la fuente y él tomó una pasta.

Hallet le dio un mordisco.

Ella esperó a que también probara el contenido de su taza.

—Muy bueno. —Una marca grasienta de protector labial brillaba en el borde de la taza.

—¿Otra pasta? —preguntó ella.

—Se llaman galletas. Ya te lo he dicho.

Hallet tosió.

—Servilletas —dijo la niña—. Me temo que me las he olvidado. Le traeré una.

—No te muevas de donde estás.

—¿Está bien de leche?

—Perfecto. —Él tomó otro sorbo—. ¿Sabes por qué he querido que intercambiáramos las tazas?

—No. —Ella supo de inmediato que él no la creía.

—Piensa. —Su mirada exigía una respuesta.

—¿Ha sido alguna especie de prueba?

—He intercambiado las tazas para que recuerdes, por si se te ocurre hacer algún truquito, que es mejor dejárselos al pequeño mago macarroni.

Tosió.

Hallet mordió otra pasta. Siguió sorbiendo té.

—Este té sabe a almendra.

Rynn tanteó con la lengua el borde afilado de su diente roto cuando dio un mordisco a una pasta.

—Supongo que son las almendras de las galletas lo que le da el sabor.

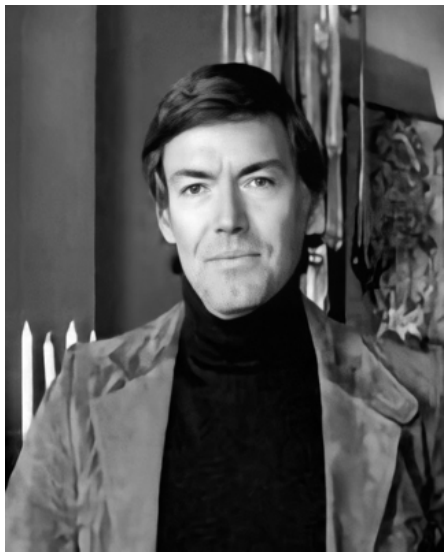
Hallet se acabó el té y dejó el plato en la mesa.

—Tendrías que ver cómo el fuego te ilumina el pelo. Castaño y dorado.

Por encima de la taza de té, Rynn vio al hombre inclinarse hacia ella.

—Qué pelo tan bonito…

La mano de Hallet, iluminada por la luz de la chimenea, se alargó hacia la niña. Le acarició el pelo. Rynn se quedó sentada, muy quieta.



LAIRD KOENIG (Seattle, 1927) es guionista, dramaturgo y novelista. Estudió Literatura y Psicología en la Universidad Estatal de Washington, trabajó como publicista en Nueva York y se mudó en la década de los 60 a Los Ángeles, donde comenzó a trabajar como guionista. Escribió su primera novela, *The Children Are Watching* en colaboración con Peter L. Dixon, y la obra saltó a la gran pantalla en 1978 con el título *Attention, les enfants regardent*, producida y protagonizada por Alain Delon. Su segunda novela, *La chica que vive al final del camino* (1973), también fue llevada al cine en 1976, protagonizada por Jodie Foster, Mort Shuman y Martin Sheen. Actualmente vive en Santa Bárbara.